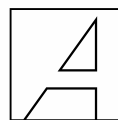




PISTAS PARA NARRAR LA MEMORIA

PERIODISMO QUE RECONSTRUYE LAS VERDADES



Konrad
Adenauer
Stiftung

PISTAS PARA NARRAR LA MEMORIA

PERIODISMO QUE RECONSTRUYE LAS VERDADES

Pistas para narrar la memoria : periodismo que reconstruye las verdades / Jorge Cardona Alzate y otros ; fotografía Jesús Abad Colorado, Edilma Prada Céspedes. -- Editor Fernando Alonso Ramírez. -- Bogotá : Opciones gráficas Editores, 2016. 208 páginas : fotografías ; 16 cm. ISBN 978-958-59512-2-8

1. Periodismo - Colombia 2. Periodismo - Aspectos sociales - Colombia 3. Conflicto armado - Colombia 4. Proceso de paz - Colombia I. Cardona Alzate, Jorge, autor II. Abad Colorado, Jesús, 1967- , fotógrafo III. Prada Céspedes, Edilma, fotógrafa IV. Ramírez, Fernando-Alonso 070.986 cd 21 ed. A1551389

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Pistas para narrar la memoria
ISBN: 978-958-59512-2-8

Coautores
Jorge Cardona Alzate
Ginna Morelo Martínez
Gloria Castrillón Pulido
Kevin Alexis García
Olga Behar Leiser

Editor
Fernando-Alonso Ramírez

Coordinación y gestión editorial
Edilma Prada Céspedes

© **Fotografías**
Jesús Abad Colorado

© **Foto de portada**
Jesús Abad Colorado
Cerca de cinco mil campesinos del municipio de Peque en Antioquia se desplazaron, tras la masacre de diez personas a manos de paramilitares de las AUC. El hecho, en julio de 2001, se presentó luego de una semana de ultrajes y toma armada de las AUC a la población. Las personas de mayor edad recordaron que, 50 años atrás, también habían sido víctimas y tuvieron que desplazarse por la guerra. Y no solo habían perdido a familiares y amigos, sino también a sus animales y cosechas. La toma de Peque en 2001 por los paramilitares fue anunciada por su líder, Carlos Castaño, con cuatro meses de antelación.

Fotos historia periodística (capítulo 6)
Edilma Prada Céspedes

Diseño de portada y versión digital
David Bustos Ríos
Área Mercadeo y Comunicaciones CdR

Comité Directivo Consejo de Redacción
Ginna Morelo, Presidenta
Fabio Posada, Vicepresidente
Dora Montero
Gloria Castrillón
Olga Behar
Beatriz Marín
Fernando Ramírez
Jhon Jairo Jácome

© 2016, Consejo de Redacción
Consejo de Redacción, CdR, Colombia
Transversal 4 Nro. 42-00, piso 6
(+57 1) 320 83 20 Ext. 4584
Bogotá, Colombia
contacto@consejoderedaccion.org
www.consejoderedaccion.org

© 2016, Konrad-Adenauer-Stiftung e.V., KAS,
Colombia

Representante para Colombia
Dr. Hubert Gehring

Coordinación del proyecto
Angélica Torres
Margarita Cuervo

Revisión de textos y corrección de estilo
Marcela Manrique Cornejo

Producción gráfica
Opciones Gráficas Editores Ltda.
Tels.: 3001464 - 2771993 Bogotá D.C.
www.opcionesgraficas.com

Fundación Konrad Adenauer, KAS, Colombia
Calle 90 Nro. 19C-74, piso 2
(+57 1) 743 09 47
Bogotá, Colombia
margarita.cuervo@kas.de
www.kas.de/kolumbien

El presente documento ha sido realizado en el marco de la cooperación de la KAS con Consejo de Redacción. Los textos que aquí se publican son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no expresan necesariamente el pensamiento ni la posición de la Fundación Konrad Adenauer.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción y la comunicación pública total o parcial, sin la previa autorización escrita de los titulares.

Impreso en Colombia



Una herramienta para reconstruir la memoria de Colombia

Hubert Gehring

Representante de la KAS en Colombia

Con la firma del fin del conflicto entre el Gobierno y la guerrilla de las FARC, Colombia tendrá que asumir el gran reto de avanzar en procesos de verdad y perdón. El país necesita reconocer los daños sufridos, volver a los territorios donde muchas víctimas esperan ser reparadas y adoptar medidas para que los hechos de violencia no se repitan. Lo pactado en La Habana, si bien es un paso importante y necesario, es apenas el comienzo y va a tomar tiempo el tránsito hacia una paz duradera; aún falta mucho por recorrer y no es correcto esperar a que la tarea se cumpla de inmediato.

Frente a un escenario de transición como este, la memoria histórica es un ejercicio fundamental, no solo para confrontar el pasado y, en el caso colombiano, poner en evidencia los hechos ocurridos durante más de cincuenta años, sino también para preparar el camino hacia la reconciliación y generar un ambiente favorable a la paz. Ahora bien, aunque hacer memoria suele ser un tema sensible y difícil, que duele a muchos grupos, es necesario para la convivencia futura de la sociedad. El país no puede seguir en la dinámica de hablar con el otro y no conocer su historia; no puede seguir ignorando la realidad del conflicto.

A este respecto, el sector periodístico tiene una gran responsabilidad. A los medios de comunicación y periodistas les corresponde el deber social de contribuir a la reconstrucción del pasado, a investigarlo y narrar las historias no contadas, o mal contadas, de sus protagonistas; escuchar las versiones tanto de víctimas como de victimarios y relatar sus verdades de una manera responsable. Aunque es cierto que los medios de comunicación, de una u otra forma, se han acercado al drama del conflicto armado, precisan repensar la forma de abordarlo, de comunicarlo, de hacerlo más próximo a la sociedad, más aún, en el nuevo contexto de posacuerdo.

Precisamente la guía que aquí se presenta es una invitación para los profesionales de la comunicación a reflexionar sobre cómo narrar de forma plural y responsable la memoria del conflicto. En esta guía periodística, el lector podrá hacer un breve pero importante recorrido por la historia del conflicto armado del país, a la vez que encontrará lineamientos conceptuales para construir piezas periodísticas con rigurosidad, para abordar a las víctimas sin estigmatizarlas y comunicar de manera efectiva la transición del país hacia la paz. Además, este manual describe los desafíos que enfrenta el periodismo en relación al posconflicto, así como la importancia de un periodismo contextualizado, que propicie reflexiones y nuevos debates.

Por eso, para la Fundación Konrad Adenauer, KAS, y después de haber publicado el manual de periodismo *Pistas para narrar la Paz. Periodismo en el posconflicto* a finales de 2014, es un gusto presentar la guía periodística *Pistas para narrar la memoria. Periodismo que reconstruye las verdades*. Esperamos que tanto los profesionales de la comunicación como los periodistas en formación interesados en el oficio que hace memoria, encuentren en el nuevo manual una herramienta útil para el cubrimiento de la memoria histórica y que este constituya una ayuda para aumentar la conciencia social alrededor de esa temática en el país.

Por último, queremos agradecer a todo el equipo de Consejo de Redacción, a Ginna Morelo, su Presidenta, y Edilma Prada, Coordinadora de Proyectos Especiales y Formación, por liderar y coordinar esta iniciativa. Igualmente agradecemos a los autores, Jorge Cardona, Olga Behar, Gloria Castrillón y Kevin García, y al editor, Fernando-Alonso Ramírez, por su participación en este proyecto, pues sin sus contribuciones la publicación de esta guía hubiese sido incompleta.

Por un periodismo que cuenta la memoria

**Ginna Morelo, Gloria Castrillón, Olga Behar, Dora Montero, Beatríz Marín,
Fabio Posada, Fernando Ramírez y Jhon Jairo Jácome**
Comité Directivo de Consejo de Redacción

—¿Se puede salir de la sombra del propio destino?

—Sí —respondió con sencillez y vehemencia Pastora Mira (1956), víctima de la violencia en San Carlos, Antioquia, líder de cientos de personas que como ella sufrieron la destrucción de sus vidas.

Dio su respuesta a los parlamentarios alemanes en la sede del *Bundestag* (parlamento), el primero de junio de 2016. Ella habló y habla desde la verdad y con el corazón. Para que su historia y las de muchos colombianos afectados por el conflicto se reconozcan y se compartan como un ejemplo de resiliencia en el país de la guerra que transita hacia la paz, se necesitan periodistas y medios de comunicación preparados para actuar.

Algunos periodistas levantarán la mano al leer estas líneas. Dirán que ellos más que nadie están listos porque han cubierto intentos de procesos de desarme de actores violentos en Colombia, a lo largo de la historia. Otros tantos se escudarán en que el primer paso lo tienen que dar los dueños de los medios de comunicación, permitiendo agendas plurales, creativas e ilimitadas para la cobertura de la transición. Unos, ojalá no pocos, se lanzarán con sus propios recursos e intereses y con un compromiso a prueba de balas para desarrollar una agenda ligada al periodismo que hace memoria.

Para ellos y para los periodistas que lo siguen pensando desde las trincheras o han acumulado alguna experiencia, Consejo de Redacción lanza esta herramienta metodológica que muestra la forma de investigar archivos, revisar el pasado, escuchar a las víctimas y a los victimarios y cruzar datos que requieren un análisis de fondo que explique lo que en la Colombia de la violencia ha ocurrido, lo que sucederá una vez se incorporen a la sociedad miles de combatientes, la puerta que abrirá la justicia transicional y cómo se levantará un país de la mano de la comunidad internacional y de todos sus ciudadanos, entre muchos otros tópicos.

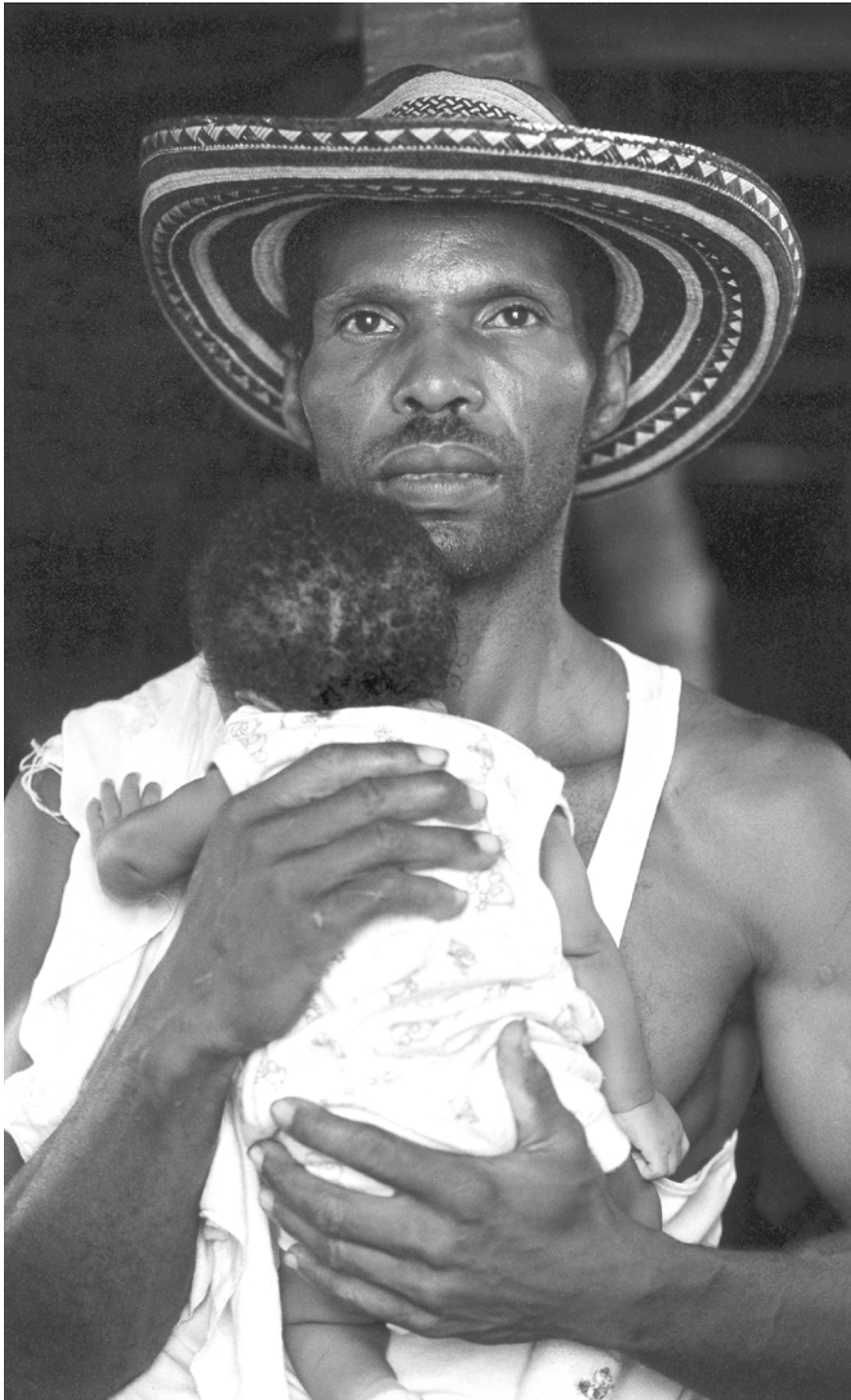
Hacer periodismo de memoria requiere investigación, profundidad, paciencia y compromiso. Comienza cuando decidimos estudiar cómo lo han hecho otros en diversas latitudes, para atrevernos entonces a andar con las personas y escuchar sus historias con la idea de intentar contarlas. En ese momento tendremos que preguntarnos: ¿qué se recuerda?, ¿para qué recordar?, ¿de quién es la memoria?, como lo ha dicho María Eugenia Ludueña, periodista y escritora argentina, experta en estos temas. De ahí en adelante se inicia un proceso de refinación de las ideas que pasa por la historiografía e incluso otras técnicas de las ciencias sociales, que nos aportan un contexto más amplio que nos llevará siempre a respondernos por qué es necesario y para qué hacerlo, periodistas.

El periodismo que narra la memoria, que la investiga, está llamado a desempeñar un papel valioso en el nuevo escenario colombiano. No es un periodismo que se entrega a las versiones de unos y otros ni mucho menos desconoce los hechos en su realidad y contexto. Es un ejercicio valiente que escucha, sí, pero que interpreta e incluso cuestiona para poder relatar con soportes. Es un periodismo que no renuncia a su capacidad de asombro, que hurga entre pruebas los elementos de un pasado para devolverles el reconocimiento a los hechos, y sobre el que se erigen presente y futuro de una nación.

Desde la organización que promueve el periodismo de investigación en Colombia seguimos comprometidos proporcionando herramientas, apostándole a la creatividad, generando nuevas posibilidades. Por eso esta apuesta, la de un país cuya historia la cuentan los buenos periodistas que trabajan contra la desmemoria.



Prólogo. Los lugares comunes de la memoria <i>Fernando-Alonso Ramírez</i>	12
Contexto: el rastro de la guerra <i>Jorge Cardona Alzate</i>	20
Por qué y para qué un periodismo que narra la memoria del conflicto armado. La responsabilidad de los medios y periodistas <i>Olga Behar Leiser</i>	52
Recomendaciones para entrevistar a personas afectadas por el conflicto <i>Gloria Castrillón Pulido</i>	70
Periodismo de exhumación <i>Ginna Morelo</i>	92
Cubrimientos periodísticos en reconstrucción de memoria <i>Kevin Alexis García</i>	134
Historia. Memorias de la cordillera <i>Ginna Morelo y Edilma Prada</i>	164
Anexos	
Cronología 1. Asesinatos de políticos en Colombia	181
Cronología 2. Los días de la guerra	185
Cronología 3. Hechos para no olvidar	190
Cronología 4. Los días de la paz	197



Cuatro meses después de la tragedia en la iglesia de Bojayá, en la que murieron 79 personas, la población retornó a su municipio y a comunidades vecinas. Entre ellos, Eugenio Palacio y su hija Patricia, quien nació en medio del desplazamiento. Esta fotografía se tomó en septiembre de 2002.

Foto: Jesús Abad Colorado

Prólogo

Los lugares comunes de la memoria

“El futuro no se puede construir a base de olvido o sobre los pilares de la desmemoria”.

Joan Manuel Serrat (Cromos, septiembre de 1998)

Por Fernando-Alonso Ramírez

Al primero que le escuché decir que los periodistas somos notarios de la historia fue al maestro Germán Rey. La definición me dio vueltas en la cabeza desde el primer momento. Certificar en tiempo real las cosas que pasan no es asunto de poca monta. Los periodistas sabemos que precisamente la vorágine informativa, la rutina de las salas de redacción, las evoluciones que van teniendo algunos episodios, nos hacen dudar siempre de las noticias iniciales y requerimos de mucha más profundidad para poder entregar una información a todas luces confiable, como para certificar su veracidad.

El uso de las redes sociales me ha reafirmado lo que el maestro Rey quería significar. Hace solo algunos años en la Redacción de *La Patria* decían que debíamos publicar una noticia para desmentir el rumor que se había creado por una mala información de otro medio o porque simplemente circulaba por la calle, y yo me negaba. Mi argumento consistía en que nosotros no teníamos por qué desmentir lo que no habíamos dicho. Mi posición cambió con la aparición de las redes sociales. Por cuenta de la velocidad a la que se emiten informaciones falsas, alertas mentirosas, pánicos innecesarios, interpretaciones amañadas de lo que otros dijeron, entre otra serie de difusiones que violan los más elementales principios periodísticos. Entonces acepté que realmente ahora sí que somos notarios de la historia. Muchos usuarios de las redes sociales esperan que sea el medio tradicional o el periodista de prestigio el que le confirme si eso que circula por su *Twitter*, su *Facebook* o su *Whatsapp* es cierto o no. Y ahí está el capital salvable y salvador de este oficio que pasa por etapa turbulenta.

En el océano de la información, los usuarios necesitan de ese notario, ese seleccionador, ese verificador que les ayude a comprender, y esa es la función del periodista en esos casos. En parte situaciones como esta justifican esa expansión del fenómeno periodístico de chequear lo que dicen los personajes públicos. Como lo hace *Colombiacheck*, proyecto para chequear el discurso de la paz, promovido por Consejo de Redacción, gestor de este documento que ustedes tienen en sus manos.

Y vuelve a mí la reflexión de Germán Rey ahora que Colombia confía en la firma del acuerdo del fin del conflicto con la guerrilla más vieja del continente americano y la que mayor daño logró hacer durante sus 52 años de guerra contra el Estado. Las víctimas de esta agrupación, como las de los

grupos paramilitares que callaron durante años, ahora empiezan a contar sus verdades y necesitan de periodistas rigurosos, serios, que certifiquen sus historias.

Atribuye la colega Olga Behar a Jorge Cardona, ambos coautores de este texto, la expresión de que se deben reconstruir ocho millones de historias en este país de ocho millones de víctimas. Que cada persona que sufrió por la guerra pueda contar su versión. Esto que parece una empresa titánica deberíamos hacerlo posible. Reconstruir esos episodios que crearon la tragedia humanitaria colombiana es un deber no solo de periodistas, sino de la sociedad entera. Si se asume la idea de una reconciliación que muchos temen se tardará al menos dos generaciones, si se hace bien, o se perderá la oportunidad de lograrlo, si se hace mal.

Para narrar bien cualquier historia con interés periodístico basta tener ganas de hacerlo y practicar la mejor reportería, la que llena las libretas de apuntes, las memorias de las cámaras fotográficas o de video, de las grabadoras. El mejor periodista del siglo XX, Ryszard Kapuscinski, en su ya considerado libro de culto *Los cínicos no sirven para este oficio*, lo expresó de esta manera: “para observar la esencia de los relatos, es necesario que el cuerpo propio y verdadero del narrador se encuentre en el lugar de los hechos o en las inmediatas cercanías”.

El mejor trabajo siempre será el que se base en acudir a los sitios en donde sucedieron los hechos, en escuchar a los sobrevivientes de la violencia, en confrontar a los victimarios y escuchar su verdad. Hacerlo parece fácil, de hecho muchas de estas historias las contaron los medios de comunicación en su momento, pero muchas otras no. Es más, muchas fueron malcontadas y necesitan de una mirada distinta en tiempo y en distancia, tanto de periodistas como de fuentes, para poder intentar reconstruir lo ocurrido.

Un objetivo de la reconstrucción de la memoria, desde el periodismo, es volver al sitio de los hechos, porque el tiempo atempera declaraciones y pone al descubierto tantas otras que suman al proceso que alguna vez se comenzó a esclarecer. Por tanto, hay que ir cuantas veces sea necesario al epicentro de los hechos y darles paso a todas las memorias que se reúnan allí, porque cada quien tiene la suya y la asume de manera distinta. Es un proceso que, hay que decirlo, carece de verdades absolutas. O como lo escribió Machado: “no es tu verdad, es la verdad y ven conmigo a buscarla”.

“El tiempo que pasa es la verdad que huye”. Este viejo axioma del derecho penal, que se atribuye a Edmond Locard, muestra cómo el tiempo puede ser un inhibidor para contar estas realidades. Los psicólogos explican muy bien cómo la realidad puede ser distorsionada por nuestro cerebro, para protegernos, cuando vivimos hechos impactantes o traumáticos, y si a eso le sumamos el paso del tiempo, es posible que el recuerdo no permita ser creíble, así para quien lo expresa no haya duda de que las cosas sucedieron de la manera en que las cuenta.

Por eso el periodismo para reconstruir memoria no puede ser simplemente una recopilación de testimonios y publicarlos sin confrontar. Requiere de las mejores habilidades de investigación del reportero, para cruzar datos, para entender el contexto, para escoger la mejor manera de narrar, para saber cuál es el momento justo para publicar. Y esto se logra con buena reportería, con el verdadero periodismo, el que va a la fuente y recorre los lugares que necesitan ser contados o recontados.

Ese vacío de saber cómo contar estas historias lo pretende empezar a llenar este trabajo que se presenta ante ustedes. El editor Jorge Cardona, el memorioso, nos hace un recorrido histórico resumido, pero muy completo, de lo que han sido los años de guerra en este país y las frustraciones de paz. Es un mínimo de contexto necesario para que cualquiera que intente narrar hechos ya ocurridos entienda las dinámicas del devenir histórico y pueda explicar esa necesidad tan grande que se tiene hoy, cuando los titulares se atropellan unos sobre otros y no dan tiempo para entender y reflexionar.

Los periodistas agradeceremos con creces este maravilloso resumen de la historia de las guerras en Colombia, pues bien es sabido, por experiencia propia, que todo nuevo egresado de facultad de Comunicación y Periodismo cree firmemente que eso que acaba de ver pasó por vez primera. Cosas de la juventud, pero que una herramienta como esta le mostrará que no hay nada nuevo bajo el sol. Y fuera de eso, ayudado con líneas de tiempo, que si se cruzan, empiezan a dilucidar la realidad cambiante.

La reportera de experiencia, guerrera de mil batallas por la verdad, que ha recorrido el mundo en busca de narrar las historias que necesitamos saber, Olga Behar, nos muestra la importancia de la reconstrucción periodística de los hechos, que bebe del informe forense, que toma mano de los testimonios de las víctimas, que enseña a confrontar a los victimarios con

paciencia y realidad y que puede separarse de ellos lo suficiente para hacer su mejor narración. Quién mejor que ella para enseñarnos a recorrer ese camino que permite al periodista pasar de ser un espectador a convertirse en testigo de los hechos, por cuenta de saber escuchar a los protagonistas y por no tragar entero, naturalmente.

No solo es contar las historias con palabras, los archivos nos dan la mano. Miles de documentos en algún lugar esperan al periodista que va a llegar a ellos, a desempolvarlos, a clasificarlos y a extraer de allí los datos claves, los nombres necesarios. Es la oportunidad de llenar los vacíos que pueden quedar en la reportería. Expertos periodistas son abordados por esa narradora especialista en visibilizar a las víctimas y sus problemas, Ginna Morelo.

La presidenta de Consejo de Redacción logra que los expertos le cuenten, nos cuenten, sus maneras de trabajar con los documentos, asunto que requiere método y paciencia. Sin lo uno y sin lo otro difícilmente se pueden lograr resultados óptimos. Todo un manual de cómo buscar datos, y con el valor agregado de que se cuenta con una minuta para aterrizarlo en Colombia en ejemplos concretos si queremos meternos en las honduras del papel archivado.

La periodista Gloria Castrillón con su experiencia de años cubriendo el conflicto armado, en los que ha acumulado las historias de decenas de víctimas, con su estudio en profundidad sobre las consecuencias que han padecido las mujeres en esta guerra, nos brinda elementos fundamentales para entrevistar a las víctimas. Nos muestra el camino para no incurrir en generar lástima o revictimización a la hora de abordar estos complejos asuntos. Es una mirada para saber llegar a ellas, para ganar su confianza, lograr ese pacto necesario entre fuente y periodista, para que la información que de allí salga conduzca a las mejores historias.

No es asunto fácil, porque ya periodistas han violado esa confianza o porque hay víctimas que desconfían de todo. Su dolor les ha creado tal instinto, pero existen maneras, formas, no manuales estrictos que se deben seguir a pie juntillas, pero sí elementos que permiten saber cómo hacerlo mejor y empiezan por el respeto por el dolor del otro y por su realidad.

Toda esa reportería, ese acumulado de datos, de sensaciones, de sentimientos, requiere de la mejor narración. Desde hace rato que el periodismo

viene tornándose en las salas de redacción en una factoría. Se cumple la tarea con modelos preestablecidos. Como si hubiesen pasado los tiempos cuando muchos llegaban al periodismo mientras daban el salto a la literatura. Con todo lo bueno que eso entraña, que profesionalizó más el oficio, pero con todo lo malo que se le vino encima, se olvidó la pasión.

El discurso narrativo del periodismo existe y tenemos que hacer uso de él. Así nos lo señalan los grandes reporteros que han sabido usar las técnicas de la literatura para contar mejor las historias de no ficción. El profesor y periodista Kevin García nos pone ejemplos de cómo han escrito sus historias esos grandes reporteros, como la nobel Svetlana Alexiévich. Qué preguntas hacerse, qué métodos seguir para enfrentarse a los lugares comunes del periodismo, que no a los lugares comunes de la memoria. Los hechos pudieron ser narrados mil veces, pero siempre habrá una mirada distinta si el periodista se lo propone. Si no lo hacemos, será una historia más. Es momento de narrar las historias memorables que hagan inolvidable el conflicto para no repetirlo.

Y es así como nos llega como un bálsamo el recorrido que hacen Ginna Morelo y Edilma Prada al lugar donde todo comenzó o se agudizó, según quien lo narre. Dos reporteras de región que andan y desandan los pasos de Marquetalia, un lugar que nunca se llamó así antes. Era Planadas en el municipio de Gaitania en Tolima, el sitio escogido por unos campesinos comunistas para hacer su vida después de la guerra y para resistir. Fue el lugar bombardeado por el Estado, acto con el cual justificó la creación de las FARC.

Un sitio que sigue estigmatizado después de 52 años, porque ese es otro lugar común de esta guerra, que no solo las personas, sino los lugares, siguen siendo mirados con recelo, y así estén recién llegados o apenas hayan escuchado el rumor de las batallas, sufren la victimización de ser mirados con desconfianza. Ir al lugar, hablar con los testigos, con sus hijos, y verificar que la Colombia profunda, agreste, sigue igual. Pasaron los bombardeos, pero no llegaron las carreteras ni la electricidad. La Colombia rural del abandono, en donde hay aún miles de víctimas sin ser reconocidas y sin ser escuchadas.

Un agradecimiento especial al reportero gráfico Jesús Abad Colorado, cuyas fotografías de la barbarie y la esperanza en Colombia ilustran páginas

de este documento. Son la prueba de todo lo que hay que contar para intentar entender el pasado y reconstruir el futuro como nación.

Los lugares comunes de la memoria no nos pueden disuadir de contar las historias que necesitan ser narradas. Ya muchos periodistas las relataron en caliente, hecho por hecho. Este es el momento de darles contexto, de recoger esas enumeraciones y hacerlas parte de la historia completa, porque no hubo hechos aislados en este conflicto, aunque fuera otro lugar común que se repitió. No, aquí todo depende de todo y si sabemos hacerlo, podremos ver cómo los periodistas pueden encontrar su papel en un escenario de posconflicto o posacuerdo, difícil de imaginar, pero posible.

Que sea el momento de que los lugares comunes a los que tanto tememos los periodistas a la hora de titular o de narrar sirvan para poder hacer memoria, para ir a esos lugares comunes de la violencia en Colombia y desde la reconstrucción de la historia hacer la labor de notarios y verificar. Que las nuevas generaciones conozcan de la barbarie y de la esperanza, de la mano del mejor periodismo posible, porque como dice Serrat, el futuro no se puede construir a base de olvido o de desmemoria.



Esta fotografía fue tomada en diciembre de 1997 en el campamento del noveno frente de la guerrilla de las FARC, el cual estaba ubicado en una zona montañosa del Oriente Antioqueño.
Foto: Jesús Abad Colorado

Capítulo 1

Contexto: el rastro de la guerra

“Todo está escondido en la memoria, refugio de la vida y de la historia”.

León Gieco

Por Jorge Cardona

Nadie conoce cuándo empezó la guerra en Colombia y todas las versiones documentadas son creíbles. La más reciente evidencia son los capítulos del informe de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, que en febrero de 2015 entregaron doce expertos y dos relatores a la mesa de negociación de La Habana. Existen aspectos comunes o relatos afines, pero también claras diferencias en la interpretación sobre sus causas y orígenes. Ni siquiera este valioso insumo, surgido en agosto de 2014 en busca de una mínima verdad histórica entre el Estado y la insurgencia, puede aportar una versión concluyente. La violencia colombiana se pierde en la noche de los tiempos y se recicla en los críticos escenarios que el país ha afrontado en las últimas décadas. Es una guerra de muchos rostros, demasiadas víctimas y varias generaciones que han contado a sus hijos relatos de horror.

En ese continuo renacer de la borrasca por las armas también pesa una agobiante carga histórica: un recuento de guerras con memoria bicentenaria. Al menos una por década en el siglo XIX, desde la primera República en 1810. La última, al mismo tiempo la más larga, costosa y sangrienta, comenzó 75 días antes de iniciar el siglo XX. La guerra de los Mil Días que, desde octubre de 1899 hasta noviembre de 1902, dejó más de 100.000 víctimas mortales que, multiplicadas por número de viudas, huérfanos, hogares destruidos o desplazados, heredó a Colombia una tragedia humanitaria. En un solo combate, sobre una franja territorial de 26 kilómetros, en Palonegro (Santander), entre el 11 y el 26 de mayo de 1900 murieron 2.500 combatientes liberales y conservadores. Incontables familias de los años veinte o treinta del siglo pasado crecieron escuchando a sus abuelos referir tantos hechos heroicos como dolores o infamias.

Luego de los tratados de Neerlandia (Magdalena), Wisconsin (Panamá) y Chinácota (Norte de Santander) en 1902, el país entró en una difícil transición económica y social agravada por el zarpazo norteamericano en Panamá en 1903. Aunque la consigna colectiva fue mantener la paz entre los partidos, no se ausentó el conflicto. Especialmente en regiones apartadas, donde empezaron a surgir sucesos de violencia asociados a la colonización de territorios, la adjudicación de baldíos, los abusos en la explotación del caucho o la acción de la delincuencia común porque demasiadas armas quedaron circulando. En junio de 1907, con el objetivo de integrar unas Fuerzas Armadas ajenas a la reyerta política, se puso en marcha la reforma militar que sentó sus bases institucionales. Una comisión

de oficiales chilenos, con metodología prusiana, comenzó a educar para el comprometedor derecho y deber del uso legítimo de las armas.

La causa indígena

Además de encarar los primeros intentos de invasión peruana, pronto el recién creado Ejército se vio condicionado a su inicial desafío interno: la causa indígena. Desde el Cauca, en defensa de los cabildos afectados por la liquidación de algunos resguardos, el líder de origen paez, Quintín Lame, encabezó una movilización que derivó en un levantamiento armado que se extendió hasta Valle, Tolima, Huila o Nariño en 1914. Nacido en una familia de terrazgueros que pagaba por el derecho a vivir en las grandes haciendas, a sus 18 años Quintín Lame fue enrolado al Ejército y vivió la guerra de los Mil Días. Primero como ordenanza de un general conservador en Panamá y después junto al legendario combatiente liberal Avelino Rosas, quien importó de Cuba la técnica de la guerra de guerrillas. Cuando llegó la paz se hizo tinterillo para intervenir en pleitos de tierras y luego se puso al frente de la revuelta.

Cerca de 6.000 indígenas lo apoyaron hasta que fue capturado. En distintos momentos de su vida pasó por la cárcel. Pero su idea tuvo eco y sembró la primera semilla de la rebeldía. Su causa étnica, el descontento social y el contexto internacional agitado por el triunfo de la Revolución Bolchevique en Rusia en 1917, fueron los ejemplos que llevaron al surgimiento de los movimientos obreros y partidos políticos de ideario socialista. Los años veinte vieron el auge del sindicalismo, pero también de la represión oficial y el Estado de Sitio. El choque fue inevitable y muchos sucesos dejaron memoria de la confrontación: 20 artesanos muertos a bala por el Ejército en marzo de 1919, durante una protesta a las afueras del palacio presidencial; huelga contra la *Standard Oil* en Barrancabermeja, en 1924 reprimida por la tropa, y la de 1927 que terminó con 15 muertos y preso el dirigente que la orientó, Raúl Eduardo Mahecha.

En vez de diálogo, la expresión de la hegemonía conservadora fue represión. El Ejército fue conminado a contener las huelgas y, por decreto oficial, todas fueron declaradas actos subversivos. Eso explica el fatal desenlace del 6 de diciembre de 1928 en Ciénaga (Magdalena), conocido como la

matanza de las bananeras, cuando el general Carlos Cortés Vargas arremetió contra los trabajadores que protestaban contra la *United Fruit Company*. Nadie supo definitivamente cuántos murieron. La cifra oficial fue de 47. Los huelguistas dijeron que 1.500. En tres debates históricos, el congresista liberal Jorge Eliécer Gaitán la calificó como “un monstruoso y premeditado delito”. Según García Márquez en *Cien años de soledad*, José Arcadio Segundo quedó convencido de que fueron más de 3.000. Entre verdad, ficción o memoria, la agitación social se hizo intensa y al desafío obrero se sumó el conflicto agrario.

La protesta social

Líbano (Tolima) era un importante centro de expansión cafetera. En sus entrañas, en julio de 1929, con mando del zapatero Pedro Narváez nació un movimiento de insurrección con dirección obrero-artesanal y apoyo de bases campesinas. Los bolcheviques del Líbano, como se autodenominaron, o su réplica en San Vicente de Chucurí (Santander) con nombre similar y apoyo del Partido Socialista Revolucionario, dieron un nuevo aviso de guerra. Entre choques con la fuerza pública por invasión de haciendas cafeteras en Cundinamarca, o litigios entre colonos y propietarios en otras zonas del país, se dio la vuelta de tuerca política. Se cayó la hegemonía conservadora en 1930 y el cambio tuvo efectos en la beligerancia nacional. Entre el revanchismo de los vencedores y la negativa de los vencidos ante el nuevo orden, se encendió la chispa que hizo explotar la bomba de tiempo del sectarismo y la sevicia.

Primero en Santander, Norte de Santander y Boyacá. Después en Cundinamarca, Antioquia y el occidente de Caldas. El fuego de la violencia partidista se extendió y a finales de la década de los cuarenta ya era un incendio. Con los ánimos caldeados, los 16 años que se mantuvo el liberalismo en el poder fueron de avances en derechos pero también de inequidades económicas. La crisis del capitalismo mundial agravó el panorama. En 1936 fue reformada la Carta Política para crear obligaciones sociales a la propiedad privada, proteger a los trabajadores y fomentar la libertad de enseñanza. En respuesta a las ligas campesinas extendidas por el Sinú, las haciendas en Sumapaz o la región bananera, se expidió la Ley 200 de 1936 o Ley de Tierras. La reacción terrateniente fue la expulsión

de muchos arrendatarios o aparceros y se agudizó la lucha de clases en algunos frentes del campo. Los colonos sin tierras se lanzaron a tumbar montaña en zonas vírgenes.

Poco a poco la pugna política adquirió matices y a la pelea entre liberales y conservadores se sumaron antagónicas posiciones ideológicas de nuevos caudillos. Con la intención de promover la lucha por el socialismo, en 1933 surgió la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria, UNIR, de Jorge Eliécer Gaitán. En la otra esquina apareció la Acción Nacional Derechista. En España estalló la Guerra Civil en 1936, en Colombia se dividieron opiniones entre falangistas o republicanos y hasta la Iglesia católica se metió al río revuelto y, desde Antioquia, con su lema de librar “buenas batallas de la fe”, monseñor Miguel Ángel Builes insistía en que no se podía ser liberal y católico al tiempo. Lo secundaban movimientos fascistas como Los Leopardos en Caldas, Jerarquía en Medellín o el Haz Godo en Cauca. En la antesala de la caída del liberalismo en 1946 se evidenció el grado de fanatismo al que había llegado Colombia.

Intento de golpe y Bogotazo

En un clima de agitación exacerbado por la crisis económica o la turbulencia en el Congreso, el Ejército notificó que no iba a ser ausente del ajeteo institucional. El 10 de julio de 1944, una intentona golpista liderada por el coronel Diógenes Gil durante una visita del presidente López Pumarejo a Pasto, probó que las Fuerzas Armadas no estaban conformes. Pero sin arraigo en la oposición y errores en el complot, la intentona fracasó. Al final la suerte quedó echada para los liberales divididos y la victoria en las elecciones fue conservadora. “Ninguna mano del pueblo se levantará contra mí y la oligarquía no me mata porque sabe que si lo hace el país se vuelca y las aguas demorarán 50 años en regresar a su nivel normal”, había advertido Jorge Eliécer Gaitán. Lo asesinaron el 9 de abril de 1948 en Bogotá y desde entonces se multiplica el conflicto.

El Bogotazo fue una réplica violenta del asesinato de Gaitán pero no la única que se inició en Colombia ese día. En algunas regiones nacieron juntas revolucionarias, en otras aparecieron núcleos de insurgencia o milicias populares. Pillaje también hubo y asesinatos selectivos. Cuando el Ejército

restauró el orden en Bogotá, buena parte de la Policía fue tachada de “nueveabrileña” por haber apoyado a la turba y fue sustituida. Por decreto gubernamental, 142 oficiales y centenares de agentes fueron licenciados. En su remplazo se formó una policía conservadora que adquirió un apelativo de horror: la chulavita. Con apoyo de terratenientes y políticos interesados en ampliar sus feudos, o con el de pájaros asesinos para facilitarlos, se impuso así una oleada de crímenes asociados a un continuado despojo. El pretexto fue la confrontación partidista pero también se impuso el desplazamiento forzado con avaros propósitos.

El 9 de abril replicó con rudeza en muchos pueblos. En Ceilán, por ejemplo, corregimiento enclavado en el Valle, sobre la cordillera Occidental, un joven llamado Pedro Antonio Marín vio asomar la guerra que describió en sus memorias. Los liberales inmovilizaron a los conservadores, pero tres días después llegó el Ejército y se llevó presos a los primeros. Los que quedaron se refugiaron en el caserío de Betania, donde 200 hombres, entre pájaros y policías, los atacaron y les causaron decenas de muertos. Cuando la situación fue insostenible, Marín huyó a Génova (Caldas), donde estaban sus padres, y con diez primos organizó un grupo armado para resguardarse. Cuando la Policía intervino, se internó en la montaña hasta acceder a Gaitania y Planadas, en el sur del Tolima, donde Gerardo Loaiza, sus cuatro hijos y los aserradores orientaron la resistencia. En cada región de Colombia surgió una historia de guerra.

En Barrancabermeja (Santander), luego de diez días de junta revolucionaria, el excomandante de Policía de San Vicente de Chucurí, Rafael Rangel, organizó un grupo armado que abrió operaciones en el Magdalena Medio y el Carare. En la base aérea de Apiay (Meta), el comandante Alfredo Silva atacó a la Policía, causó la muerte a ocho agentes y se declaró insurrecto. En Puerto López (Meta), el llanero Eliseo Velásquez causó la muerte a 23 agentes y emprendió la rebelión. En Yacopí (Cundinamarca) se creó una junta revolucionaria al mando de Saúl Fajardo. El país se llenó de bandoleros, chulavitas, pájaros o guerrilleros. La espina dorsal era el sectarismo partidista y desde los centros del poder el ejemplo de los políticos no resultaba el más loable. En septiembre de 1949, durante un debate en el Congreso para adelantar las elecciones, la discusión terminó a bala y murió el representante liberal Gustavo Jiménez.

Bases de las guerrillas

Un mes después fue asaltada la Casa Liberal en Cali y cayeron 24 militantes. En noviembre, el gobierno Ospina, antes que afrontar un juicio político por la violencia en ascenso, cerró el Congreso, decretó el Estado de Sitio y patentó la censura de prensa. El primer ciclo de violencia sin suficiente memoria se prolongó hasta el “golpe de opinión” de junio de 1953, como bautizó el dirigente liberal Darío Echandía a la alianza de conservadores y liberales que llevó al poder al general Gustavo Rojas Pinilla. En el tránsito hacia el nuevo régimen, en el sur del Tolima, la “Columna Guerrillera” comandada por Gerardo Loaiza, que se profesaba liberal y tenía su base de operaciones en el sitio La Ocasión, situado en la margen derecha del río Cambrín, se unió con los comunistas que operaban por Chaparral y creó un Estado Mayor Unificado. Para 1950 se hacía llamar Ejército Revolucionario de Liberación Nacional.

En esa transformación tuvo mucha influencia Isauro Yosa, un líder agrario de Natagaima (Tolima) que primero estuvo en el Unirismo gaitanista, luego creó ligas campesinas para toma de tierras y terminó comunista. Entre 1942 y 1948 fue concejal de Chaparral y luego cambió su nombre por Mayor Líster, en homenaje al jefe republicano de la Guerra Civil española, Enrique Líster. Su consigna fue la autodefensa de masas y declaró “héroes de la lucha popular” a quienes resistían en Tolima, Cauca o en Viotá (Cundinamarca), entonces llamada “Ciudad Roja”. En la cumbre de una arisca montaña en la cordillera Central, entre la hoya del río Cambrín y la quebrada La Lindosa, se estableció el cuartel general de El Davis. A través de “columnas de marcha”, como lo hizo el sublevado dirigente comunista Luis Carlos Prestes en Brasil en 1924, fueron llegando a este fortín de tradición liberal decenas de refugiados con sus familias y enseres.

Por algún tiempo, la organización de El Davis, con cerca de 2.000 hombres y mujeres, funcionó sin contratiempos, pero desde 1952 empezaron las peleas entre liberales y comunistas hasta por temas religiosos. Los primeros se autodenominaron limpios; los segundos, comunes. Cuando el asunto terminó en agresión, el Ejército aprovechó para golpear sus comandos. En esa violenta pugna estaba inmerso el movimiento cuando se produjo el golpe de Gustavo Rojas Pinilla, quien desde su primera declaración pública esbozó la urgencia de desactivar los odios partidistas. Por eso, su primera acción fue expedir decretos de indulto. Uno para las guerrillas liberales,

otro para los militares. En septiembre de 1953 la fórmula dio frutos y empezó la entrega de armas. La primordial se dio en los Llanos Orientales, donde la guerrilla de Guadalupe Salcedo ya había expedido “leyes” como “gobierno popular”.

También lo hicieron las guerrillas del Territorio Vásquez (Cundinamarca), las de Antioquia o las del Carare-Opón (Santander). En el sur del Tolima, los limpios acogieron el proceso de paz, pero los comunes prefirieron convertirse en movimiento de autodefensa campesina. Cuando la presión militar se hizo intensa, emulando sus columnas de marcha, crearon cuatro destacamentos llamados “comisiones rodadas” y evacuaron el cuartel de El Davis. El primero, orientado por Jacobo Prías Alape o ‘Charro Negro’ y Pedro Antonio Marín o ‘Manuel Marulanda Vélez’, se desplazó a Riochiquito, zona indígena al norte del Cauca. El segundo, a la cabeza de Alfonso Castañeda o ‘Richard’ e Isauro Yosa o ‘Líster’, se movilizó hacia Villarrica (Tolima), en Sumapaz. El tercero, al mando de Ave Negra, se ubicó en Natagaima. El último, dirigido por Andrés Bermúdez o ‘Llanero’, fue destrozado por los limpios.

Días después, el Estado Mayor de las guerrillas comunistas anunció que no entregaba sus armas, reorganizó sus cuadros políticos y ordenó crear destacamentos móviles y comisión de finanzas. El gobierno Rojas, que había constituido una Oficina de Rehabilitación y Socorro para regular la tenencia de tierras, promover una bolsa de empleo o fomentar condiciones para reparar víctimas, excluyó de su plan a los comunistas. Por el contrario, en el contexto internacional de la Guerra Fría, ilegalizó su militancia en 1954. Ese fue el preámbulo para reeditar la confrontación en su nuevo capítulo: la guerra de Villarrica en el Sumapaz tolimense, en la cordillera Oriental, una próspera región con legado de conflicto. En los años treinta había sido territorio de lucha entre colonos y latifundistas y, después de 1948, en sus entrañas había surgido una férrea resistencia comunista liderada desde Icononzo (Tolima) por el diputado Juan de la Cruz Varela.

A pesar de que Varela y sus comandos se habían desmovilizado simbólicamente en octubre de 1953, ayudaron a organizar al contingente guerrillero comunista recién llegado a Villarrica procedente del sur del Tolima. Cuando Líster, Ave Negra y Richard negociaban su posible rendición, intervino el Ejército. El 12 de noviembre de 1954 fue capturado Líster y

varios campesinos fueron ejecutados. Cinco meses después, por decreto de Estado de Sitio, la región del Sumapaz fue declarada de operaciones militares. Unos 5.000 soldados de cuatro batallones, apoyados por aviones de combate, intervinieron en la región con el argumento de contener la amenaza comunista que se asomaba a la capital del país. Con prensa censurada o amenazada de prisión, la guerra de Villarrica se prolongó hasta 1956, incluso con acciones de bombardeo y ametrallamiento reconocidas por la embajada de Estados Unidos en Bogotá.

Sin embargo, hábiles en su terreno y con movilidad, antes que plegarse a una rendición negociada, los guerrilleros repitieron su repliegue a través de columnas de marcha. Una hacia la región de El Pato (Caquetá), otra hacia Guayabero y la última a la zona de El Duda y Ariari (Meta). La guerrilla fue desalojada de Villarrica, pero no disuelta. El registro de esta guerra y sus víctimas sigue siendo escaso. Al año siguiente cayó el gobierno Rojas y, con base en los acuerdos de Benidorm y Sitges (España), se aprobó el plebiscito de diciembre de 1957 que creó el Frente Nacional. En la mutación de la dictadura rojista al bipartidismo concertado, la Junta Militar que administró el cambio del orden político expidió el Decreto 0942 de mayo de 1958 que impulsó la Comisión Nacional Investigadora de las Causas Actuales de la Violencia, instancia clave para hacer memoria de estos tiempos de enfrentamiento.

Con esfuerzo de Otto Morales, Augusto Ramírez, el sacerdote Germán Guzmán, el abogado Eduardo Umaña Luna y el sociólogo Orlando Fals, entre otros, la Comisión contactó a “cabecillas de todas las tendencias” y, según quedó escrito en su histórico texto *La Violencia en Colombia*, firmó 52 pactos de paz después de 20.000 entrevistas personales. Además de este avance por la memoria de la guerra, por conducto del Decreto 0328, en noviembre de 1958, fue aprobada una nueva ley de amnistía para extinguir sumarios por delitos políticos. El objetivo del gobierno liberal de Alberto Lleras Camargo era sentar bases para la concordia. Por eso no excluyó a los comunistas y en Aipe (Huila) se dio el primer encuentro con sus delegados. Para 1959, producto de estos acercamientos, entre otras designaciones, Manuel Marulanda, o Tirofijo, como lo apodaron los militares, fue nombrado inspector de la carretera Neiva-Gaitania-Planadas.

Nacen las FARC

No obstante, la paz entre comunes y limpios era una tregua armada y la prueba de su fragilidad fue el asesinato de Jacobo Prías Alape o 'Charro Negro' en enero de 1960, en Gaitania, donde el dirigente comunista organizaba un equipo de proyección de cine. Ocho meses después, desde su nuevo enclave de Marquetalia, zona selvática de El Tamaro entre Tolima y Cauca, los comunistas aprobaron sostenerse como autodefensa de masas. La victoria de la Revolución cubana en 1959 ya tenía conmocionado el entorno continental y la aparición de algunas expresiones insurgentes como el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino, MOEC, o el Frente Unido de Acción Revolucionaria, FUAR, dieron arraigo a la teoría del foco guerrillero como semilla para afianzar la lucha armada en Colombia. En 1961, el Partido Comunista aprobó por primera vez su directriz de "combinar todas las formas de lucha".

Afianzado en el régimen del Estado de Sitio para responder a las guerrillas comunistas y al MOEC que abrió frentes en Cauca, Urabá y Vichada, el gobierno Lleras reorganizó el Ministerio de Guerra, creó el Consejo Superior para la Defensa Nacional y transformó el criticado Servicio de Inteligencia Colombiano, SIC, de los tiempos de la dictadura en el Departamento Administrativo de Seguridad, DAS. De forma simultánea, respaldó el programa Alianza para el Progreso del electo presidente de Estados Unidos John F. Kennedy, para evitar una segunda Cuba en América Latina. De hecho, tras su presentación ante la OEA en Punta del Este (Uruguay), Kennedy lo lanzó en Colombia en diciembre de 1961. Días antes de su visita, el Gobierno rompió relaciones con Cuba. Pero a pesar del equilibrio social que pretendía el Ejecutivo, con ley de reforma agraria incluida (Ley 135 de 1961), el clima de seguridad en el país era crítico.

Al grupo MOEC, el FUAR y los movimientos de inspiración comunista, se sumaron el médico antioqueño Tulio Bayer con un frente subversivo en Vichada y el dirigente Federico Arango Fonnegra con otro foco en Territorio Vásquez (Santander). Entonces en el Congreso, el senador conservador Álvaro Gómez Hurtado acuñó la expresión que hizo carrera para describir las zonas que constituían reto para el establecimiento: "repúblicas independientes". Aunque aseguró que eran 16 en todo el país, enfatizó en las que calificó sometidas a la influencia marxista: Marquetalia, Riochiquito, El Pato, Guayabero, Sumapaz, Ariari y Vichada. Las Fuerzas

Armadas, abocadas a acoger como propia la doctrina del enemigo interno desplegada en reuniones continentales auspiciadas por Estados Unidos, rápidamente se alinearon alrededor de la urgencia de responder a esa “agresión comunista”.

Con el ascenso al poder del dirigente conservador Guillermo León Valencia y su anuncio de acabar las “repúblicas independientes”, esa se volvió la misión aparte. Tras meses de abatir bandoleros como Chispas, Desquite, Pedro Brincos, Sangrenegra o Efraín González, que representaban violentos rezagos de la sevicia partidista, dentro de las Fuerzas Armadas tomó forma el Plan Lazo, asesorado por oficiales de Estados Unidos. Los oídos sordos prevalecieron a los esfuerzos de las organizaciones sociales por evitar la colisión, y en mayo de 1964, con intervención de varios batallones, grupos móviles de inteligencia, equipos de operaciones psicológicas, compañías de contraguerrilla y todos los aviones de combate y helicópteros disponibles, abrió fuego la Operación Soberanía. El objetivo: erradicar los enclaves comunistas.

Semanas después, con triunfalismo, el gobierno Valencia proclamó victoria. Pero los movimientos atacados se replegaron hacia algunos territorios de su influencia, redactaron un Programa Agrario de Guerrilleros, eje de su plataforma política, y luego se reagruparon militarmente como Bloque Armado del Sur. Entre el 25 de abril y el 5 de mayo de 1966, tras una reunión de comandantes en la región de El Pato, optaron por llamarse Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, y trazaron planes inmediatos de acción militar, política y financiera para pasar de la resistencia al ataque. Como máximo comandante fue escogido Manuel Marulanda Vélez. El MOEC ya no existía tras la muerte de su líder Antonio Larrota. La guerrilla de Federico Fonnegra tampoco por idénticas razones. Tulio Bayer había sido capturado. Las FARC continuaban una secuencia de guerra que pronto encontró expresiones afines.

En la zona de San Vicente de Chucurí, con larga historia de insurgencia, inspirado en la Revolución cubana, se formó otro grupo armado que en enero de 1965 se tomó el municipio de Simacota (Santander) y lanzó su manifiesto de creación: el Ejército de Liberación Nacional, ELN. Su máximo jefe, Fabio Vásquez Castaño, estaba inmerso en la guerra desde la muerte de su padre a manos de los pájaros en el Eje Cafetero. La reacción de las autoridades ante las FARC y el ELN fue fortalecerse desde el Derecho. Al

amparo del Estado de Sitio, el Gobierno expidió el Decreto 3398 de 1965 que organizó la defensa nacional, instó a personas naturales y jurídicas a cooperar con ella y, a través de un parágrafo específico, autorizó el amparo de armas de uso privativo de las Fuerzas Armadas como de propiedad particular, la fórmula para involucrar civiles en la contienda y crear grupos de autodefensa.

La agitación política en los años sesenta fue intensa. Hasta la teología de la liberación, surgida en América Latina como interpretación del Evangelio en la “opción preferencial por los pobres”, obró para que algunos sacerdotes acogieran la revolución como una causa aceptable. Entre ellos, el cura Camilo Torres, cuya gesta desde la Universidad Nacional en Bogotá y su prematura muerte en combate integrando las filas del ELN, en febrero de 1966, marcó época. Lo mismo que la Alianza Nacional Popular, Anapo, como partido de oposición al frentenacionalismo imperante. El gobierno liberal de Carlos Lleras Restrepo trató de responder a los apremios de la época con la reforma económica en 1968, o la reforma agraria con protagonismo de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos de Colombia, pero no pudo neutralizar el nacimiento de una tercera guerrilla en 1967: el Ejército Popular de Liberación, EPL. Esta vez en Córdoba, Sucre y Antioquia.

Se extendieron las guerrillas

Además de sus frentes en Caquetá, Cauca, Huila o Tolima, las FARC daban aliento a un cuarto en el Magdalena Medio. El ELN avanzaba en los departamentos de Santander y Antioquia. El EPL se asomaba a la región Caribe. Entre tanto, el Estado se mantuvo en la línea de ajustar sus normas y, desde el poder político, se blindó con la Ley 48 de 1968 que refrendó la directriz del apoyo civil a la defensa. Sobre todo porque una doble práctica de los grupos guerrilleros para financiarse ya hacía estragos en la sociedad colombiana: la extorsión y el secuestro, el mismo sistema que era aplicado por otros grupos guerrilleros del continente. Como en otras naciones de América Latina, con el aval de sus élites políticas y económicas, la respuesta genérica de las Fuerzas Armadas fue acoger la doctrina contrainsurgente emanada de las directrices del Pentágono y del Departamento de Estado de Estados Unidos.

Eso explica la creciente asistencia militar norteamericana en elementos de guerra, asesoría en inteligencia, o entrenamiento de oficiales en sus academias; todo para preservar el capitalismo y sus áreas de influencia e impedir la penetración del comunismo. La represión en forma, con la consecuente criminalización de la protesta social o de la oposición política, equiparando el delito de rebelión con el de opinión. En la orilla más crítica, agitación en las universidades públicas, los movimientos sociales y campesinos o los partidos de izquierda. De cara a los años setenta, mientras en diversos países de América Latina se afianzaban los regímenes militares con apoyo de Washington, en Colombia se confió la tarea a civiles con Fuerzas Armadas en su decidido apoyo, con Estado de Sitio a bordo y servicios de inteligencia empecinados en clasificar a sectores sociales o defensores ciudadanos como brazo político de la subversión.

La nueva década vio germinar otras organizaciones empecinadas en la toma del poder por la vía armada. El grupo MIR-Patria Libre, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, PRT, la Autodefensa Obrera, ADO, todos en la dogmática marxista, leninista o maoísta, y el movimiento Quintín Lame de línea indigenista. Conflicto en ascenso que el gobierno conservador de Misael Pastrana enfrentó con la fuerza de las bayonetas. Luego del Pacto de Chicoral en enero de 1972, que frenó la reforma agraria y dividió el movimiento campesino con aval del sector privado y de la clase dirigente, con la consecuente aplicación del Estado de Sitio para reprimir la protesta social, el Ejecutivo desplegó una acción militar a gran escala contra el ELN. La Operación Anorí, ejecutada a partir de 1973 y que causó la debacle en las filas de la guerrilla, provocó su retirada hacia Arauca o el sur del Cesar y precipitó la salida de Fabio Vásquez a Cuba.

Esa victoria militar, paradójicamente, antes que fortalecer al Estado causó crisis institucional interna con ruido de sables. El plan del Ejército, entonces comandado por el general Álvaro Valencia Tovar, era estrechar el cerco contra el diezmado ELN, pero el nuevo gobierno liberal de Alfonso López en 1974, interesado en propiciar una salida negociada al dilema de la insurgencia, ordenó suspender operaciones. La guerrilla ofreció entregar sus armas previo retiro de tropas y el Ejecutivo designó al gobernador de Bolívar Álvaro Escallón y al consejero presidencial Jaime Castro para recibirlas. Los delegados del Gobierno acudieron a la cita, pero el ELN nunca apareció. El hecho derivó en una tensa relación entre el nuevo Jefe

de Estado y el general Valencia y sus colaboradores. En medio de rumores de desobediencia y malestar castrense, en mayo de 1975 López retiró al oficial y a otros mandos.

El choque de trenes, sumado a una ola de conflictos laborales, paros cívicos y movilizaciones sociales, forzó al gobierno López a declinar su agenda de humanización de la guerra y retornar al atajo del Estado de Sitio. Sobre todo después de que el ELN asesinó en Bogotá al general Ramón Arturo Rincón en septiembre de 1975, y otro grupo guerrillero en evolución, el movimiento 19 de abril, M-19, creado como rechazo al fraude en los comicios presidenciales de 1970, secuestró a José Raquel Mercado, presidente de la Confederación de Trabajadores de Colombia, CTC, y después de someterlo a un juicio revolucionario por supuesta “traición a la clase obrera”, lo ejecutó en abril de 1976. Era tal la impotencia de las autoridades frente al secuestro y de tales dimensiones la rentable industria en que se había convertido, que el arzobispo de Medellín, Tulio Botero Salazar, sugirió la pena de muerte para contenerlo.

La guerra sucia

El 14 de septiembre de 1977 se realizó un paro cívico nacional que recapituló el clima de inconformidad nacional. Las centrales obreras, los estudiantes, la oposición política, los transportadores, los movimientos campesinos; fue un estallido social de hondas repercusiones. López Michelsen lo calificó como “una huelga preparada por la subversión y los enemigos del Gobierno”. Pero ese momento marcó un lindero de no retorno hacia el diálogo y, por el contrario, dio argumentos a la doctrina de seguridad nacional con urgencia de reforzar la lucha contra el enemigo interno. Con los gremios cuestionando el rumbo de la economía, los sindicatos la carestía de vida, los medios de comunicación la corrupción y la inseguridad representada en el apogeo del secuestro, las Fuerzas Armadas ganaron autonomía para enfrentar la crisis.

El paso definitivo se dio en septiembre de 1978, un mes después de la posesión de Julio César Turbay, cuando se expidió el Decreto 1923, conocido como Estatuto de Seguridad. Se incrementaron las penas por perturbación del orden público, secuestro o rebelión. Se autorizó el juzgamiento de civiles a cargo de militares en consejos verbales de guerra.

El delito político quedó sujeto a la interpretación castrense, y con ella, una rienda suelta a los militares que pronto encendió las alarmas de varias organizaciones nacionales e internacionales de derechos humanos. Una declaratoria de guerra a la subversión en el contexto de la defensa nacional que terminó incluyendo en el círculo de las sospechas a muchos civiles. A tal punto que fueron perseguidos incluso destacados intelectuales como el escritor Gabriel García Márquez, quien tuvo que asilarse en marzo de 1981 en la embajada de México en Bogotá para no ser apresado.

Con escasas excepciones, el conflicto armado se había extendido por Colombia. Desde su Sexta Conferencia en 1978, las FARC moldeaban exitosamente sus planes: un frente de guerra por departamento, redes de apoyo en centros urbanos, comandos móviles de ataque. Su expansión se sentía con fuerza en Cauca, Caquetá, Meta, Santander, Putumayo, Cundinamarca o Antioquia. A su vez, el ELN, tras la crisis de Anorí y la purga interna que derivó en fusilamientos, se reorganizó desde Arauca y Santander y ya poseía estructuras en Valle, Antioquia o Bogotá. El EPL seguía en ascenso en Antioquia, la región Caribe, Chocó y el Eje Cafetero. El M-19 asestaba los primeros golpes que caracterizaron su propuesta urbana: el robo de 5.000 armas del Ejército en el Cantón Norte de Bogotá a través de un túnel de 75 metros descubierto el Año Nuevo de 1979; o la toma de rehenes en la embajada de la República Dominicana en 1980.

A la propagación del accionar subversivo, estimulado por la victoria del Ejército Sandinista en Nicaragua en 1979, y la dura respuesta militar con episodios de guerra sucia, se sumaron dos violencias más que potenciaron la tragedia colombiana. Los carteles de la droga, que tuvieron una década a sus anchas para aprender a matar, y el paramilitarismo, que cobró vengativa identidad con hechos de 'limpieza social' o crímenes selectivos a partir de organizaciones privadas que convirtieron a los civiles en su blanco predilecto. El Estatuto de Seguridad llenó las cárceles de presos políticos, pero no resolvió el conflicto. Las Fuerzas Armadas tuvieron más libertades que nunca, pero no ganaron la guerra. Al cabo de tres años, el gobierno Turbay se vio compelido a dar un giro a su fórmula y en marzo de 1981 expidió una ley de amnistía (Ley 37 de 1981). Luego creó una comisión de paz para buscar una salida negociada.

Un intento por la paz

Los dos esfuerzos resultaron fallidos, pero crearon el clima electoral favorable a quien mostrara más audacia para el encuentro con la paz. La victoria en 1982 fue para Belisario Betancur, quien organizó una comisión de 34 integrantes y echó a andar un proceso que partió en dos la historia contemporánea de Colombia. Las guerrillas aceptaron negociar, pero sin afán pues acumulaban suficiente poder para vender caro su desarme. Las FARC tenían 14 frentes y su Séptima Conferencia, en mayo de 1982, había dispuesto constituir escuelas de formación, unidades tácticas de combate, inteligencia basada en control de territorios, incremento de su actividad política y un centro de despliegue estratégico: la cordillera Oriental. La Unión Camilista del ELN avanzaba fortalecida por la extorsión a las compañías petroleras. El EPL se posicionaba en zonas de desarrollo agroindustrial. El M-19 protagonizaba en las ciudades.

La prisa por la paz de Belisario Betancur se enredó en demasiadas alambradas. Promovió una ley de amnistía (Ley 35 de 1982) que abrió las puertas de las cárceles a muchos presos políticos, pero su generosa apuesta polarizó al país. “Enemigos agazapados de la paz”, fue el calificativo que usó el comisionado, Otto Morales, para identificar a los acérrimos detractores cuando desistió de su misión en mayo de 1983. Betancur pidió a la Procuraduría aclarar qué era el grupo Muerte a Secuestradores, MAS, que hacía correr ríos de sangre en las regiones, y cuando recibió la respuesta con la relación de 59 miembros de las Fuerzas Armadas entre 163 nombres de paramilitares o narcotraficantes, fue Troya en los cuarteles. Su más enconado contradictor fue el ministro de Defensa, general Fernando Landazábal. La oposición fue encarnizada, pero en 1984 la persistencia de la comisión de paz logró la firma de varios acuerdos de cese al fuego.

Ese año, través de su nuevo comisionado John Agudelo Ríos, se suscribieron pactos con las FARC (28 de marzo), la ADO (23 de agosto), el M-19 y el EPL (24 de agosto) y dos destacamentos del ELN (9 de diciembre). En los acuerdos, el Gobierno logró que se desautorizara el secuestro, la extorsión y el terrorismo en todas sus formas. En el mismo contexto de acercamientos de paz, se promovió la creación del partido político Unión Patriótica, UP, para que las FARC cambiaran las armas por las urnas. También surgieron el Frente Popular o A Luchar, con fines similares para el EPL o el ELN.

Líderes del M-19 se hicieron visibles echando discursos en las ciudades. Pero pudieron más los detractores abiertos y subrepticios, el paramilitarismo se cruzó en la senda y el narcotráfico, aglutinado bajo la fachada de Los Extraditables, asesinó al ministro de Justicia Rodrigo Lara en abril de 1984 y terminó de acuñar la violencia terrorista.

Los esfuerzos de paz fracasaron por incumplimiento bilateral de la tregua, graves hechos de violencia política, vacilaciones frente al desarme y desgaño político. El epílogo representa el más cruento y sombrío capítulo en la cronología de la guerra colombiana. El 6 de noviembre de 1985, un comando del M-19 asaltó el Palacio de Justicia en Bogotá, las Fuerzas Armadas reaccionaron con uso desmedido de fuerza y fueron 28 horas de horror a escasos pasos de la casa presidencial que la memoria del país todavía trasiega. Murió un centenar de personas, entre ellas once magistrados de la Corte Suprema de Justicia. Doce personas siguen desaparecidas. Un pavoroso incendio arrasó con el templo de la justicia donde el M-19 quiso hacer un juicio a Belisario Betancur por supuesto incumplimiento de los acuerdos. Entre las pavesas y cenizas de esa conflagración se desvaneció la quimera de la paz y se selló el comienzo de la barbarie.

Una guerra de todos contra todos

Cuando asumió Virgilio Barco, en 1986, había demasiados asesinos sueltos y la guerra se tornó de todos contra todos. La UP entró a la arena electoral y fue arrasada a sangre y fuego. Las cifras de crímenes de sus líderes crecieron de manera escandalosa. Con una emboscada en Caquetá en junio de 1987 que provocó la muerte de 27 militares, los acuerdos de La Uribe con las FARC quedaron agónicos. El asesinato del vocero del EPL Óscar William Calvo en noviembre de 1985 ya había dejado abrupto otro camino de paz. El narcotráfico amedrentó con violencia y fue necesario un Estatuto Antiterrorista (Decreto 180 de 1988) para contener su embestida. En marzo se estrenó la elección popular de alcaldes y el paramilitarismo la transmutó en botín selecto de su guerra política. 1988 fue llamado el año de las masacres. Tan sólo en Segovia (Antioquia) el 11 de noviembre fueron 43 las víctimas de la Casa Castaño.

El año 1989 es para hacer memoria. El poder judicial decidió develar las entrañas del paramilitarismo, pero la comisión que lo asumió fue masacrada

en La Rochela (Santander). La justicia aclaró que, con apoyo civil y militar, detrás de muchas matanzas existía un triángulo criminal Fidel Castaño-Pablo Escobar-Gonzalo Rodríguez Gacha, y pagó cara su valentía. Jueces y fiscales fueron el blanco predilecto. Hasta el fútbol se quedó sin campeón ese año por el asesinato de un árbitro. Los carrosbomba del narcotráfico llevaron luto a las ciudades. Un avión con 107 inocentes a bordo fue explotado en el aire. Los magnicidios se volvieron usuales. El pánico disparó los exilios. Se supo de mercenarios israelíes o ingleses cobrando millones por enseñar a matar y de 140 bandas criminales diseminando la muerte por los territorios de Colombia. El contrapeso entre tanta impunidad y tragedia fue un proceso de paz que se supo abrir paso.

Después del secuestro del líder conservador Álvaro Gómez en mayo de 1988 y el homicidio de su escolta Juan de Dios Hidalgo a manos del M-19, la entrega del cautivo fue condicionada únicamente a una mesa de diálogo. Así se dio y el M-19 acogió la metodología del Gobierno, liderada por el consejero Rafael Pardo y definida en tres fases: desmovilización, desarme y reincorporación a la vida civil. En cumplimiento de una precisa hoja de ruta, el Congreso aprobó una ley de amnistía (Ley 77 de 1989) y el proceso de paz culminó el 8 de marzo de 1990 con la entrega de armas encabezada por el último comandante de la organización, Carlos Pizarro Leongómez, quien 49 días después fue asesinado por el paramilitarismo a bordo de un avión. Fue el cuarto candidato presidencial con idéntico destino. Antes habían caído Jaime Pardo Leal en octubre de 1987, Luis Carlos Galán en agosto de 1989 y Bernardo Jaramillo, de la UP, en marzo de 1990.

La Constituyente, otra esperanza de paz

Elegido presidente, César Gaviria creó una Consejería para la Defensa y Seguridad encaminada a priorizar la órbita civil sobre el orden castrense; recobró los contactos de paz con el EPL, el Quintín Lame y el PRT que habían quedado de la era Barco; y formalizó tres derroteros para enfrentar la grave situación nacional: una política de sometimiento a la justicia para rendición de narcotraficantes a cambio de no extradición, rebajas procesales y laxas condenas; un severo Estatuto para la Defensa de la Justicia (Decreto 2790 de 1990), con justicia sin rostro para enfrentar la temeridad de los grupos ilegales; y un proceso constituyente que terminó en la

convocatoria a una asamblea de 70 delegatarios, que entre febrero y julio de 1991 reformaron la carta de 1886 con activa participación de los jefes guerrilleros del M-19, ahora en la actividad política.

No obstante, el mismo día de las elecciones para la Constituyente (9 de diciembre de 1990), las Fuerzas Militares iniciaron la Operación Centauro contra Casa Verde, sede del Estado Mayor del Bloque Oriental y refugio de Manuel Marulanda, en Uribe (Meta). Versados en su territorio, los guerrilleros rompieron el cerco, contragolpearon desde otras regiones y se extendió la guerra. En contraste, por esos mismos días de continua refriega, con guía del comisionado Jesús Antonio Bejarano se sellaron tres procesos de paz. Con el PRT en Ovejas (Sucre), en enero de 1991; con el EPL en Labores (Antioquia), en marzo; y con el Quintín Lame en Cauca, en mayo. Tras su desarme, con voz pero sin voto, los tres grupos sumaron sus delegados a la Asamblea. El 30 de abril, el constituyente Álvaro Leyva Durán, acompañado de tres insurgentes y una comisión política, ocupó pacíficamente la sede de la embajada de Venezuela en Bogotá para reclamar diálogo político.

Los tres alzados en armas pertenecían a las FARC, el ELN y una disidencia del EPL. Su manifestación conjunta se hizo a nombre de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (CGSB), una organización creada desde 1987 para unificar el accionar insurgente. En ese momento su fuerza sumaba 48 frentes de las FARC, 22 columnas del ELN y unos 100 disidentes del EPL. El gobierno Gaviria aceptó un encuentro exploratorio en Cravo Norte (Arauca), que se concretó el 15 de mayo. Ese día, la CGSB y el Ejecutivo acordaron iniciar conversaciones de paz en Caracas (Venezuela). La primera cita se concretó dos semanas después. De entrada, el Gobierno propuso cese de hostilidades, veeduría internacional, acatamiento a los convenios de Ginebra y entrega de armas. La insurgencia pidió cese al fuego bilateral, delegados en la Constituyente, solución a los presos políticos y claridad en casos de desaparición forzada.

“Esta negociación de paz se pudo haber iniciado desde hace 5.000 muertos”, fue la frase del jefe de la delegación de las FARC, Guillermo León Sáenz o ‘Alfonso Cano’, que resumió la expectativa creada frente a la mesa de diálogos. Pero la guerra siguió de largo y mientras la Constituyente terminaba de dar forma a la nueva Carta Política y Pablo Escobar aceptaba recluirse con sus secuaces en una cárcel de Envigado (Antioquia) para seguir delinquiendo, los colosos de la confrontación ajustaban planes para

escalar su rudeza. Por eso el proceso de paz no cuajó. En octubre estaba suspendido por un atentado de las FARC en Cauca al presidente del Congreso Aurelio Iragorri, con siete víctimas. En noviembre, a 23 kilómetros de Bogotá, las FARC emboscaron a una comisión judicial y mataron a siete funcionarios. El paramilitarismo tampoco dio tregua a sus violentas acciones.

El intento de golpe de Estado en Venezuela, liderado por el teniente coronel Hugo Chávez en febrero de 1992, obligó a trasladar la mesa de negociación a Tlaxcala (México). Tres meses después estaba deshecha por la muerte en cautiverio del exministro Argelino Durán en Norte de Santander. “Fracasé, hay enemigos de la paz, hay un planteamiento guerrerrista en la clase dirigente que el gobierno no atiende”, admitió el último vocero del Estado, Horacio Serpa Uribe. Entre marzo y abril de 1993, las FARC realizaron su Octava Conferencia y trazaron planes inmediatos para siete bloques de su máquina de guerra. Proyectos de finanzas, armas y apoyo internacional para sus bloques Oriental, Sur, Magdalena Medio, José María Córdoba, Occidental, Caribe y Central. Toda Colombia con su presencia. El ELN cada vez más lesivo con el secuestro, el minado de territorios o los atentados a la infraestructura petrolera.

La guerra subversiva en aumento, el paramilitarismo desbocado y en Bogotá o Medellín la segunda oleada terrorista de Pablo Escobar tras fugarse de la cárcel en Envigado. Muchos horrores y olvidos, incontables víctimas en el anonimato y una recortada memoria de esos tiempos dolorosos. Entre ellos, uno de los capítulos más impunes de la violencia colombiana: los Perseguidos por Pablo Escobar, Pepes. La CIA y la DEA de Estados Unidos, la Policía, el Ejército, la Fuerza Aérea, el cartel de Cali, el del Norte del Valle, la Casa Castaño, los mafiosos de Itagüí, Bello, La Estrella o Envigado, todos contra Pablo Escobar, quien finalmente fue dado de baja el 2 de diciembre de 1993. Nunca se investigó lo mínimo. Como tampoco la tras escena de la Ley 81 de 1993 que se aprobó ese mismo mes, cuando era secreto a voces que en el Senado y la Cámara había quienes legislaban untados por los dineros del narcotráfico.

Con la muerte de Pablo Escobar, en el imaginario de la Nación se dio por hecho que el cartel de Medellín estaba extinto y que lo propio era completar la tarea contra el de Cali. Pero el país estaba permeado por el narcotráfico desde los cenáculos del poder hasta el fútbol profesional o las cloacas

del delito común. En las zonas de cultivos ilícitos desafiaba al Estado porque en ocasiones la coca había sustituido el dinero, obraba como valor de compra y ley, combustible de guerra. Por eso a más de uno le vino como anillo al dedo la Ley 81 de 1993 que oficializó a largo plazo el atajo de la rebaja de penas; o el Decreto Ley 356 de 1994 que con el tiempo abrió camino a las Cooperativas de Seguridad Rural, Convivir, mampara legal para que algunos mafiosos tomaran estatus de autodefensas, y unos y otros se disfrazaran de aliados del Estado, en una metamorfosis de intereses oscuros, omisiones oficiales y degradación del conflicto.

El epílogo de la era Gaviria dejó breves oasis de paz con sus legados. El acuerdo del 9 de abril de 1994 con la Corriente de Renovación Socialista, organización surgida del ELN en 1989 como opción contraria a la guerra absoluta, a pesar de que dos de sus negociadores Carlos Prada o 'Enrique Buendía' y Evelio Bolaños o 'Ricardo González' murieron a manos del Ejército en septiembre de 1993 cuando movilizaban a los combatientes hacia Flor del Monte (Sucre), sede de los diálogos. O el acuerdo con las milicias de Medellín, suscrito el 26 de mayo de 1994 en el corregimiento de Santa Helena, que demostró cómo en las comunas de la capital antioqueña o en los barrios periféricos de otras grandes urbes se había gestado también una violenta dinámica de combos, oficinas de cobro, bandas y milicias que habían entrado en el círculo vicioso de la corrupción, la connivencia o la violencia extendida.

Más que el proceso ocho mil

Los tiempos de Ernesto Samper fueron más que el proceso ocho mil y los dineros del cartel de Cali en su campaña presidencial. Inició decidido a concretar un proceso de paz con las FARC y así se lo hizo saber al general Harold Bedoya con su recordado "aquí mando yo", en una ceremonia militar en la Escuela Naval en Cartagena, para advertirle que no era de su resorte decidir si desmilitarizaba o no la región de Uribe (Meta) para comenzar diálogos. También formalizó la adhesión de Colombia a los protocolos de los Convenios de Ginebra sobre Derecho Internacional Humanitario y respaldó a la OEA para crear una Comisión de la Verdad que aclarara decenas de crímenes cometidos en Trujillo (Valle) por una perversa alianza de militares y mafiosos. Pero el narcoescándalo pudo

más, sus buenas intenciones se apagaron sin brillo y los reflectores del país se quedaron registrando los dividendos publicitarios de la cacería policial al cartel de Cali.

Entre las artimañas del cartel del Norte del Valle para lucrarse de los descuentos legales, el desfile de políticos a la cárcel por nexos con los mafiosos de Cali, los magnicidios impunes como el de Álvaro Gómez Hurtado en 1995, o la guerra misma, cada vez más ensañada con los civiles, se multiplicó la crisis. Aunque Samper fue absuelto por el Congreso y las presiones de Estados Unidos derivaron en el regreso de la extradición y una ley de extinción de dominio de capitales ilícitos con carácter retroactivo, hacia 1996 la ecuación del conflicto ya no era favorable al Estado. Al sur del país, las FARC ya confiaban en controlar al menos dos departamentos y en Caquetá y Putumayo forzaban a marchar labriegos y colonos para defender las zonas cocaleras de la fumigación con glifosato. Al norte, las autodefensas desplazaban comunidades a su paso y dejaban su marca de violencia sexual, desapariciones, asesinatos selectivos o matanzas.

En abril de 1997, bajo la comandancia de Carlos Castaño Gil, autodefiniéndose como “un movimiento político-militar de carácter antsubversivo”, es decir, contra las FARC, el ELN y todo lo que en su imaginación oliera a izquierda, nacieron las Autodefensas Unidas de Colombia. Se unificaron 20 frentes constituidos en la región Caribe por las Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá, se sumaron las de los Llanos Orientales, del Casanare al Guaviare; las de Ramón Isaza y Ramiro Vanoy en Antioquia; las de Diego Murillo o ‘Don Berna’ en el valle de Aburrá; las del Catatumbo de Salvatore Mancuso; las de Rodrigo Tovar o ‘Jorge 40’ en Cesar y Magdalena. A semejanza de las FARC se creó un Estado Mayor Central y se organizó un sistema de bloques para llevar su talión a todas partes. Se desborda cualquier intento de memoria para referenciar tantos crímenes de lesa humanidad cometidos en cumplimiento de estos designios mayores.

Tres meses después, las autodefensas concretaron una demostración de poder que parece de ficción. Con apoyo de unidades del Ejército, fletaron un avión con un comando que partió de Urabá y atravesó el territorio nacional hasta San José del Guaviare. En lanchas rápidas, el grupo accedió a Mapiripán (Meta) el 19 de julio de 1997 y durante 48 horas asesinó civiles a sus anchas. A fines de ese año, en entrevista a la revista *Cambio*, Carlos Castaño lo denominó como parte de su “arremetida final”. En el sur de

Bolívar, Barrancabermeja, el oriente de Antioquia, el sur de Córdoba, el Urabá chocoano y el Catatumbo, la situación se tornó crítica. En las principales ciudades, la lista de magnicidios causada por sus pistoleros especializados es interminable: los investigadores del CINEP Mario Calderón y Elsa Alvarado en 1996, los defensores de derechos humanos Eduardo Umaña Mendoza y Jesús María Valle en 1998, el periodista Jaime Garzón Forero en 1999.

A su vez, las FARC, confiadas en sus redes de inteligencia y su poder bélico que había llegado a 62 frentes distribuidos en siete bloques —Oriental (22), Sur (10), Magdalena Medio (8), Noroccidental (8), Central (5), Norte (5) y Occidental (4)—, pusieron en marcha su nueva estrategia: golpes a unidades militares con elevado número de prisioneros de guerra. El 30 de agosto de 1996, unos 750 guerrilleros destruyeron la base militar de Las Delicias (Putumayo), perteneciente al Batallón de Selva Número 49 del Ejército. Murieron 28 militares, 16 quedaron heridos y los guerrilleros se llevaron cautivos a 60 uniformados que ofrecieron en canje por sus compañeros presos en las cárceles. Una exigencia que derivó en 289 días de forcejeo político con el Estado, hasta que el gobierno Samper se vio forzado a aceptar la desmilitarización de 13.161 kilómetros cuadrados en el departamento del Caquetá para que fueran devueltos.

Ese fue el preámbulo de una secuencia dolorosa que llevó a las FARC a su tope en la guerra contra el Estado y a las Fuerzas Armadas a sus mayores descalabros. Entre otros, Patascoy (Nariño) en diciembre de 1997, con saldo de 22 muertos y 18 retenidos; El Billar (Caquetá) en marzo de 1998, con 69 muertos y 43 prisioneros; Miraflores (Guaviare) en agosto, con 16 víctimas y 129 capturados; Mutatá (Antioquia) el mismo mes, con 42 muertos y 21 retenidos; Mitú (Vaupés) en noviembre, con 19 muertos y 72 capturados. En un año, la guerrilla sumaba más de 250 prisioneros de guerra. Su forma de despedir al gobierno Samper y de conminar al de Andrés Pastrana a que aceptara sus condiciones para un proceso de paz: desmilitarizar cuatro municipios de Meta y Caquetá, en un área de 42.000 kilómetros cuadrados, con una presión adicional: agilizar el canje de militares y policías por guerrilleros presos.

Un territorio despejado

Andrés Pastrana heredó de su antecesor una iniciativa de paz de última hora, cuando ese ya era el tema dominante en el debate electoral: los acuerdos del Palacio de Viana en Madrid (España), en febrero de 1998, y de Puerta del Cielo en Maguncia (Alemania), en junio del mismo año, ambos suscritos con la guerrilla del ELN. La sociedad civil fue protagonista y, a través del Consejo Nacional de Paz, órgano consultivo del Gobierno, se plantearon propósitos de avanzar hacia una Convención Nacional con humanización de la guerra, poniendo fin a la voladura de oleoductos, excluyendo a los menores de edad de las hostilidades y también a los mayores de 65 años de la selección de víctimas del secuestro. Con el mismo componente de sociedad civil, se suscribió en julio de 1998 el Acuerdo de El Nudo de Paramillo con las Autodefensas Unidas para tratar de contener la grave crisis humanitaria que vivía Colombia.

El 7 de enero de 1999 se instalaron los diálogos de paz entre el gobierno Pastrana y las FARC. La silla vacía del máximo jefe guerrillero que no acudió a la cita, fue presagio de lo que iba a suceder. Tres años con más escándalos que avances. El país polarizado como en tiempos de Betancur y la insurgencia dedicada a convertir la concesión del Estado en retaguardia de sus ilícitos. Su interés estuvo más centrado en el canje de prisioneros, convertido en tema nacional por el impacto de las cárceles de la selva. El pacto humanitario de junio de 2001 fue el momento cumbre. Se ideó como intercambio de soldados y policías enfermos por guerrilleros presos y al final 323 hombres de la fuerza pública recobraron su libertad. Las FARC se quedaron con medio centenar de oficiales y suboficiales del Ejército y de la Policía y, como lo anunció luego el Mono Jojoy, pronto las FARC empezaron a sumar dirigentes políticos a sus cautivos.

Por los lados del ELN y sus 42 frentes la situación tampoco evolucionó hacia la paz. Cuando el gobierno Pastrana intentaba dar continuidad a los avances de su antecesor, esta guerrilla explotó el Oleoducto Central de Colombia en la región de Machuca (Antioquia) y desató un incendio que terminó con la vida de 42 personas. El Gobierno canceló el itinerario de paz con esta guerrilla y el ELN presionó para recobrarlo a través de secuestros masivos. Cinco tripulantes y 41 pasajeros de un avión Fokker 50 que cubría la ruta Bogotá-Bucaramanga en abril de 1999, o 143 feligreses que asistían a una eucaristía en la iglesia La María de Cali en mayo, entre otros

hechos. Un tira y afloje que nunca derivó en proceso formal. A mediados de 2000, cuando más cerca estuvo e incluso se discutió un eventual despeje militar en el sur de Bolívar, se atravesó el paramilitarismo que justamente en esa zona dejó su impronta de fosas comunes.

En 2001, a pesar de que el proceso de paz prometía un país distinto, la situación real del proceso y de Colombia era desesperada. Las FARC arrasaban pueblos, reclutaban menores de edad, emboscaban tropas, salían a las vías a realizar “pescas milagrosas” para secuestrar al azar y aplicaban “leyes de tributación” exigiendo pagos a quienes ostentaran un patrimonio superior a un millón de dólares. Aunque solo pudieron sacar de las cárceles a 14 de sus hombres, el acuerdo humanitario de junio también significaba una victoria política. Su siguiente objetivo era alcanzar una constituyente mitad gobierno mitad guerrilla. Entre tanto, al otro lado del país, los paramilitares se paseaban impunes por campos y ciudades y en Santa Fe de Ralito (Córdoba), ese mismo 2001, cuatro jefes paramilitares con cuatro senadores, siete representantes a la Cámara, dos gobernadores, cinco alcaldes y otros dirigentes políticos, firmaban un pacto para refundar la Patria.

Cuando la autoridad se advertía erosionada, el control territorial en duda y la percepción nacional rayaba en el pesimismo absoluto, sobrevino el giro que cambió la perspectiva de la guerra. Superadas sus fricciones en la era Samper, el gobierno de Estados Unidos, presidido por el demócrata Bill Clinton, constituyó una alianza estratégica con la administración de Andrés Pastrana para complementar la reforma militar que se desarrollaba en el país. Aunque el Plan Colombia incluyó cambios institucionales y compromisos concretos en derechos humanos, su énfasis fue la lucha antinarcóticos. Enmarcado en la Iniciativa Andina contra las Drogas, desde Washington llegó el apoyo económico y militar que modificó el curso del conflicto. Con batallones de alta montaña, fuerzas de tarea conjunta, equipos de ofensiva aérea y modernos sistemas de inteligencia, las Fuerzas Armadas quedaron dispuestas para alterar el rumbo de la confrontación.

En febrero de 2002, cuando Pastrana dio por cancelado el proceso de paz con las FARC y ordenó recobrar militarmente la zona de distensión, las Fuerzas Armadas de Colombia eran otras y el contexto internacional también. Después de los ataques terroristas a las torres gemelas de Nueva York en septiembre de 2001, Estados Unidos incluyó a las FARC, al ELN y a las

autodefensas en el listado de su nuevo enemigo: el terrorismo. También solicitó en extradición por narcotráfico a varios jefes de la guerrilla y el paramilitarismo. De forma adicional, aunque con salvedad de siete años para entrar en vigor, en agosto de 2002 el saliente gobierno ratificó la vigencia del Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, creado contra la impunidad de los crímenes de lesa humanidad, los crímenes de guerra y otras graves violaciones de los derechos humanos.

Uribe llegó con Seguridad Democrática

Ese fue el escenario que encontró Álvaro Uribe cuando ganó las elecciones en 2002. Conocido por su talante militarista cuando ejerció la Gobernación de Antioquia entre 1995 y 1997, su discurso de Seguridad Democrática convenció en las urnas y lo empezó a desarrollar desde el día de su posesión, cuando las FARC lo recibieron con un ataque de morteros a varias guarrniciones militares y la propia Casa de Nariño, con saldo de 27 muertos. Con facultades excepcionales empezó a expedir decretos para desplegar su ofensiva en áreas geográficas de influencia subversiva y pronto la confrontación armada se intensificó en toda Colombia. En contraste, urgido de algún reconocimiento político, el paramilitarismo anunció su disposición a un cese de hostilidades que derivó en el acuerdo de Santa Fe de Ralito en julio de 2003, con el expreso compromiso de desmovilizar todos sus frentes antes de diciembre de 2005.

No obstante, como lo había advertido Carlos Castaño antes de ser asesinado por sus socios en 2004, el narcotráfico terminó causando el desplome de su organización. Aunque muchos mafiosos lograron colarse en el proceso, cuando la ley creada para saldar sus cuentas judiciales (Ley 975 de 2005) se ajustó en la Corte Constitucional a los derechos de las víctimas, se trancó su salto libre a la política. El 13 de mayo de 2008, el Gobierno entendió que no negociaba con autodefensas sino con narcotraficantes y extraditó a sus principales jefes a Estados Unidos. Sin embargo, en ese momento sus verdades ya hacían estragos en la parapolítica y la justicia develaba los nexos entre el paramilitarismo y los congresistas, los militares o los civiles. El Ejecutivo libraba una inusitada pelea con la Corte Suprema de Justicia. A la sombra seguía el drama de las comunidades sometidas al despojo de sus tierras o el asesinato de sus líderes.

Con reelección incluida a través de una reforma constitucional de efectos penales, la era Uribe duró ocho años en los que predominó la pugna. Se dieron intentos por establecer diálogos con las FARC, pero pudieron más la crueldad subversiva y la obstinación del Gobierno. La crisis humanitaria de los secuestrados mantuvo en suspenso al país y extremó la polémica. Los rescates militares de los cautivos, fallidos o exitosos, llenaron de dolor o júbilo a los colombianos y le dieron la vuelta al mundo. Las FARC perdieron importantes comandantes y la guerra tecnológica replegó sus frentes, incomunicó sus enlaces y pospuso sus planes. La crisis con Venezuela fue constante y la confrontación internacional notoria. La crisis institucional de los falsos positivos, con decenas de civiles ejecutados y presentados por las Fuerzas Armadas como dados de baja en combate, dejó el rastro de un modelo que quiso seguir de largo.

Las FARC negocian un acuerdo de paz

En 2010, Juan Manuel Santos, exministro de Defensa del gobierno Uribe y artífice de muchos de los sucesos de guerra que trastocaron el rumbo del conflicto, ganó la Presidencia de Colombia. Todo hacía pensar en la continuidad de la Seguridad Democrática aunque desde su discurso de posesión estaban abiertas las puertas del diálogo. Sus primeros meses fueron el anuncio de lo que venía. La Operación Sodoma en septiembre, en La Macarena (Meta), donde fue abatido el estratega militar de las FARC, Víctor Suárez o 'Mono Jojoy'. O en noviembre de 2011, la Operación Odiseo, entre Suárez y Morales (Cauca), donde cayó Guillermo León Sáenz o 'Alfonso Cano'. Las FARC perdían dos ases más de su baraja cuando el Gobierno dio un giro intempestivo hacia los diálogos. El primer aviso había sido el impulso y la aprobación de una ley de víctimas (Ley 1448 de 2011) para reparar a miles de colombianos atropellados por la guerra.

A diferencia de su antecesor, en esa ley Santos reconoció la realidad del conflicto armado y el 23 de febrero de 2012, el mismo día en el que súbitamente las FARC anunciaron el fin del secuestro como forma de lucha, con apoyo de los gobiernos de Venezuela y Noruega, comenzó en La Habana (Cuba) la fase exploratoria de un proceso de paz que se hizo público en agosto. Desde entonces, con notable disminución de acciones violentas, se desarrolla una negociación política en busca de la paz para Colombia. En

cifras del informe ¡Basta *ya!* del Centro de Memoria Histórica, se trata de ponerle fin a un conflicto que, al menos entre 1985 y 2013 causó la muerte de 220.000 personas, 166.000 de ellas civiles. Más de 30.000 secuestros desde hace 50 años, cerca de 12.000 mutilados por minas antipersonales, cinco millones de desplazados. Infames estadísticas que tienen ahora una opción de detenerse.

Todo está por verse y es claro que hacer la paz será más difícil que continuar en guerra. Lo primordial respecto a las FARC es la materia prima que existe para empezar la misión. Un acuerdo agrario, otro de participación en política, un tercero de solución al problema de las drogas ilícitas, el cuarto para la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición de la guerra, y un acuerdo de cese al fuego y de hostilidades, bilateral y definitivo con dejación de armas, garantías de seguridad y refrendación. El acuerdo final ahora se circunscribe como Acuerdo Especial en el contexto del Derecho Internacional Humanitario y se espera que finalmente haga parte de la Carta Política. Con tanto laberinto, aunque sin armas, nadie puede asegurar que no seguirá el conflicto político. Por eso es mejor pensar en términos de posacuerdo. Lo cierto es que la historia enseña que toda guerra sin vencedores ni vencidos termina en una mesa de negociación y que Colombia merece que la suya cese. La memoria será la clave para que nadie olvide lo que no debe repetir.

¿Cómo se va a desmontar un ciclo de cuatro décadas o más bajo el influjo del narcotráfico y sus múltiples secuelas? ¿Qué va a suceder con los grupos armados organizados, como se denomina hoy a las bandas criminales que ocupan territorios para sus ejércitos impunes? ¿Algún día se podrá afianzar una mesa de negociación con el ELN? Hay más interrogantes que respuestas y muchas más dudas que certezas. Pero es el desafío de una sociedad que tiene hoy la oportunidad histórica de cerrar uno de sus capítulos más difíciles y cruentos: el de la guerra entre el Estado, sus Fuerzas Armadas y las FARC, que se acerca a su fin. ¿Será posible pasar esta larga página y empezar a cambiar el rumbo de la historia? Cuando crezca una generación que no tenga que referir testimonios de víctimas, se podrá decir que la paz germinó y que el país aprendió las lecciones de no escuchar, no admitir, o de excluir en una nación que pertenece a todos sus hijos.



- Alape, A. (1989). *Tirofijo, las vidas de Pedro Antonio Marín, Manuel Marulanda Vélez*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Almario Vieda, G. (2010). *Colombia y el Ejército*. Bogotá: Universidad Militar Nueva Granada.
- Álvarez, C. F.; Cardona, J.; Esguerra, B.; Gómez, M.; Hidalgo, H.; Jaimes, Y.; Laverde, J. D.; Mercado, V. y Pérez, J. G. (2007). *Crónicas de secuestro*. Bogotá: Ediciones B.
- Aprile, J. (1991). *La crónica de Villarrica*. Bogotá: Ediciones Instituto Latinoamericano de Servicios.
- Arenas, J. (1972). *Diario de la resistencia de Marquetalia*. Bogotá: Ediciones Abejón Mono.
- Cardona, J. (2009). *Días de memoria*. Bogotá: Editorial Aguilar.
- Casas, U. (1987). *De la guerrilla liberal a la guerrilla comunista*. Bogotá.
- Castellanos Díaz, J. (2011). *Dos miradas, un silencio*. Bogotá: Editorial Politécnico Grancolombiano.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2013). *Guerrilla y población civil. Trayectoria de las FARC 1949-2013*. Bogotá.
- Colombia Nunca Más, *crímenes de lesa humanidad*.
- Comité de Solidaridad con los Presos Políticos. (1974). *Libro negro de la represión, Frente Nacional (1958-1974)*. Bogotá: Comité de Solidaridad con los Presos Políticos.
- Díaz Callejas, A. (1989). *Diez días de poder popular*. Bogotá: Editorial El Labrador y Fescol.

- Díaz Callejas, A. (2002). *Colombia y la reforma agraria, sus documentos fundamentales*. Bogotá: Editorial Universidad de Cartagena.
- Giraldo Ramírez, J. (2015). *Las ideas en la guerra*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Guzmán Campos, G., Fals Borda, O. y Umaña Luna, E. (1962). *La violencia en Colombia*, tomos I y II. Bogotá: Editorial Taurus.
- Marulanda Vélez, M. *Cuadernos de campaña*. Bogotá.
- Medina Gallego, C. (1996). *ELN, una historia contada a dos voces*. Quito: Rodríguez Editores.
- Observatorio de los Derechos Humanos en Colombia. (2002). *Colombia, conflicto armado, regiones, derechos humanos y DIH, 1998-2002*. Bogotá: Vicepresidencia de la República.
- Pizarro Leongómez, E. (2011). *Las Farc (1949-2011), de guerrilla campesina a máquina de guerra*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Ronderos, C. (2003). *Rebelión y amnistía, la historia colombiana del siglo XX contada por sus protagonistas*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Ronderos, M. T. (2014). *Guerras recicladas*. Bogotá: Editorial Aguilar.
- Sánchez, G. (1976). *Los bolcheviques del Líbano*. Bogotá: Ecoe Ediciones.
- Sánchez, G. y Meertens, D. (1983). *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Santos Molano, E. (2009). *Colombia día a día*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Santos Molano, E. (2016). *Las grandes noticias colombianas*. Bogotá: Semana Libros.
- Téllez, E. y Sánchez, A. (2003). *Ruidos de sables*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.

- Torres del Río, C. M. (2010). *Colombia siglo XX*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Villamizar, D. (1995). *Aquel 19 será*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Villamizar, D. (1997). *Un adiós a la guerra*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana.
- Villarraga, A. y Plazas, N. (1994). *Para reconstruir los sueños, una historia del EPL*. Bogotá: Fondo Editorial para la Paz.
- Zalamea, A. (1999). *Gaitán, autobiografía de un pueblo*. Bogotá: Zalamea Fajardo Ediciones.



El 9 de abril de 1994 en el corregimiento de Flor del Monte, en Ovejas (Sucre), entregaron sus armas 650 guerrilleros de la Corriente de Renovación Socialista, disidencia del ELN. El acuerdo de paz fue firmado en el gobierno de César Gaviria. La fotografía fue tomada en diciembre de 1993 durante los diálogos.
Foto: Jesús Abad Colorado

Capítulo (2)

Por qué y para qué un periodismo que narra la memoria del conflicto armado La responsabilidad de los medios y periodistas

Reflexiones y retos para el cubrimiento de temas de memoria

“Hay que recuperar, mantener y transmitir la memoria histórica, porque se empieza por el olvido y se termina en la indiferencia”.

José Saramago

Por Olga Behar

Introducción

En noviembre de 2012 tuve la oportunidad de participar como expositora en una audiencia de Justicia y Paz en la que procesaban a Rodrigo Pérez Alzate, alias 'Julián Bolívar', un comandante de las Autodefensas Unidas de Colombia. Durante cuatro horas expliqué el contexto histórico y político de su proceder y presenté los soportes de investigación periodística que permitieron la publicación de dos de mis libros, *El Clan de los Doce Apóstoles* (Ícono Editorial, 2011) y *El caso Klein origen del paramilitarismo en Colombia* (Ícono Editorial, 2012). Concluida la audiencia, los magistrados se declararon estupefactos ante una situación inesperada que habían vivido esa tarde: durante más de siete meses, el líder paramilitar no había aportado nada sustancioso al juicio y se había negado sistemáticamente a hablar. Sin embargo, y gracias a la forma como conduje mi exposición, alias Julián Bolívar decidió explicar, durante una buena parte de la sesión, motivaciones y procedimientos para varias de las acciones cometidas.

“¿Cómo hizo para hacerlo hablar? ¿Cuáles son esas técnicas que ustedes aplican y nosotros no conocemos? ¿Cómo es posible que los periodistas no estén siendo parte de este proceso de reconstrucción de verdad?”, se preguntaban los magistrados del Tribunal de Justicia y Paz.

Detrás de la anécdota está una razón poderosa para que los periodistas cumplamos con esa misión de relatar, contar y explicar: tenemos la experiencia, las herramientas y la capacidad para generar confianza entre protagonistas, testigos y, también, entre quienes tienen a su disposición los documentos que requerimos para cuestionar, contrastar, corroborar y/o rechazar los testimonios de viva voz que logramos conseguir.

Y todo esto con el propósito de reconstruir una memoria colectiva que permita entender qué sucedió, pero principalmente cómo y por qué. ¿Para qué?, podemos preguntarnos.

Para contribuir a sanar, a perdonar, a que algunos sean perdonados, a reparar las heridas y a trazar una ruta hacia la no repetición, ni de estos, ni de nuevos actores. Para pasar la página y crear nuevas condiciones de convivencia. Una sociedad que no sea suficientemente informada sobre su pasado no entenderá por qué debe construir un futuro diferente.

Como lo expresa Laura Aguilera Jiménez en la investigación titulada *Responsabilidad diario El Tiempo en la construcción de memoria histórica en Colombia (caso masacre de Segovia)* (2014, p. 5):

En países en conflicto como Colombia, la memoria se configura como una forma de transformación social, de justicia y de información para que se efectúe el proceso de lograr conciencia histórica, que es la que permite la apropiación de la historia por parte de los ciudadanos.

El periodismo tiene una oportunidad inédita de cumplir con su función social: la de informar, contextualizar y argumentar sobre hechos que pudieron haber sido noticia en algún tiempo, y que tuvieron un tratamiento sesgado, superficial y descontextualizado del momento histórico y político que se vivía cuando ocurrieron. Pero también, y especialmente, sobre aquellos que sucedieron y fueron ignorados deliberada o accidentalmente por periodistas, medios y actores de tales hechos.

Entre esos actores están quienes detentaban algún poder y quienes fueron víctimas de los hechos. Y también los testigos, las voces oficiales, las noticias y los relatos periodísticos, y una compleja diversidad de fuentes documentales, entre las que se deben destacar los expedientes judiciales, los documentos de investigación forense e histórica y la gran cantidad de textos previos que han construido historiadores, escritores y periodistas.

Frente a las dimensiones del conflicto colombiano, no solo por su extensión en el tiempo — más de medio siglo —, sino también por la multiplicidad de regiones, sectores sociales e individuos comprometidos, el papel de los medios y de los periodistas es tan vital y necesario como incierto. ¿Por dónde comenzar? ¿Cómo no volvernos repetitivos y terminar aburriendo a las audiencias? ¿Cómo no caer en la tendencia histórica de nuestro quehacer cotidiano de reproducir declaraciones y testimonios, y no construir relatos coherentes, contextualizados y verídicos? Y más desafiante aún: ¿cómo encontrar espacios para este tipo de contenidos, más reposados y profundos, en la agenda y los formatos de los medios masivos de la actualidad?

A lo largo de estas páginas intentaremos proponer algunas respuestas y estrategias, que permitirán a los periodistas acercarse a la construcción de la memoria — del conflicto y de los albores de una transición hacia el

posconflicto —, que deben convertirse en un ejercicio colectivo e incluyente, con participación de comunicadores y medios.

Construcción de memoria: ¿para qué?

Con frecuencia se argumenta que dar voz a las víctimas y/o a los victimarios puede tener consecuencias en la relación medios-opinión pública, a saber:

- Reducción del *rating*, o nivel de audiencia, con temas que pudieran no ser ‘interesantes’ para quienes están leyendo un periódico, viendo un noticiero o escuchando la radio.
- Servir de parlante a los criminales, lo que podría conducir a exculparlos, justificarlos y, aún peor, validar su proceder ilegal.
- Pauperizar la información. Es lo que en algunos medios se conoce como “estratificar” a las fuentes, es decir, utilizar aquellas que coincidan en su nivel social con el público *target*. Dependiendo del perfil del medio mismo, se cree que visibilizar ‘en exceso’ a las víctimas puede ser chocante para sus audiencias.
- Revictimizar, llevando a las víctimas a relatar una y otra vez lo padecido sin enmarcarlo en un contexto más general y analítico.
- Darles un sitio a las víctimas que ‘no merecen’, pues antes de ser víctimas, al decir de algunos, ‘algo debieron de haber hecho para que las atacaran’.

Frente a estas posturas, algunos medios de comunicación han emprendido un camino que las desafía y plantea cómo el papel del periodismo está más cercano a la construcción de memoria, para cumplir con su misión de informar verazmente, pero además, para contribuir a la verdad, la justicia y la reparación. Sin embargo, a estas alturas, son los menos y no son, tampoco, los que más penetración nacional tienen.

El Espectador es tal vez el medio nacional que más compromiso comienza a mostrar en esta nueva etapa cercana al inicio de la transición al posconflicto.

Noticias Uno, medio televisivo de penetración nacional muy inferior a los grandes canales comerciales, navega en esas aguas turbulentas tratando de presentar un enfoque diferente, más cercano a la gente y especialmente a las víctimas.

A nivel local, se observa más bien una postura de escepticismo y —hasta cierto punto— de indiferencia frente a las temáticas que podrían llenar muchas más páginas o espacios informativos. Precisamente porque es allí donde se han escenificado gran parte de los hechos de confrontación armada, tal vez hay una actitud expectante de espera. Sí se perciben, en estos medios regionales, ciertos esfuerzos con unidades de investigación y de informes especiales esporádicos, al igual que lo hace la revista *Semana* en algunos artículos de fondo.

Mención aparte merecen los nuevos medios —conocidos coloquialmente como medios digitales— en donde la agenda editorial es más abierta y los compromisos empresariales son menos agobiantes. Desde la web, medios como *La Silla Vacía*, *Las2orillas* y *Verdad Abierta* llenan sus espacios virtuales con las grandes y pequeñas historias que apenas comienzan a evidenciarse en los medios tradicionales.

Construir memoria

La construcción de la memoria en buena parte es un postulado de los procesos de negociación de conflictos internos que se han desarrollado a lo largo y ancho del planeta. También una causa que se ha adjudicado a la justicia, a las comisiones de la verdad y a los centros de memoria, ignorando o minimizando las grandes competencias en reconstrucción que tienen los periodistas y que surgen principalmente de su oficio como investigadores.

Apropiarse de la historia es precisamente un objetivo que debe perseguir la paz. Y el periodismo puede contribuir a conseguirlo traspasando la frontera entre información e interpretación, un papel para el que diferentes modalidades de investigación y de publicación configuran el menú del que dispone cualquier periodista que tenga interés en incidir en la construcción de memoria, especialmente en los niveles local y regional, que es en donde el conflicto ha estado presente por más tiempo y con más intensidad.

Desafíos similares se han vivido en diferentes países. Los periodistas en Argentina, con posterioridad a la dictadura militar que azotó a su nación entre 1975 y 1984, han cumplido esa misión profesional e histórica y hoy son un ejemplo para sus pares colombianos.

Pero esto no surgió de la nada. No hace muchos años, el periodismo argentino se vio enfrentado al dilema de si debía ser ‘objetivo’, neutral, distante, frente a los descubrimientos de crímenes cometidos por la dictadura, o si debía tomar partido y abanderar el proceso de investigación y divulgación de esos hechos execrables.

Desde la gran prensa —algunos de cuyos exponentes podrían hoy categorizarse como cómplices del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, como fue llamado el régimen dictatorial de los militares de ese país austral— clamaban la neutralidad y una postura que los alejara de cualquier intento de crítica hacia ese oprobioso mandato, so pena de terminar acercándose a ideas afines a la izquierda y a los movimientos revolucionarios que habían sido aplastados.

Frente a este dilema, otros periodistas impulsaron la tesis de que no era posible ser indiferente ante el sufrimiento y la persecución de ciudadanos que, equivocados o no, eran sujetos de derechos amparados por la Constitución y las leyes. Y que de relatar sus vivencias podía desprenderse la comprensión sobre las circunstancias y consecuencias de estos hechos oprobiosos. Fue cuando comenzaron a aflorar tantas historias como hechos habían sucedido.

María Eugenia Ludueña, periodista de la agencia *Infojus*, escribió un libro en el cual reconstruyó la búsqueda de Laura, la hija de Estela Carlotto, presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, desaparecida por el régimen de facto. En su intervención durante el VIII Encuentro de Periodismo de Investigación (19 y 20 de marzo de 2015, en Bogotá), Ludueña explicó:

Contar estas historias desde el periodismo le da a la memoria el poder del reconocimiento público, dignifica a las víctimas. Si bien reparar le corresponde a la Justicia, el periodismo también puede traccionar fuertemente en esa dirección.

El periodismo puede contribuir —especialmente el investigativo— a formar una amalgama en la que, como lo manifestó Ludueña, diversos protagonistas, testigos y profesionales:

[...] producen unas memorias íntimas y colectivas al mismo tiempo, híbridas, desde nuevos modos de contar y de transitar las orillas entre el periodismo de investigación, la no ficción, el diario personal y la literatura.

Para el periodista, señaló ella, “escribir es lo contrario de olvidar. El que escribe no olvida y el que lee, tampoco”. Y citando al filósofo francés Paul Ricoeur, quien desarrolló conceptos sobre el peso de la memoria individual en la memoria colectiva, Ludueña reflexionó:

Es el relato el que genera el salto de la memoria individual a la social. Desde el momento en que arrancó esta investigación, la idea era contar a Laura, pero contar también a otras mujeres que vivieron en aquel momento: su madre, su hermana, sus amigas de la facultad de humanidades donde estudiaba historia, sus compañeras de militancia en la Juventud Universitaria Peronista.

Para la también argentina Pilar Calveiro¹, citada por Ludueña en su conferencia, la memoria debe estar antes que la política y el derecho. Desafortunadamente, en los procesos de terminación de conflictos, los temas del derecho (justicia transicional, generalmente) están siempre antes que los políticos. Y de última invariablemente está la memoria. Calveiro propone darle el lugar que le corresponde porque:

La memoria perdura. ¿En qué sentido? No como repetición mecánica e inútil sino como narración de una experiencia colectiva, como interpretación de ese pasado compartido capaz de auxiliarnos en la comprensión del presente.

En Colombia, no son pocos los autores que han emprendido este proceso, apasionante pero al mismo tiempo agobiante en el plano emocional. Sobre

1 Secuestrada y torturada en centros clandestinos de detención. Sobrevivió y se radicó en México, donde vive. Doctora en Ciencias Políticas, en el texto *Memoria, política y derecho en la lucha contra las desapariciones forzadas*, hizo las reflexiones que citó Ludueña en su conferencia.

todo cuando se trata de rescatar las voces ignoradas, calladas, perseguidas. Para Patricia Nieto, periodista e investigadora de la Universidad de Antioquia, “nombrar a esas víctimas es salvarlas de esa muerte que es el olvido. Ya no pueden ser salvadas, pero pueden ser nombradas, deben ser nombradas”².

El caleidoscopio de la verdad

Ahora bien, ¿el papel del periodismo debe ser complementario de la justicia o autónomo en los procesos de construcción de memoria? Esta pregunta nos conduce a analizar la diferencia entre verdad jurídica y verdad histórica.

El proceso de construcción de verdad jurídica es verdaderamente quimérico. En un país donde se cometieron millones de delitos, las víctimas se cuentan por varios millones también y los victimarios son miles. La justicia no ha tenido más remedio que establecer reglas del juego para investigar y procesar a los determinadores y para avanzar en casos emblemáticos. Es lo que en términos técnicos se llama ‘selección y priorización’. Acometerlos todos demandaría décadas de trabajo y de recursos económicos y humanos, sabiendo de antemano que finalmente solo algunos se salvarán de quedar en la impunidad.

De acuerdo con el contenido del libro *Justicia y Paz: ¿verdad judicial o verdad histórica?*, una publicación del Centro de Memoria Histórica (2012, pp. 527-528):

Esta situación no es para nada desconocida: según información suministrada por la Fiscalía General de la Nación al Centro de Estudios de Derecho, Justicia y Sociedad (Dejusticia), se comprueba que solamente el 6% de las noticias criminales conocidas son capaces de ser recibidas por el sistema para generar sentencias condenatorias (Comisión Asesora de Política Criminal, 31 de marzo de 2012). Entre noticias criminales y condenas efectivas se generó aproximadamente un 96% de impunidad entre los años 2005 y 2010, cifra que

2 Citada por Ludueña en su conferencia, según el taller dictado por Nieto y titulado *Memoria Histórica y Periodismo, relatoría de la organización Periodistas de a Pie*, con sede en México.

sin lugar a dudas refleja que la investigación penal y la sanción de crímenes en Colombia no obtienen los mejores resultados frente a la criminalidad ordinaria. ¿Qué puede esperarse entonces de un sistema penal que posee casi el 96% de impunidad actualmente?

[...] nos encontramos ante un embudo, en palabras de Mauricio Duce (1988), en el que, la parte ancha corresponde al total de los delitos en una sociedad determinada y la parte angosta al número final de casos que llegan a las instancias finales del proceso penal³.

Así las cosas, la verdad jurídica es fraccionada, limitada y muchas veces no incluye información relevante para el recuento histórico, verdad que no puede ser demostrada fácticamente dentro de los procesos cuando no es confesada por los victimarios o sus compañeros de grupo, o corroborada por los agentes investigadores. Así lo puntualiza el Centro de Memoria Histórica (2012, p. 606):

La asimetría entre el número de víctimas que se presentan con la esperanza de esclarecer lo que sucedió con sus seres queridos y la información aportada inicialmente por los victimarios, da lugar, en efecto, a una suerte de diálogo indirecto entre las víctimas, los victimarios y los fiscales, en el cual, como en un caleidoscopio, se trata de buscar que los fragmentos de verdad que cada uno de ellos aporta, finalmente casen unos con otros y produzcan la verdad esperada por las víctimas sobre el destino de algún ser querido.

Es ese caleidoscopio el que historiadores y periodistas debemos utilizar para reunir las fracciones de verdad que cada uno de los actores puede aportar e intentar construir la memoria que, vale decirlo, nunca será completa y siempre podrá ser revisada y complementada. Y sabiendo que, tal y como ocurre con la justicia, muchos de los eventos de este trágico período de nuestra historia se perderán en la nebulosa del olvido.

Como bien lo apunta Jorge Cardona, autor de *Diario del conflicto*:

3 López Díaz, C. (2012). Selección y priorización de delitos como estrategia de investigación en la justicia transicional. *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas Universidad Pontificia Bolivariana*, 42 (117), 13-14. Recuperado desde <http://docplayer.es/10078452-Seleccion-y-priorizacion-de-delitos-como-estrategia-de-investigacion-en-la-justicia-transicional.html>.

El periodismo tiene una deuda con todas las víctimas del conflicto [...] Sueño con que el periodismo pudiera relatar la historia de cada una de las víctimas que ha dejado esta inútil guerra, aunque sé que es una tarea titánica y casi imposible⁴.

Por eso he hablado de ocho millones de historias, tantas como víctimas ha dejado este conflicto. Pero la tarea del periodista no debe terminar con la publicación. Por el contrario, es imperioso que no abandone sus investigaciones y resista ante las dificultades, los bloqueos y las consecuencias de seguridad que su trabajo puede generar.

Además, debe persistir, aunque su contenido haya sido agotado provisionalmente, y saber que es lo más completo posible, pero incompleto al fin. Esa será la garantía de continuidad, hasta agotar todas las posibilidades investigativas para nuevas publicaciones y debates.

Memoria en blanco y negro: ¿abusos de la memoria?

En un país donde la información es utilizada como arma de guerra, es necesario que ahora ella se convierta en un instrumento hacia la paz.

Sin embargo, la memoria no puede ser idealizada, ni utilizada como mecanismo para profundizar las divergencias. Esta última posibilidad es siempre viable, en la medida en que Colombia no ha sufrido los rigores de un conflicto vertical (ese que se da cuando la disputa es entre el poder y el pueblo, como en el caso de las dictaduras), sino las consecuencias de la horizontalidad del mismo.

Una multiplicidad de actores, provenientes de las más diversas vertientes políticas y de los más siniestros intereses de todo tipo, se han enfrentado durante más de 60 años. ¿Qué nos puede garantizar una toma de conciencia de esos actores, para construir una memoria colectiva basada en la verdad?

Por el contrario, podría presentarse lo que el pensador búlgaro-francés Tzvetan Todorov (s.f.a, p. 3) cataloga como “abusos de la memoria”, teniendo en cuenta que:

4 Rojas, N. (16 de mayo de 2014).

Los hechos que constituyen el pasado no nos llegan en estado puro, ya han sido seleccionados y jerarquizados precedentemente; además, se nos presentan a manera de narraciones, y esas narraciones adoptan todas la misma forma.

Es por ello que la forma como se seleccionen y combinen los hechos, los documentos y los testimonios, es posible que lleve a construir versiones de la historia que pueden no ser exactas, e incluso contradictorias de otras que recojan los mismos elementos.

Frente a esta realidad, Todorov (s.f.a, p. 7) apunta:

[...] en sí misma, y sin ninguna otra restricción, la “memoria” no es ni buena ni mala. Los beneficios que se espera sacar de ella pueden ser neutralizados, incluso desviados. ¿De qué manera? Antes que nada, por la forma misma que adoptan nuestras reminiscencias, navegando constantemente entre dos escollos complementarios: la sacralización o aislamiento radical del recuerdo, y la banalización o asimilación abusiva del presente al pasado.

Y además, por lo que en Colombia llamamos, desde hace un buen tiempo, la ‘revictimización’. ¿Cuándo se produce este fenómeno? Cuando nos regodeamos con el drama vivido por la víctima y basamos la publicación en ese pasado que no contribuimos a que se comprenda y asimile. Todorov (s.f.b, p. 11) argumenta que:

[...] la recuperación del pasado es indispensable [...] La operación es doble: por una parte, como en un trabajo de psicoanálisis o un duelo, neutralizo el dolor causado por el recuerdo, controlándolo y marginándolo; pero, por otra parte —y es entonces cuando nuestra conducta deja de ser privada y entra en la esfera pública—, abro ese recuerdo a la analogía y a la generalización, construyo un *exemplum* y extraigo una lección. El pasado se convierte por tanto en principio de acción para el presente [...] la memoria literal, sobre todo si es llevada al extremo, es portadora de riesgos, mientras que la memoria ejemplar es potencialmente liberadora [...] El uso literal, que convierte en insuperable el viejo acontecimiento, desemboca a fin de cuentas en el sometimiento del presente al pasado. El uso ejemplar, por el contrario, permite utilizar el pasado con vistas al presente,

aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro.

Desprendernos, pues, de la literalidad de los testimonios, de las versiones oficiales y de los documentos que los creadores de las versiones oficiales ponen en las manos de los periodistas será el camino para empezar a pensar en una memoria ejemplar, que ponga al servicio del presente y, sobre todo del futuro, ese contexto que tendremos que relatar.



El poder de las regiones

Los hilos del poder se han manejado siempre en Colombia desde el ombligo del territorio: Bogotá. Es allí donde se toman las decisiones y se minimiza o ignora lo que no ha de acometerse. Un civil muerto en una calle bogotana por el robo de un celular vale mucho más para los que detentan el poder y para los medios de comunicación, que una masacre en un poblado lejano de la capital.

Así ha sido por décadas y el protocolo de construcción de contenidos ha sido acorde con esa conducta histórica de los medios. Y en los últimos años, como lo plantea el comunicador e investigador Lizandro Penagos (11 de abril de 2016), la agenda incluso se impone desde los misceláneos matutinos de la radio capitalina:

Exceso oral y acoso textual en nuestra radio. Mucha palabrería, mucha verborrea para disfrazar sus ocultos mandados, la defensa de intereses interpuestos. Lo más grave, es que ellos fijan, la televisión retoma y la prensa recoge.

El puñado de ‘generadores de opinión’ refuerza las múltiples presiones que acosan al periodista, a quien

[...] no le permiten alcanzar la más noble función del escritor, entregar el testimonio libre del tiempo que le ha correspondido vivir. A veces ni a los mismos escritores les es permitido, pues cuando no es la censura, es la autocensura la que amordaza, o la editorial, pero de ahí a que los periodistas sean simples correas transmisoras del poder, hay una enorme diferencia. Ellos avasallados, convertidos

en vasallos del poder, y las sociedades arrolladas por su práctica.
(Penagos, 11 de abril de 2016)

¿Acaso no puede hacerse nada? Contrariamente a este panorama desolador, el mismo Penagos propone a los periodistas una nueva mirada:

Hay otras historias posibles y diversas formas de ver y pensar nuestro país, nodos de conocimiento y categorías de pensamiento que lo hegemónico ha dejado por fuera y han impactado las culturas populares y periféricas desde las cuales ha comenzado a escribirse otra historia. No solo la de los hombres ilustres, sino la de todos los otros, que son mayoría. No es cuestión solo del santismo y del uribismo, y de sus antagónicas posiciones ante temas que les resultan comunes y con idénticos intereses. Hasta cuándo los ‘periodistas orales’, los que determinan la noticias desde Bogotá, los que marcan el derrotero informativo de Colombia, seguirán opinando sobre lo mismo.

Ahora, pues, debe aprovecharse que — con los procesos de finalización del conflicto — se abre una nueva oportunidad, la de crear una forma de narrar desde las regiones, que han sido los escenarios de la confrontación política violenta.

¿Cómo puede beneficiarse la sociedad con los ejercicios de construcción de memoria desde la provincia colombiana?

- Descentralizando la información.
- Buscando las historias en los escenarios reales.
- Diversificando los espacios de difusión.
- Formando nuevos periodistas que han crecido en esos escenarios del conflicto.
- Haciendo veeduría del cumplimiento de los Acuerdos de fin del Conflicto en los sitios sensibles de la transición al posconflicto.
- Combatiendo la discriminación y estratificación de actores, pues es de las regiones de donde proceden víctimas, victimarios, testigos y autoridades locales.

Aportes a la sociedad desde los medios

Como se insinuó más arriba en este texto, a través de la utilización de las herramientas clásicas del periodismo, es posible y necesaria la vinculación de los medios en los desafíos que se presentan ahora para la sociedad colombiana.

Una sociedad mejor informada y con capacidad de interpretación y discusión sobre su propia realidad, podrá ser parte de la toma de decisiones para obtener bienestar y mejores condiciones de convivencia.

Por eso, los medios de comunicación deben hacer un análisis introspectivo sobre su política editorial, sus compromisos y restricciones — impuestos principalmente por sus dueños y, en ocasiones, por las mismas autoridades gubernamentales — para no ser inferiores a este momento histórico.

Algunas tareas trascendentales que los medios deberán asumir son:

- Desarrollar trabajos con componentes de construcción de memoria y de aportes a la reconciliación, enmarcados en la estrategia de lucha contra el olvido.
- Contribuir con esa memoria como punto de partida, antecedentes y/o soportes documentales y testimoniales de la lucha contra la impunidad y la reparación integral de los daños ocasionados por la violencia sociopolítica que deben emprender las autoridades judiciales.
- Participar en la búsqueda de la verdad como contribución a la reconstrucción histórica con una nueva mirada, diferente a la tendencia tradicional de quienes han usufructuado el poder de construir verdades oficiales incompletas, manipuladoras y parciales.
- A través de un nuevo lenguaje, contribuir a ‘desarmar los espíritus’, bajar la polarización y propiciar la construcción de una nueva manera de narrar y de valorar la diversidad de opiniones y de enfoques políticos sobre el Estado.
- Convertirse en veedores de la implementación de los acuerdos convenidos para lograr el fin del conflicto con las FARC, y de la marcha de las negociaciones con el ELN.

Como bien lo plantea la docente y experta en derechos humanos Mónica Herrera Irurita (3 de abril de 2013): “existe un deber necesario hacia las víctimas y un deber de los medios de comunicación en no quedarse en la espuma de los acontecimientos”. Ir más allá es, para Herrera, de gran ayuda en el objetivo de reconstruir lo ocurrido, pues “el hacer contexto como el visibilizar los hechos y las voces permite dignificar a las víctimas”.

Ante el riesgo de que en los medios esto se dificulte por tratarse de temas que, supuestamente, ‘no venden’, en una nueva perspectiva frente a los nuevos tiempos estos tópicos podrán entenderse como temas “de responsabilidad social, de acompañar y hacerles saber a las víctimas que realmente encuentran un apoyo desde diferentes partes de la sociedad. Y que sus casos nos importan a todos como colombianos [...] Pues hacer memoria implica que los fracasos de ayer no se repitan y la sociedad civil tenga herramientas para recrear realidades” (Herrera, 3 de abril de 2013).

A manera de conclusión



- ✓ Construir memoria es el gran reto que tiene hoy el periodismo colombiano, como aporte a la generación de una sociedad más justa e incluyente con vocación de paz.
- ✓ Su papel debe conducir a que esa memoria tenga el carácter de ejemplar y contribuya a entender el testimonio de las víctimas y el contexto como la historia que aportará elementos de comprensión sobre el conflicto y el camino transitable en la transición al posconflicto.
- ✓ Este proceso solo será posible desde las regiones, que son los escenarios de los diferentes fenómenos de violencia política y criminal que han sacudido a la Nación en las últimas seis décadas.
- ✓ Para descentralizar las narrativas de paz, los grandes medios de comunicación tienen el deber de hacer un ejercicio de introspección que les permita entender su papel histórico en esta nueva etapa que vivirá la sociedad colombiana y para no ser inferiores a los grandes desafíos que plantean lograr la reconciliación y el perdón.



- Aguilera Jiménez, L. (Diciembre de 2014). Responsabilidad diario El Tiempo en la construcción de memoria histórica en Colombia (Caso masacre de Segovia). *A1 - Revista de investigación y formación de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo, Universidad Sergio Arboleda*. Recuperado desde: <http://190.85.246.40/investigacion-comunicacion/memoria-historica-masacre-segovia.htm>.
- Centro de Memoria Histórica. (2012). *Justicia y Paz: ¿verdad judicial o verdad histórica?* Bogotá: Editorial Taurus. Recuperado desde: http://centromemoria.gov.co/wp-content/uploads/2015/07/verdad_judicial_verdad_historica.pdf.
- Irurita Herrera, M. (3 de abril de 2013). Los medios de comunicación y su aporte a las medidas de reparación de la CIDH. *Semana.com*. Recuperado desde: <http://www.semana.com/opinion/articulo/los-medios-comunicacion-su-aporte-medidas-reparacion-cidh/338636-3>.
- Ludueña, M. E. (Marzo de 2015). El periodismo que narra la memoria. En *VIII Encuentro de Periodismo de Investigación*, 19 y 20 de marzo de 2015, Bogotá. Recuperado desde: <http://cerosetenta.uniandes.edu.co/el-periodismo-que-narra-la-memoria>.
- Penagos, L. (11 de abril de 2016). Exceso oral y acoso textual. *Elpueblo.com.co*. Recuperado desde: <http://elpueblo.com.co/exceso-oral-y-acoso-textual>.
- Rojas, N. (16 de mayo de 2014). Periodismo, conflicto y memoria. *Semana.com*. Recuperado desde: <http://www.semana.com/opinion/articulo/proceso-de-paz-memoria-conflicto-opinion-de-nubia-rojas/387490-3>.
- Todorov, T. (s.f.a). *Los dilemas de la memoria*. Recuperado desde: https://www.academia.edu/5290525/Dilemas_de_la_memoria-_Todorov.
- Todorov, T. (s.f.b). *La memoria amenazada*. Recuperado desde: <http://www.felsemiotica.org/site/wp-content/uploads/2014/10/Todorov-Tzvetan-La-memoria-amenazada.pdf>.



La tragedia que acabó con la vida de cerca de ochenta personas en el corregimiento de Machuca en Segovia (Antioquia), fue ocasionada por la guerrilla del ELN en octubre de 1998. El acto criminal empezó con la voladura del oleoducto Caño Limón-Coveñas, que derramó miles de barriles de petróleo sobre el río Pocuné, cerca del caserío. Una hora después del atentado al oleoducto y por acumulación de gases, se produjo la explosión que acabó con el sueño de un pueblo y dejó heridas profundas en su cuerpo y alma.
Foto: Jesús Abad Colorado

Capítulo 3

Recomendaciones para entrevistar a personas afectadas por el conflicto

“Cuando uno habla de algo que le ocurrió como fue el desplazamiento de su territorio, siente como una paz interior porque tuvo la oportunidad de sacar algo que uno tenía y que lo ahogaba. Y cuando uno está así se siente muy deprimido y enfermo, por eso digo que sentí una paz interior que me liberó de esa carga”.

Mujer del Chocó que dio su testimonio a la Comisión de la Verdad de las Mujeres, ejercicio realizado por la Ruta Pacífica de las Mujeres y publicado en el libro El Camino de Vuelta de la Memoria (abril de 2015)

Por Gloria Castrillón

Introducción

A finales de los años noventa, cuando a instancias de la Corporación Medios para la Paz se empezó la labor de analizar el trabajo que veníamos realizando los periodistas en el cubrimiento del conflicto armado, se ventilaron varias conclusiones. Una de ellas fue la necesidad de poner el foco en las víctimas. Se consideraba en ese momento que los medios se habían dedicado a dar partes —siempre oficiales— de la guerra y a contar muertos. Incluso, de manera vergonzosa, debimos reconocer que varios hechos violentos habían sido pobremente cubiertos y hasta ignorados por la prensa.

Se lanzó, entonces, una campaña loable para hablar de las víctimas, para reconocerlas y darles voz. En general, los periodistas y los medios atendimos el llamado. Se han publicado desde ese momento cientos de historias con voces de las personas directamente afectadas por el conflicto armado. Conocimos muchos relatos que nos pusieron de frente al dolor padecido e ignorado por años y que nos dieron otra visión de la guerra, pero hay que reconocer que, en cumplimiento de ese propósito, se han dejado asignaturas pendientes.

Una de ellas es la dignificación de las personas afectadas por hechos del conflicto. Nos dedicamos, sin quererlo, en medio de la abrumadora tarea de cubrir este conflicto, a construir un imaginario de víctima, desde la narrativa periodística, con una fuerte carga negativa; caímos en el estereotipo.

En sucesivos talleres con periodistas y comunicadores en los territorios y en innumerables encuentros con personas afectadas por el conflicto, hemos hecho el ejercicio de escudriñar ese imaginario y el resultado es lamentable. El concepto de víctima está ligado a personas casi siempre en condición de desplazamiento, casi siempre mujeres, pobres y llorosas, campesinos o afrocolombianos que piden asistencia estatal y que se toman las calles de las ciudades para practicar la mendicidad o para bloquear vías.

El estereotipo se vincula, en algunas oportunidades, con personas que cargan fotografías de sus seres queridos en marchas interminables, con madres que exigen que sus hijos aparezcan y sobre los cuales suele recaer la manida sospecha de “algo hicieron” para que los hayan desaparecido.

Al parecer, en nuestro afán por poner micrófonos, grabadoras y cámaras a las víctimas, se nos olvidó la verdadera razón por la cual debíamos poner el acento en ellas y en sus relatos (incluso me pregunto si en algún momento lo supimos con certeza).

En medio de la polarización política y de la crudeza del conflicto, la voz de las víctimas ha sido muy débil. No es fácil hacer que su narrativa impere sobre la de los señores de la guerra —de todos los bandos y niveles— que con cada discurso intentan justificar sus actos atroces, con frases en “defensa de la patria”, en “refundación del Estado” o en “representación del pueblo”.

Tampoco ha sido fácil para los periodistas entender la compleja relación de la población civil con los actores armados —legales e ilegales— que se entrecruzan en unos entramados con diferentes categorías de bases sociales, redes familiares, de apoyo y demás, que se han construido durante décadas. Hemos tendido a simplificar el análisis y a sacar conclusiones bajo la óptica de bueno/malo; víctima/victimario; guerrillero/paramilitar.

Sin caer en las generalizaciones que aquí intentamos evidenciar y proscribir, hay que reconocer que han existido valiosos y copiosos trabajos periodísticos que nos han permitido, además de conocer esas voces silenciadas durante años, descubrir incluso otras formas de victimización que el país no conocía. Ese fue el caso de las ejecuciones extrajudiciales que se denominaron periodísticamente como “falsos positivos”. Fue gracias a la denuncia de un grupo de madres en los medios de comunicación que Colombia conoció la perversión de la guerra nacida en los cuarteles militares.

Y también gracias a esos esfuerzos conocimos, 10 o 15 años después, las atrocidades de la expansión paramilitar en forma de masacre, ocupación, violación y vejación de poblaciones enteras, o las secuelas de los secuestros en miles de familias que han tenido que soportar la dureza de este delito una y otra vez.

Pero hay otros matices. La experiencia de cubrir decenas de audiencias de Justicia y Paz, en las que los postulados, jefes de las estructuras paramilitares que entregaron sus armas entre 2003 y 2006, confesaron sus crímenes para aportar a la verdad y a la reparación de las víctimas, dejó sinsabores. Uno de ellos fue darles más trascendencia a las posibles acusaciones sobre

los militares, empresarios y jefes políticos que habían apoyado sus actividades (tema de enorme trascendencia), descuidando el peso específico que tenía la revelación de sus delitos contra la población civil.

En el afán de encontrar otros culpables que aseguraban titulares y escándalo, se dejó de prestar atención al relato de unos perpetradores que estaban narrando su versión acerca de cómo se habían expandido, infiltrando todos los niveles de la sociedad, y cuáles eran sus estrategias de dominación. Faltó un periodismo más sensible y dispuesto a oír y a hacer un esfuerzo adicional, para investigar y poner en contexto los hechos relatados por los postulados, y cruzarlos con las voces de las víctimas y de otros actores que tenían mucho qué contar para ayudarnos a entender por qué y para qué sucedieron esos hechos.

Ahora que nos enfrentamos a la posibilidad, cada vez más cierta, de pasar de narrar la guerra a un escenario en el que podremos narrar la transición entre el conflicto y el posacuerdo, es el momento para reflexionar sobre esta y otras tareas pendientes.

Unos principios básicos

No sería justo pensar que en un país en el que se ha desarrollado un conflicto con las características del que ha vivido Colombia en los últimos 60 años se pueda llegar a la conclusión de que solo hay ocho millones de víctimas reconocidas por el Estado (desde 1985 a la fecha). No parece lógico pensar que este tipo de confrontación solo ha afectado a aquellas personas que directamente han declarado haber perdido un ser querido o han sido víctimas de despojo, amenaza, desaparición, violación, mutilación.

Una encuesta realizada por la Fundación Social en 2006, titulada *Percepciones y opiniones de los colombianos sobre justicia, verdad y reparación*, mostraba que el 50% de la población urbana se consideraba víctima del conflicto, bien fuera por efectos directos de carácter social, como la pobreza y el desempleo, o los efectos psicológicos de incertidumbre o miedo. En ese sentido, un periodismo que aporte a la memoria debería ampliar el radio de acción y empezar a considerar que las personas afectadas por el conflicto están más allá de los registros oficiales.

Y al entrar en ese universo complejo de las víctimas surge otra consideración importante: entender que no se trata de una masa uniforme de gente, sino que incluso dentro de una comunidad afectada por el mismo hecho violento, pueden encontrarse personas muy disímiles. Hay quienes no querrán llamarse víctimas porque consideran que ese apelativo les estigmatiza y trae problemas. Hay quienes prefieren reconocerse como sobrevivientes, porque le impregnan a esta palabra una carga simbólica acerca de su carácter de resistentes. Hay otros más que consideran que el término víctima no solo les otorga un estatus ante el Estado (reclamante, sujeto de derechos), sino que los dignifica en la sociedad para evitar que los olviden.

Y en ese mismo sentido, hay personas que asumen y tramitan el dolor de manera diferente. Hay quienes aceptan hablar y quienes prefieren callar; otros aceptan participar de ejercicios colectivos, pero no individuales, en los que se elabora el relato de los hechos violentos.

Otra importante consideración es empezar a entender el concepto de daño, en el que ha trabajado de manera exhaustiva el Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. En ese sentido, los investigadores han llamado la atención sobre la necesidad de entender que en desarrollo del conflicto en Colombia no se han cometido crímenes aislados, sino que se trata de acciones con la intención de destruir y desterrar vidas, ideales y valores humanos, crímenes que causan terror y sufrimiento intenso de manera deliberada (CNMH, 2014).

Según ese análisis, a las víctimas en Colombia se les ha impedido vivir como quieren, vivir bien y sin humillaciones, condiciones que según un fallo de la Corte Constitucional (2002) configuran la vida digna. Allí se habla de que la dignidad humana tiene que ver con la autonomía de las personas, con la posibilidad de diseñar un plan de vida y de determinarse según sus características, incluye también algunas condiciones materiales para garantizar la existencia y alude a bienes no patrimoniales como la integridad física y moral.

Es importante recoger el concepto teórico que ha esbozado el CNMH (2004):

[...] el daño puede definirse como el resultado de acciones criminales que vulneran los derechos de una persona o de una colectividad. Estas acciones causan sufrimiento a las víctimas y afectan todas las

dimensiones que soportan su vida íntima, familiar, social, política, cultural y productiva.

Tener presente este concepto hace posible que los periodistas entendamos las diferentes afectaciones que han sufrido las comunidades, captar en su dimensión ese daño y hacer un aporte real a la construcción de memoria. Tal como lo describe Elsa Blair (2002), al analizar cómo se reconcilian las naciones, la puesta en la escena pública del pasado doloroso a través de sus autoridades, escritores y periodistas, ayuda a los ciudadanos en la elaboración subjetiva del duelo.

Y en ese camino de dignificación de las personas afectadas por el conflicto, caben un par de consideraciones más, antes de entrar en la materia que nos ocupa en este capítulo, trazar una guía, a manera de decálogo, para acercarnos a las víctimas.

Una es reconocerlas como personas dignas, con sueños, aspiraciones y, muchas de ellas, con proyectos vitales para sus colectivos. Si instauramos como nuestro objetivo hacer memoria, cada vez que abordemos a una persona podremos desentrañar cuáles son esos planes, cómo ha utilizado el dolor para superar su condición y cómo ha podido transformarlo en una acción para la superación de los problemas de sus comunidades y la reconstrucción de tejido social.

El país está lleno de casos en los que las víctimas se reconocen como actores sociales en sus comunidades. Pasaron de ser personas acorraladas, dolidas y humilladas, a convertirse en líderes, capaces de brindar ayuda a otros que han pasado por los mismos sufrimientos que ellas han pasado. En este caso, hay que destacar cómo las mujeres —la mitad de las ocho millones de víctimas registradas—, han sido un agente de cambio en sus colectivos y ayudan a sanar las heridas.

La polarización y las dinámicas propias de los territorios hacen que la reconstrucción de memoria se convierta en un ejercicio complejo y mucho más difícil resulta para los periodistas entender estas realidades cuando se desconocen esos entramados. No se puede pretender que haya una única memoria, una única versión de los hechos, una única verdad. El aporte valioso de los medios es servir de plataforma para que haya una discusión entre esas versiones diferentes de la memoria y la verdad.

Finalmente, hay tres consideraciones que no se pueden perder de vista a la hora de abordar a las personas afectadas por conflicto. Diversos académicos que han estudiado el tema plantean que la memoria juega un papel fundamental en la democratización de las comunidades sumergidas en conflicto, porque se convierte en un escenario de diálogo donde se reconocen las diferencias y se encuentran consensos; la memoria es para muchos una forma de reparación y un método para encontrar justicia; además es un instrumento para empoderar a las víctimas.

Algunas claves para empezar

Existen varias posibilidades de acceder a personas afectadas por el conflicto armado. Una de ellas es contactar a una organización no gubernamental que haya atendido a la comunidad o al colectivo al que pertenecen. Esto brinda varias garantías al trabajo periodístico:

- La organización brinda información de calidad sobre los antecedentes de la comunidad y los hechos violentos que la afectaron, lo cual no exime nuestra obligación de contrastar con otras fuentes.
- Ayuda a identificar líderes y voces autorizadas dentro del colectivo.
- Hay garantía de que las personas han participado ya en ejercicios en los que han removido el pasado y rememorado los hechos violentos. El periodista no será el primero en removerlos.
- Los profesionales de la organización pueden acompañar el proceso de acercamiento a las víctimas, les dan seguridad a la hora de acceder a entrevistas.
- Este acompañamiento le permite al periodista tener un profesional que pueda apoyarlo si alguna de las personas reacciona de manera inesperada a las entrevistas.
- Permite hacerles seguimiento a las historias y buscar contactos que sirvan para el futuro.

No es recomendable hacer el acercamiento a través de entidades gubernamentales, a no ser que esté seguro de que tienen la confianza plena de la

comunidad. En la mayoría de los casos, existe algún nivel de confrontación entre las víctimas y la institucionalidad que no le permitiría un éxito en su gestión. Es mejor que no asocien su labor con una institución de gobierno.

Evite el contacto a través de instituciones militares y de policía. No es recomendable hacerlo a través de actores armados.

Si se encuentra frente a la posibilidad de acercarse a unas personas que no han recibido ningún tipo de atención, tenga en cuenta:

- Puede que nunca hayan removido sus recuerdos del pasado violento.
- Precise, con varias fuentes creíbles, la situación actual y el pasado de estas personas.
- Esta población puede encontrarse en condiciones de altísima vulnerabilidad, tanto en atención psicosocial como en seguridad.
- No hay forma de prever la reacción de las personas ni las consecuencias de su participación en las entrevistas.
- Se puede dificultar el seguimiento a las historias, teniendo en cuenta que se convierten en población volátil.

En cualquiera de los casos, es su obligación hacer una investigación previa que le permita determinar:

- La presencia de grupos armados ilegales en la zona donde está la comunidad afectada. ¿Han sido hegemónicos o han disputado el control con otros?
- Si se trata de comunidades indígenas, afro o de un grupo étnico minoritario.
- La presencia de Fuerzas Armadas y de Policía.
- Los actos violentos que ha sufrido la comunidad.
- Qué tipo de atención han recibido esas personas.
- Si han sido asesinados o intimidados los líderes de esa comunidad.

- Los grupos políticos que han estado en el poder. ¿Cuál ha sido su posición frente a los grupos armados?
- La presencia de grupos o redes de apoyo como organizaciones no gubernamentales, líderes religiosos, organizaciones de víctimas de otras regiones, entidades estatales que hayan prestado atención a la comunidad.
- Si se trata de población en condición de desplazamiento, determinar en qué condiciones salieron expulsados de su zona de origen, quién los expulsó, qué tipo de actores armados hacen presencia en su nuevo lugar de residencia.
- Si hay grupos, líderes o integrantes de comunidad LGBTI afectados por los hechos violentos.



Decálogo para entrevistar

Una vez superada la etapa de búsqueda de contacto e investigación previa, viene el trabajo de campo, para el que debe fijarse unos objetivos concretos. ¿Qué pretende con su visita y sus entrevistas a las personas afectadas por el conflicto?, ¿en qué formato lo presentará?

1. Busque un lugar apropiado para que las personas sientan confianza y tranquilidad, en el que haya algún grado de intimidad. Prefiera la vivienda o el lugar de habitación de las personas, esto además le permite tener conexión con elementos personales y familiares que pueden ayudar a construir el relato (fotografías, diplomas, juguetes). En algunas poblaciones hay casas comunales o sitios de encuentro que tienen un valor simbólico para las comunidades, pueden ser buenas opciones.
2. Sea claro con sus entrevistados. Identifíquese con su nombre, el medio para el que trabaja, el objetivo de su trabajo. Frases como “su testimonio es importante para entender qué pasó...” pueden abrir puertas. Nunca genere falsas expectativas, evite expresiones que lleven a creer que con la publicación llegará ayuda a la comunidad o reconocimiento personal para los entrevistados. No se comprometa diciendo que hará publicaciones “en primera página” o “abriendo el noticiero” o informes de determinada duración o especial cobertura.

3. Propicie un acuerdo con cada persona en torno a temas de seguridad como: ¿quiere y puede dar su identidad?, ¿está en condiciones de que se publique el lugar donde vive y donde se realiza la entrevista? Por ningún motivo incumpla este compromiso. Es sagrado, puede costarle la vida.
4. Genere una conversación más que una entrevista. Utilice un lenguaje sencillo. Asuma una actitud de respeto y de sincera escucha, aleje su teléfono y procure que ni la cámara ni la grabadora intimiden a la persona o lo distraigan a usted. Mire a la persona a los ojos, explíquele su método de trabajo, qué tipo de preguntas le hará, si hablarán fuera de cámara primero y luego grabará. Preocúpese por ser cordial, no dar órdenes y pedir el favor.
5. No bombardee a la persona con preguntas, tranquilícela explicándole que si se siente mal o quiere parar la entrevista, lo podrá hacer en cualquier momento. Recuerde que usted puede ayudar a estas personas a aliviar su sufrimiento solo con escucharlas atentamente. Algunos tendrán la esperanza de que la publicación les servirá para superar el miedo o para que su comunidad mejore alguna situación.
6. Si genera un ambiente de cordial conversación no será necesario que haga muchas preguntas, con seguridad las personas le contarán lo que necesita. Nunca pierda el control de la entrevista, reencáucela cuando lo crea necesario, sin mostrarse hostil. Es preferible que deje hablar a la persona sin cortar abruptamente el relato. Muchos quieren hablar y puede que lo hagan sin parar, sea comprensivo, es posible que se estén desahogando o que estén contando algunos hechos por primera vez.
7. No emita juicios de valor sobre lo que cuenta la persona, no califique a las personas o los hechos que ella menciona. No se impresione con el relato, no pronuncie expresiones como “pobre usted”, “entiendo su dolor”. No la juzgue por llorar, gritar o porque manifieste rencor, resentimiento u odio. Respete los sentimientos de esa persona aunque no los entienda. Si es necesario, pare la entrevista, dele tiempo para recuperarse, para desahogarse.

8. Si no entendió algo, pregunte. No dé por entendido situaciones o datos. Tenga en cuenta que la persona puede perturbarse por el impacto y confundir datos o testimonios. Mejor aclare todo lo que sea necesario. Si la persona manifiesta abiertamente estar confundida y no poder suministrar un dato concreto, no se desespere; pregúntele quién puede precisar esa información. No la presione.
9. Usted no es consejero ni sicólogo, así que no asuma actitudes que no le corresponden. Nunca le diga a la persona qué hacer o qué no hacer. No presuma que sabe cómo se siente el entrevistado por sus actitudes o creencias propias. No ofrezca ayuda que usted no puede brindar, ni económica, ni profesional, ni espiritual. Puede dar orientación sobre rutas de atención estatales o de organizaciones no gubernamentales o puede dar información, si la tiene, sobre los derechos de las víctimas y algunas formas de exigirlos, a qué entidad acudir.
10. Al terminar la entrevista dé las gracias, dedique un tiempo a conversar y redondear temas pendientes así no queden en su grabación. Preocúpese por saber cómo se sintió la persona, valore el esfuerzo que hizo y el tiempo que le dedicó a usted.

Una entrevista para aportar a la memoria

Tenga en cuenta que esta no es una entrevista cualquiera. Usted está elaborando un trabajo periodístico que pretende contribuir a la construcción de memoria, a la no revictimización y a la dignificación de las víctimas; por lo tanto, no se puede quedar en un simple relato de lo que ocurrió ni tampoco conformarse con la denuncia escueta.

Su pieza periodística tiene un objetivo más ambicioso: aportar a la sanación de heridas y ayudar a tramitar el dolor de manera constructiva. Dice Blair (2002), recogiendo la literatura sobre el tema, que la evocación de situaciones traumáticas encuentra tres formas de avanzar en el proceso de sanar heridas de individuos y sociedades: lo que ella llama la puesta en escena pública del dolor, que es el reconocimiento y discurso político de los dirigentes; la conmemoración histórica para resignificar el dolor; y los relatos y testimonios de las víctimas (Blair, 2002).

El decálogo a continuación contiene algunas pautas para que su trabajo de reportería y las entrevistas mismas vayan en sintonía con la construcción de memoria a partir del relato de las personas afectadas por el conflicto:

1. La investigación previa y las entrevistas deben tener un foco claro. El objetivo es comprender el impacto que los hechos violentos han causado sobre la vida de las víctimas y sus comunidades. Las preguntas e indagaciones deben ir encaminadas a determinar de qué manera se afectó el proyecto de vida de las personas, de sus comunidades y sus organizaciones, de qué manera alteraron su cotidianidad, sus sueños, su idea de vivir en libertad.
2. Cada persona es un mundo aparte, percibe de manera diferente el daño, sufre de manera particular, sus sueños son únicos, sus valores no son iguales a los de otros individuos. No se pueden comparar sus experiencias o las de su comunidad con otras, así parezcan similares. No se puede generalizar.
3. Los periodistas deben ser sensibles a enfoques diferenciales de género, etnia, edad y opción sexual. Uno de los principios rectores es tener en cuenta estas voces diversas y evidenciar sus intereses, así como la forma específica en que han sido afectados por el conflicto.
4. A veces, un caso puede ser utilizado para ilustrar los métodos que utilizaron determinados grupos armados. En los relatos de las víctimas es posible identificar las modalidades y las prácticas de violencia sufridas por otros cientos de personas en diversos lugares.
5. Es importante escudriñar en aspectos que a veces pasan desapercibidos, como los daños que se ocasionan en las relaciones interpersonales, los problemas emocionales, la afectación a las redes sociales y comunitarias. Hay que recordar que la lógica de la confrontación impuso en muchas comunidades la desconfianza, el silencio y la falta de solidaridad. Se promovió la cultura de los rumores, el miedo y la delación. No hay nada peor que un “sapo”.
6. Determine en las entrevistas hechos que relaten la pérdida de espacios de encuentro asociados con las fiestas, conmemoraciones, celebraciones religiosas o actividades económicas indispensables para la comunidad. Estos hechos causan un gran daño en

el orden social del grupo, en sus costumbres, en la transmisión de sus saberes.

7. Si va a concentrar su trabajo en hacer perfiles de personas de manera individual, tenga en cuenta que la vida de esas personas (vivas o fallecidas) se reconstruya en diferentes ámbitos como el familiar, el social o político. Ubique la trayectoria de esa víctima en la historia de la comunidad, o en el hecho violento que usted quiere recordar o en la organización a la que pertenecía. Rescatar la dignidad de estas personas es una forma de sanar heridas, les rinde homenaje, ayuda a no olvidar.
8. Tenga en cuenta que los actores armados han justificado su presencia y violencia con expresiones como “es un pueblo de guerrilleros”, “los matamos por sapos”, “era la mujer de...” y que esos discursos han generado sentimientos de culpa y de vergüenza. Cuando se trabaja en identificar a los responsables y en los intereses que tenían para atacar a esa población, se ayuda a esas personas a cambiar esos sentimientos. Lo que buscan finalmente es entender por qué les sucedió lo que sucedió. El trabajo periodístico puede ayudar mucho en este objetivo.
9. Con su trabajo puede hacer que otras personas o comunidades que sufrieron violencias similares se sientan identificadas con los sentimientos de dolor y desesperanza y les sea posible entender que sus problemas tienen una explicación.
10. Dedique parte de su trabajo a destacar la forma como esas personas o comunidades resistieron, cómo sobrevivieron. Ayude a evidenciar las organizaciones que surgieron en medio del conflicto, cómo se organizaron y empoderaron. Resalte las iniciativas de memoria que nacen de la comunidad, todo aquello que les ayude a recordar. No se quede en el relato que victimiza.

Algunos recursos para mejorar la reportería

A veces puede encontrarse con personas o comunidades reacias a entregar su testimonio, bien sea por desconfianza o porque sienten que han

contado tantas veces sus historias que ya están agotados con las mismas preguntas. Hay algunos recursos que le pueden ayudar al acercamiento. El principal será tener buenos argumentos para hacer un trabajo que dignifique a las víctimas y les ayude a reconstruir memoria, pero estos consejos pueden servir:

- Recorra a los álbumes de fotos; cuando las personas hacen ese repaso, rememoran el pasado, se reconocen en las imágenes.
- Invite a la persona a recordar a sus seres queridos, a identificarlos con nombres y apellidos, a evocar sus gustos, actividades, apele a preguntas como “¿qué le gustaba a su hijo?”, “¿me puede contar algo de...?”.
- Si es posible, invite a las personas a que lo lleven a los sitios que les traigan recuerdos de sus seres queridos o de momentos que eran importantes para la comunidad.
- Reconstruir el relato en pequeños grupos puede ayudar a que personas tímidas se animen a contar. El ejercicio grupal sirve para que se evoquen recuerdos que algunos tenían perdidos.

¿Cómo y qué preguntar?

A la hora de preparar la investigación y las entrevistas, puede resultar útil pensar en tres escenarios o momentos que son básicos para el ejercicio de hacer memoria: reconstrucción del pasado, cómo era la vida antes de los hechos violentos; cómo ocurrieron esos hechos y cómo afectaron a la persona; cómo construir el futuro. No hay que perder de vista que el objetivo es no centrarse solo en los detalles de los actos violentos que las afectaron.

Pedirles a las personas que evoquen cómo vivían antes de los hechos violentos ayuda a ver cómo se afectaron sus vidas con la irrupción del conflicto. Les traen recuerdos gratos y les ayudan a evaluar la magnitud del daño que les causaron. Es un balance sobre qué tenían y qué perdieron.

En este sentido, hay preguntas orientadoras como: ¿de qué vivían?, ¿en qué trabajaban?, ¿cómo se divertían?, ¿dónde jugaban los niños?, ¿qué

hacían los jóvenes?, ¿dónde departían los abuelos?, ¿cómo eran las fiestas?, ¿qué cultivaban?, ¿qué solían hacer las mujeres?, ¿cómo era el mercado?, ¿qué organizaciones existían?

Al llegar a las preguntas respecto de los hechos violentos que los afectaron y cómo los afectaron, es importante no presionar a las personas a dar respuestas que no quieren y sobre todo no ahondar en detalles que pueden resultar demasiado escabrosos y que en realidad no son necesarios (un buen recurso es apoyarse en informes que hayan documentado los hechos violentos como los de CNMH, ONU, Defensoría del Pueblo, observatorios de D.H., entre otros).

Invite a la persona a responder preguntas como: ¿cuándo llegó la guerra a su territorio?, ¿cuáles fueron los primeros grupos que llegaron?, ¿quién le disputó el control?, ¿qué hicieron?, ¿cómo cometieron esos hechos violentos?, ¿quiénes los hicieron?, ¿por qué cree que sucedió?, ¿cómo lo afectó a usted, a su familia, a sus amigos?, ¿cómo afrontó esa situación?, ¿qué daño reconoce?, ¿qué hizo después?, ¿cómo le cambió la vida?

En este punto es importante tener en cuenta el enfoque diferencial, es decir, qué les sucedió y cómo afectaron los hechos a hombres, mujeres, jóvenes, comunidades afrocolombianas, indígenas y personas con opciones sexuales diversas. Los hechos violentos no los afectan a todos por igual, además los actores armados se encargaron de infligir daño de manera diferente, sobre todo en el caso de las mujeres y la población LGBTI.

Haga las preguntas directas para determinar ese tipo de acciones violentas diferentes, ¿por qué no le hicieron eso a los hombres?, ¿qué les hicieron a las mujeres?, ¿a la población afro le hicieron algo distinto? También plantee preguntas acerca de cómo les afectó determinado hecho violento. La misma acción puede sentirla diferente un hombre campesino, un indígena, un joven o una mujer.

Hay otro tipo de situaciones más difíciles de percibir, pero sobre las que es necesario indagar, ¿los actores armados regulaban las relaciones de pareja?, ¿cómo se ordenaban socialmente esas relaciones?, ¿se imponían castigos por determinados actos?, ¿cómo se relacionaban los actores armados con la comunidad?, ¿era diferente el trato con hombres y mujeres?, ¿cómo marcaban la diferencia?, ¿castigaban a hombres y mujeres por igual?

Para las comunidades indígenas y afros, la tierra y sus ancestros tienen un significado especial. Por eso, todo acto violento contra el territorio o que los separe de él es especialmente dañino, al igual que los perjuicios que se ocasionen a sus autoridades, líderes o guías espirituales, a sus símbolos, rituales, vestuario, lengua o cualquiera de sus expresiones culturales. Haga preguntas explícitas en este sentido para determinar cómo se atentó contra la identidad de estas comunidades.

No se quede en la afectación por el hecho violento, hacer preguntas sobre el después y el futuro ayuda a las comunidades a no quedarse en la posición de víctimas. En ese sentido oriente la conversación con preguntas como: ¿qué hizo después de los hechos violentos?, ¿cómo se recuperó?, ¿qué cree que se pueda hacer para que no se repitan?, ¿qué espera del futuro?, ¿cómo se organizaron?, ¿usted participó en la organización?, ¿para qué sirvió esa iniciativa?, ¿qué aprendieron usted y su comunidad?

La voz de los perpetradores

Puede sonar contradictorio que en este capítulo en el que se dedica especial espacio a dar pistas sobre la importancia de hacer memoria desde las víctimas, con una preocupación válida por dignificarlas y no revictimizarlas, dediquemos un aparte a hablar de la voz de quienes causaron el daño. Pero en aras de hacer un ejercicio efectivo de reconstrucción de los hechos, de búsqueda de la verdad y de memoria, debemos rescatar la voz de los perpetradores.

Ellos tienen una versión de los hechos que puede ayudar a esclarecer la verdad, a entender las dinámicas de los grupos armados, a explicar su accionar, a determinar por qué cometieron los crímenes, qué intereses había detrás de su accionar, a quién más beneficiaban.

Es claro que como periodistas no podemos caer en la trampa de que a través de nuestro trabajo los perpetradores justifiquen su accionar o lancen nuevas amenazas contra la población; resulta difícil distinguir entre sus discursos y nuestra reportería, cuando se hace apología. De hecho, siempre que se pone el micrófono a los responsables se está en riesgo de que el trabajo, por más cuidadoso que sea, resulte calificado como apologético.

Sin embargo, no por evitar esos riesgos debemos renunciar a la posibilidad de contar con sus testimonios. Lo importante es tener claro desde el principio el objetivo del trabajo y los límites que se deben imponer para salvaguardar la independencia periodística y la dignificación de las víctimas.

Y uno de esos límites lo marca de manera radical Leila Guerriero, al hablar de su libro *Los malos*, en el que perfila a 14 hombres y mujeres latinoamericanos que perpetraron crímenes espeluznantes. “Sin la voz de las víctimas, el retrato del malo es una aberración”, ha sentenciado la periodista argentina en diferentes entrevistas. Así que como primer mandamiento a la hora de documentar las versiones de los victimarios, debe estar este de incluir la voz de sus víctimas.

No es fácil encontrar a un perpetrador decidido a confesar sus delitos, a aportar sinceramente a la verdad, así que debemos estar preparados para que suministre información falsa, inexacta o incompleta. Una manera de contrarrestar este problema es haciendo una investigación seria y documentada antes de sentarse a hablar con esa persona.

Los relatos de quienes afectaron a las comunidades pueden ser puntos de partida. Sabiendo de antemano que no siempre contarán la verdad, que emitirán discursos de justificación o que resalten el heroísmo de su causa, los periodistas deben buscar a las víctimas, a organizaciones de derechos humanos y a líderes de las comunidades para que ellos ofrezcan sus verdades y sus propias interpretaciones del pasado.

Entre los relatos de víctimas y victimarios surgirá entonces un conflicto de discursos, un debate que si se hace público y con rigor ético, puede ayudar a sumar más voces que ayuden a explicar el fenómeno de violencia, a rescatar los valores de la democracia, a entender que esos hechos no se deben repetir.

En escenarios de justicia transicional, como la Comisión de la Verdad de Suráfrica o la de Perú, se han presentado confesiones de los perpetradores que los medios de comunicación han cubierto de manera profusa. La experiencia en ambos países sugiere que los medios juegan un papel importante al aportar contexto a esas declaraciones. De alguna manera, el guión que trazan los victimarios se rompe cuando las publicaciones de los periodistas presentan otras interpretaciones de esa realidad.

La experiencia que vivió Colombia con las audiencias de Justicia y Paz ya nos dieron luces sobre lo que sucede cuando el relato del victimario se publica sin contexto, sin otras voces que lo contradigan.

Finalmente, no hay que olvidar que en un conflicto tan largo como el colombiano, con violencias y odios reciclados, y con el agravante de una ausencia estatal que ha dejado los territorios a merced de los grupos armados, esa línea divisoria entre víctima y victimario es bastante difusa. No se trata de justificar la barbarie, pero si desde el ejercicio ético del periodismo intentamos evidenciar que quienes son victimarios en algún momento fueron víctimas, o que quienes ejercen como perpetradores son a su vez víctimas en sus propias filas, podríamos ayudar a entender algunas dinámicas del conflicto.

Igual contribución podríamos hacer si además de escarbar e indagar entre los grupos armados, también intentamos desentrañar las redes de apoyo entre diferentes grupos sociales que respaldaron a uno y otro ejército — legal o ilegal— en la comisión de sus crímenes. Ese otro nivel de responsabilidad es igual de importante al del autor material y es el que ayuda a entender con más claridad por qué sucedieron los hechos violentos, a quiénes favorecían, por qué ese y no otro territorio.

¿Podemos juzgar con el mismo rasero a los niños que fueron empujados a integrar los grupos armados, bien sea por esa mezcla letal de maltrato familiar, falta de oportunidades y pobreza, o por presión del reclutador, que a un empresario o dirigente político que decidió apoyar la comisión de una masacre? Sin duda es una pregunta provocadora, pero nos ilustra sobre los retos que tenemos como periodistas a la hora de presentar la verdad sobre lo ocurrido en estos años.

A manera de conclusión



- ✓ Es importante tener en cuenta que a pesar de los esfuerzos que se hagan por no revictimizar, el riesgo de causar sufrimiento a las personas siempre estará presente cuando se reviven momentos violentos o experiencias traumáticas. No hay forma de garantizar que no se presenten esos episodios, se pueden prevenir siguiendo un ejercicio ético del periodismo, y sobre todo, siendo sensibles al dolor ajeno.

- ✓ Se puede orientar la labor periodística para cumplir con los preceptos señalados por los teóricos y expertos en darle sentido al pasado, en función del presente y de las aspiraciones futuras de quienes se vieron afectados por el conflicto.
- ✓ Se ha documentado profusamente que cuando las víctimas hablan de los hechos violentos, se generan sentimientos de indignación y se motivan acciones de búsqueda de justicia, siempre sobre la base de que son ciudadanos con derechos.
- ✓ Y como frase de cierre quiero dejar esta reflexión de Molly Andrews (junio de 2007) que nos ayuda a alejar los temores a la hora de hacer ejercicios de memoria:

Se ha divulgado la equivocadísima idea de que recordar es peligroso, porque recordando vuelve a repetirse la historia como pesadilla. La experiencia indica que lo que ocurre es exactamente al revés. Es la amnesia la que hace que la historia se repita como pesadilla. La buena memoria permite aprender del pasado, porque el único sentido que tiene la recuperación del pasado es que sirva para la transformación del presente.



- Andrews, M. (Junio de 2007). Pero si no he acabado: tengo más que contar. Las limitaciones de las narraciones estructuradas. *Revista Antípoda*, 7. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Blair, E. (2002). Memoria y narrativa: la puesta del dolor en la escena pública. *Estudios Políticos*, 21. Medellín.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2014). *Aportes teóricos y metodológicos para la valoración de los daños causados por la violencia*. Bogotá: CNMH.
- Corte Constitucional. (2002). *Sentencia de tutela 881 del 17 de octubre de 2002*.
- Fundación Social, Consejería de Proyectos, Centro internacional para la Justicia Transicional, ICTJ. (2006). *Percepciones y opiniones de los colombianos sobre justicia, verdad y reparación*.



La Escuela Municipal de Juradó (Chocó) fue destruida junto a numerosas viviendas durante la toma guerrillera de las FARC en diciembre de 1999. En este ataque perdieron la vida veinticuatro infantes de marina, un policía y el carpintero del pueblo. La población contó que un numeroso grupo de guerrilleros murieron en el enfrentamiento. Juradó, a orillas del océano Pacífico, es el primer municipio colombiano en la frontera con Panamá.
Foto: Jesús Abad Colorado

Capítulo 4

Periodismo de exhumación

“El tiempo es igual a la verdad”.

Rober Caro, periodista y escritor norteamericano

Por Ginna Morelo

Introducción

El tiempo no significa olvido

Maceo Iguarán tomó la carpeta con sus notas, se acercó al micrófono y miró hacia la imagen del paramilitar proyectada en una pared blanca.

“Mancuso, usted dijo que mi padre era una amenaza para la institución porque sus ideas eran sindicalistas. ¿Y quién dijo que los sindicatos son sinónimo de maldad?”, irrumpió el joven de 18 años cuando el fiscal preguntó, del otro lado del mapa, si alguien en la sala quería referirse al crimen de Hugo Iguarán Cote, que ocurrió el 10 de septiembre de 2000, días antes de que el profesor asumiera el cargo como vicerrector de la Universidad de Córdoba.

El muchacho respiró profundo. Intentó reivindicar el nombre de su papá, mientras sostenía entre sus manos varios documentos. El fiscal no le permitió leerlos. Maceo bajó los papeles en una actitud de entrega, preguntándose cuál sería entonces el espacio para hacerlo. Su padre no lo tuvo en vida y ahora tampoco muerto.

La historia ocurrió el 20 de noviembre de 2008. Todos llegaron temprano a la sala de audiencias de la Unidad de Justicia y Paz de la Fiscalía en Montería. La fila para ingresar fue interminable.

Se confinaron en un cuarto de paredes blancas, un espacio asfixiado por los sentimientos de dolor de los sindicalistas de la Universidad de Córdoba, por padres y madres de profesores y estudiantes desaparecidos, secuestrados o asesinados. Había miedo y silencio.

Los representantes de los sindicatos enfrentaban en una teleconferencia al victimario de la comunidad universitaria, el jefe paramilitar Salvatore Mancuso, en busca de la confesa verdad. Así lo dispuso la Justicia y así lo aceptaron las víctimas.

El hijo de inmigrantes italianos asomó su rostro en la pantalla. Vestía un uniforme naranja y una edad mentirosa debido a las cirugías plásticas que

se hizo cuando transitó de la clandestinidad a la libertad condicionada, gracias a un salvoconducto. En un penal aséptico de Estados Unidos paga sus delitos por narcotráfico.

“Les pido perdón”, dijo. Los asistentes se irritaron. El incisivo careo que estaba por comenzar apuntaba simplemente a conocer toda la verdad sobre la toma que de la Universidad de Córdoba hicieron las autodefensas. Cada vez que Mancuso respondía una pregunta de las víctimas, repetía: “les pido perdón”.

Ha transcurrido el tiempo y los crímenes contra la izquierda de la Universidad de Córdoba siguen sin esclarecerse. La información que da cuenta de ello está ahí, en los expedientes; en los documentos recolectados por las víctimas, como Maceo; en el Centro de Memoria Histórica que prepara desde hace años un libro sobre ello; en los archivos de los sindicatos de la institución de educación superior; en los cientos de testimonios que merecen sistematizarse y cruzarse. El tiempo pasa, pero no necesariamente significa olvido.

El tiempo, amigo de los buenos investigadores y enemigo de las horas de cierre de los medios de comunicación, es el que se requiere, siempre y en todo momento, cuando se trata de investigaciones históricas que intentan reconstruir la verdad. “El tiempo interesantemente libera conciencias, secretos y archivos” (Consejo de Redacción, 2011, p. 106). La frase es de Cristóbal Peña, director de la Escuela de Periodismo de la Universidad Alberto Hurtado, de Chile, autor de los libros *Los fusileros* y *La secreta vida literaria de Augusto Pinochet*.

Cuando los secretos comienzan a conocerse y el periodista se viste de paciencia para develarlos de la mano de documentos que contienen las claves de la verdad, se reconstruyen historias que parecían enterradas. A ello se refiere Gerardo Reyes, periodista y editor de la Unidad Investigativa de *Univisión*, cuando reflexiona sobre las lecciones de Rober Caro, periodista y escritor estadounidense, que dio en su libro *The Power*: “el tiempo es igual a la verdad” (Morales y Ruiz, 2014, p. 82). Cuanto más tiempo le dedique uno a una historia, más cerca estará de la verdad.

Periodistas de Colombia, México, Chile y una investigadora norteamericana escarban en la memoria de los archivos al compás del tiempo. Ellos

se han sumergido en los archivos para llevar a las audiencias del miedo al asombro, de la luz a la oscuridad, como mencionó sabiamente uno de ellos.

Para los investigadores, identificar el vacío de un hecho los ha conducido a galerías con cientos de documentos, a despachos judiciales donde se apila la historia en expedientes y folios. El temor a perderse ha sido convertido en fortaleza. ¿Cómo lo hacen? ¿Por qué y para qué investigar desde los archivos?

Luego de un diálogo con ellos y de sus reflexiones, consagradas en entrevistas en libros y medios de comunicación, agrupamos en lecciones sus conclusiones y convertimos en rutas sus ideas. Invitan a quienes quieren investigar con archivos, a navegar en aguas mansas en la superficie y revoltosas en el fondo.

Las diez claves de los investigadores

“Los documentos y la información son como un testigo: hablan solo si se les interroga”.

Marc Bloch, historiador francés de la primera mitad del siglo XX

Clave uno

Alberto Donadío, ¿qué es un archivo?

¿Sabe que nunca quise preguntarme eso? No quise porque la respuesta iba a suponerme un reto mayor del que ya imaginaba. Sin embargo, la definición propia era la mejor manera de explicarme hacia dónde iba. Entonces concluí: un archivo es una acumulación de datos y pruebas. Solo que ellas no lo están esperando como respuesta, sino en forma de claves que tendrá que desentrañar. (Donadío, entrevista telefónica, 28 de marzo de 2016)

El periodismo de investigación le supone al reportero el uso de metodologías que debe aplicar con meticulosidad cuando quiere ahondar en un asunto de interés público. Dentro de esas metodologías están la revisión, la investigación y el análisis de archivos. En estos están las pruebas

documentales o claves reveladoras sobre las situaciones que se intentan probar desde la formulación de la hipótesis.

Alberto Donadío, miembro de la primera Unidad de Investigación del diario colombiano *El Tiempo*, explica que lo primero que debe hacer un periodista a la hora de decidir revisar este tipo de fuentes, es conocer qué significan, cómo se clasifican. Ayuda, en primera medida, entender muy bien cómo funcionan el Estado, las instituciones y diversas organizaciones que tienen información pública de interés para el periodista y para las audiencias.

En ese sentido, reflexiona sobre los tipos de archivos que hay, haciendo referencia a cuatro en particular, donde el periodista va a encontrar jugosa información:

- Judiciales
- Documentales
- Testimoniales
- Históricos

Es importante precisar que en ellos se encontrarán documentos:

- En video
- Sonidos
- Texto
- Imagen
- Bases de datos

“Antes de ir a buscarlos, interésese por saber quiénes los manejan, qué tipo de entidades son, cuál es la lógica burócrata y de funcionamiento de cada una, para que sepa a ciencia cierta qué va a encontrar”, dice Donadío. Explica también que una vez el periodista define el tema investigable y los objetivos de su reportaje, que no es otra cosa que planear el proceso, debe estudiar lo que va a buscar y prepararse para entender, antes de hacer la primera pregunta.

Juan Diego Restrepo, periodista y editor del portal colombiano *Verdad Abierta*, especializado en investigación de temas judiciales, se casa con la idea de que “hay que tener la capacidad de entender los sistemas institucionales, su funcionamiento, porque si no se da primero ese paso, el reportero se puede perder entre millones de folios y documentos que no obedecen, desde ningún punto de vista, a la lógica del periodismo”.

Una vez se descubre qué es el archivo, qué contiene, cómo opera y se logra develar cómo sumergirse en él, es como reencontrarse con ese primer amor, con el que se quedaron los más grandes planes siempre pendientes. “Los archivos son esa amante paciente que tiene la certeza de que por más que te vayas, siempre volverás. Te espera y uno busca regresar siempre. No hay manera de dejarnos”, dice el periodista mexicano Jacinto Rodríguez Munguía, autor de *La otra guerra secreta, los archivos prohibidos de la prensa y el poder*.

Clave dos

Nelson Fredy Padilla, ¿por qué vale la pena viajar al pasado?

Cuando pequeño, mi padre llevó a casa un libro sobre navegantes. Ese tema se me convirtió en una obsesión. Siempre estuvo ahí, dormido.

Cuando me hice periodista, esa idea de investigar la historia del galeón San José me empujó a revisar el pasado. Entonces vale la pena porque es la mejor forma de desentrañar verdades.

En Colombia estamos llamados a vivir una nueva etapa, la de la transición, pero todo lo que viene será memorable para el periodismo si el reportero e investigador no solo escucha a las víctimas, también revisa los documentos del pasado para contar lo que las generaciones jamás deben olvidar ni repetir. (Padilla, entrevista presencial, 16 de marzo de 2016, Bogotá)

La posibilidad de contar el pasado ha sido una obsesión para reporteros y escritores. En Colombia son ejemplo de ello los periodistas Alberto Donadío, quien ha investigado en profundidad archivos para sus libros de temas históricos, como *Guerra con el Perú, Colombia Nazi, El jefe supremo*, y Germán Castro Caycedo. Este último ha hurgado sistemáticamente en

archivos judiciales de casos tan complejos como la toma del Palacio de Justicia por la guerrilla del M-19, que le llevó a escribir *El palacio sin máscara*; o analizar en profundidad todo el expediente de Pablo Escobar, que lo condujo al texto *Operación Pablo Escobar*.

Jacinto Rodríguez, nacido en Tlaxcala, México, fue tentado por esa obsesión de investigar en los archivos, al decidir seguirle los pasos a su escritor preferido, Julio Cortázar, cuando fue objeto de seguimiento por el gobierno de su país. Rodríguez investigó cómo la policía secreta de México espía al famoso escritor, revisando toda la información recabada en el Archivo General de la Nación, AGN (Rodríguez, 24 de agosto de 2014). También se sumergió en los archivos cuando develó las corruptas relaciones entre la prensa y el poder político mexicano.

En palabras de Rodríguez, “en estas páginas, a partir de fuentes primarias del Archivo General de la Nación —de los fondos correspondientes a los órganos de inteligencia de la Secretaría de Gobernación: Dirección Federal de Seguridad y Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales—, se revelan los modos y las estrategias del gobierno, así como las posiciones y predilecciones de los comunicadores y dueños. No queda sin tratar ningún asunto, ningún «particular». ¿Qué pasaría si quienes hoy gozan del halo de la pureza hubieran sido corrompidos?” (Rodríguez, s.f.).

Todo lo que investigan los periodistas tiene raíces en el pasado, esas raíces son la explicación de lo que sucede en el presente. Desconocerlas es borrar la historia y conduce a perderse en lo superfluo.

Nelson Fredy Padilla, editor cultural del diario *El Espectador*, propone volver al pasado porque los temas históricos son de trascendencia: “en Colombia, por ejemplo, se puede hablar de la guerra de los Mil Días, el asesinato de Gaitán, la toma del Palacio de Justicia. Este tipo de hechos que marcan la historia de los países y que nunca fueron plenamente investigados, o con el tiempo empiezan a aparecer documentos que son susceptibles de investigación periodística” (Consejo de Redacción, 2011, p. 100).

Pero volver al pasado puede ser un viaje tortuoso si no hay metodología. Ese es el pecado que cometemos los periodistas cuando iniciamos el ejercicio, nos dicen los historiadores. La recomendación de Padilla es:

- Pensar el tema.
- Formularse una pregunta.
- Hacer una lista de fuentes.
- Prepararse para el viaje, que supone estudio, tiempo y tranquilidad.

“En la urgencia periodística, los hechos no están cubiertos de manera acabada”, afirma Cristóbal Peña (Consejo de Redacción, 2011). Y explica que si bien no hay un tiempo estimado para que los hechos maduren y se pueda acceder a mayor documentación y a sus protagonistas, al no tener la competencia de cientos de periodistas, se goza de un nuevo aire que permite otra dinámica de búsqueda de información, y esa es la que hay descubrir, aplicar y pulir.

Mónica González, directora del Centro de Investigación Periodística de Chile, Ciper, dice: “no es un mero viaje al pasado, sino a la raíz de los problemas que hoy nos acechan y que si no entendemos cómo se originaron, no podemos explicar sus efectos en el tiempo y sus consecuencias hoy. De partida, en cada país hay grandes interrogantes históricas que han quedado sin respuesta. Vacíos que son importantes llenar porque expliquen parte de los principales problemas que hoy siguen afectando la vida de los ciudadanos. Un ejemplo: hasta hoy es un misterio quién ordenó asesinar a Jorge Eliécer Gaitán. Su asesinato fue el comienzo de la guerra en Colombia y el inicio de la cruenta Guerra Fría en el continente. Era un líder de nuestros países, un líder no comunista que encarnaba procesos de cambio distintos a los del socialismo real”.

Y agrega González: “pasado puede ser hace 50 años, pero también el pasado cercano, de 10 años, como por ejemplo, revisar las leyes y los decretos que les dieron carta blanca a los laboratorios farmacéuticos en Colombia y descubrir quiénes fueron los parlamentarios y políticos que los protegieron. Esa revisión se puede hacer con las leyes que fijan los niveles máximos de elementos contaminantes que debe tener el agua potable, con las políticas de vivienda, con las concesiones de una determinada municipalidad o con las leyes que regulan la educación privada, entre otros. De allí la importancia de entender que cuando guardo un documento hoy, ese documento me puede servir mañana para poder explicar a cabalidad un proceso determinado”.

Clave tres

Alberto Donadío, ¿qué significa investigar con archivos?

Mi intención no es asustar a quienes se meten en este oficio del periodismo, pero debo decir que investigar con archivos es un aterrizaje forzoso, sin diccionario.

¿Por qué lo planteo así?, porque no hay manuales ni anexos que le expliquen lo que hay en los archivos. Los documentos contienen información, pero ella solo será estructurada en la medida en que usted descubra lo que sus datos revelan. A pesar de lo arduo, alimenta. (Donadío, entrevista telefónica, 28 de marzo de 2016)

Quizá para entender mejor esta respuesta, sirva relatar cómo, desde la forma, lo hace uno de ellos cuando viaja diariamente al Archivo General de la Nación, AGN, en México. Jacinto Rodríguez llevaba meses buscando un dato sobre la normal donde estudiaban los muchachos que desaparecieron en Ayotzinapa. Había hojeado no sabe cuántos folios, pero sabía que la clave estaba en uno que ya había leído, pero no con la suficiente tranquilidad para entenderlo.

Me pidió que lo acompañara. Dijo que el trabajo sería largo. La atmósfera entonces era silenciosa y el personaje huidizo. Detrás del cristal estaban cientos de anaqueles y gavetas que almacenan fichas. Jacinto Rodríguez Munguía atravesó la puerta y pareció mimetizarse entre los archivos. Transcurrieron horas sin que pasara nada. Le llevaron cajas, libros, carpetas con hojas sueltas. Los dedos hacían su trabajo, cruzó las páginas mientras sus ojos leían y leían. Comparó escritos de años con las fichas de su libreta, que había construido desde los trágicos acontecimientos. De repente, levantó su ceja derecha y ¡zas!, descubrió la clave que buscaba: lo relacionado con la Normal Ayotzinapa de Iguala, que en 2014 le puso 43 nuevos desaparecidos a la guerra en México. Anotó cuidadosamente. Escribió y escribió. Se levantó de la silla que se asignó por oficina hace más de 10 años, como si fuese un funcionario público que cumple el horario de ocho a doce y de dos a seis. Se despidió de Joel, el que atiende la Galería 2 del AGN, en México D.F. y salió airoso. La victoria del hallazgo.

Es claro que lo que busca el periodista no está al alcance de la mano. Quien se zambulle a escudriñar no tiene una guía sobre cómo proceder. Sus

descubrimientos son casi como deshojar una cebolla, va removiendo capas y llorando porque aún falta mucho para llegar al fin. Y ante lo difícil, hay que volver a pensar en el método.

Los pasos recomendados:

- Conseguir aliados. Esos son los que lidian con los documentos, con los archivos, los que conocen algunas rutas y atajos, pero ellos no determinan su búsqueda, tan solo la orientan. Joel, el jefe de la Galería 2 del AGN, es el aliado de Jacinto Rodríguez.
- Descubrir ese gusto que está dentro de usted: investigar con archivos no debe ser una tarea tediosa. Hay que tener gusto por la historia y la lectura, para saber enfrentarse a esos documentos que parecen estar muertos, pero muchas veces están más vivos que una entrevista.

Convertir en rutina el deshoje de la cebolla: significa repetir una actividad hasta volverla costumbre. Una buena forma de hacerlo es acceder a información permanente a través de los mecanismos de ley. En Colombia, lo garantiza la Ley de Transparencia y del Derecho de Acceso a la Información Pública (Ley 1712 de 2014).

Conectar los hallazgos históricos con la actualidad: en ese navegar hacia el pasado, hay que conectar el mar con la costa, para que los temas se anclen en el interés público y en la explicación que los vuelva relevantes.

Mónica González explica que investigar con archivos es disciplina. “Los periodistas debemos entender hoy que si hacemos bien nuestro trabajo, con apego a las fuentes, con rigor al mostrar testimonios y documentos, y con ética, somos los verdaderos cronistas de nuestra historia. Cuando mañana la historia quiera recoger lo que ha ocurrido en nuestros países en estos años, se recurrirá a nuestros textos. Diseñamos los mapas de lo que nos ocurre. Y eso es lo que hacemos cuando al investigar un hecho recurrimos a los archivos existentes. Es rigor histórico, contexto, utilizar una base documental que avala lo que estamos relatando. Eso requiere método en primer lugar. Porque no se trata de salir a buscar archivos y documentos, sino de buscar aquellos documentos que realmente son un aporte”.

Clave cuatro

Jacinto Rodríguez, ¿qué cuentan los archivos?

Los archivos cuentan lo que somos en las sombras, nuestras sombras como sociedad y como seres humanos. En los archivos está la memoria de las decisiones del poder, quiénes [las tomaron] y cómo se ejecutaron. Los efectos y los costos humanos. (Rodríguez, entrevista presencial, 21 de octubre de 2014, México D.F.)

La información reportada en los archivos contiene los hechos de otros. Esas vidas cuentan, pero también marcan, dejan huella. Esa huella es la que el periodismo ayuda a que no sea imborrable, a que transmita conocimiento.

Jacinto Rodríguez pone un ejemplo: “los expedientes que describen las torturas, las imágenes de cuerpos en jirones, las narraciones sobre los guerrilleros arrojados al mar de Acapulco, Guerrero —justo el estado donde desaparecieron a los 43 normalistas—. Ver y leer esto cambia todo el sentido que se tiene de la vida”.

Lo que cuentan los archivos mueve algo en la memoria. Para Rodríguez, no solo la de los investigadores, los apasionados, también la de quienes buscan desesperadamente una pista para saber dónde termina todo lo que por años parece no tener fin. Agrega: “recuerdo cuando a este Archivo General llegaban familiares de desaparecidos a buscar información. Escuchaba cómo se iban quebrando, cómo su ser todo se hacía pedazos. Eso no lo olvidas porque hace parte de lo que debes cruzar con los hechos que hay en los folios”.

Las anteriores palabras justamente se cruzan con los archivos que surgen desde la reconstrucción de la memoria, en los cuales lo testimonial adquiere una fuerza imbatible, que le pone de presente al periodista la necesidad de revisar y andar, analizar y preguntar, estudiar y escuchar.

En ese sentido, la reciente movilización por la memoria en Colombia, que se manifiesta en distintos lugares del país donde la guerra sembró muerte y destrucción, es un claro ejemplo de archivos vivos, que relatan, desde los testimonios, una verdad. Es más, explica Gonzalo Sánchez, director del Centro de Memoria Histórica de Colombia: “la construcción de memorias emblemáticas de la violencia y de sus resistencias puede y debe realizarse

tanto desde los centros como desde la periferia del país. Tanto desde los liderazgos nacionales y los liderazgos enraizados en las regiones, como desde los pobladores comunes y corrientes” (GMH, 2013).

Para Cristóbal Peña, los archivos cuentan hechos que perviven, perduran, se transforman y siguen manifestándose en la actualidad. Por esa razón no concibe que el periodismo histórico se suela encasillar en un deseo simple de acudir a la nostalgia que hay por ciertos fenómenos del pasado. “Esa mirada es tremendamente corta, estrecha, porque no comprende que los hechos del pasado dicen y enseñan sobre el presente” (Consejo de Redacción, 2011, p. 104).

Para Mónica González, hay que hacer ciertas diferenciaciones de los sitios que contienen información y entender sus claves. Para explicarlo mejor, expone:

- “Si se trata de archivos del Congreso, allí encontraremos la línea de tiempo de una ley determinada. Eso permite introducirse en la argumentación que cada cual dio para postular una determinada posición. Contrastar esos argumentos con lo que ocurrió en la realidad permite hacer una línea de ganancias y pérdidas y trazar la línea de quién es quién en una política pública determinada.
- “Las actas de concesiones o de aprobación de determinadas obras en municipios también permiten ver quién se benefició y cómo se maquilló una obra que no traía beneficio para la comunidad, sino para una empresa.
- “Los expedientes judiciales entregan testimonios importantes para darles rostro humano a nuestras historias y con relatos que son judiciales, es decir, bajo juramento.
- “Los archivos de la Contraloría pueden aportar todos los elementos que tuvieron en cuenta en su momento para decir y acusar a los laboratorios farmacéuticos de ser carteles. Y también las pistas para poder llegar a develar quiénes los protegían y a quiénes pagaban. Los sumarios de Contraloría son un diamante en bruto. Hay que ir a buscarlos sí o sí porque permiten sacar patrones de conductas delictuales y también patrones de protección.

- “Rehacer las interceptaciones telefónicas que acecharon a periodistas y políticos permite alertar sobre cómo determinados grupos se conjuran para violar la democracia y para qué: qué poder sienten en peligro.
- “Rehacer con base en documentos oficiales el pago de campañas políticas permite alertar a los ciudadanos sobre qué vacíos legales lo permitieron y cuáles siguen sin ser subsanados.”

“Los archivos contienen información valiosa, pero somos nosotros los que debemos hacerlos hablar. Y eso sí es tarea de periodistas con mucho rigor y conocimientos. Porque en un documento podemos encontrar un nombre que si no sabemos cómo ocurrió el proceso, no nos dice nada; y puede ser un protagonista oculto al que hay que ir a buscar para que cuente la parte de la historia que ayer no se atrevió a revelar”, puntualiza González.

Clave cinco

Juan Diego Restrepo, si quiero investigar archivos, ¿por dónde debo comenzar?

Me gusta sentir en mi estómago ese vacío informativo. Saber que hace falta algo que debo completar, que debo descubrir. Ese vacío me debe llevar a entender cómo funcionan el Estado, la Justicia, las instituciones. De esa manera tendré claro qué tipo de archivos conseguiré y de cuáles puedo disponer. Luego, vienen todas las preguntas posibles. No las que inteligentemente nos formulamos, sino todas las que seamos capaces de hacer, para finalmente entender. (Restrepo, entrevista telefónica, 15 de abril de 2016)

Hemos dicho que los periodistas se equivocan cuando piensan en documentarse a partir de archivos, sin conocer siquiera la estructura del Estado. Restrepo, editor del portal *Verdad Abierta*, vuelve al tema para precisar: “es un error salir sin grabadora a una entrevista, pero investigar con archivos es mucho más complejo, porque no se va a encontrar con una fuente que le está esperando para una entrevista, sino con cientos de documentos inertes, amarillentos o con bases de datos inentendibles y demasiado técnicas”.

Alberto Donadío recomienda leer *El poder público en Colombia*, de Libardo Rodríguez y Jorge Enrique Santos, quienes brindan un panorama general de cómo está conformada la estructura burocrática y cómo funcionan las instituciones en el país. “Ese primer acercamiento al monstruo le ayudará a perderle el miedo”, dice.

Las claves de Donadío, para intentar construir la ruta por dónde comenzar, son:

- Tener paciencia para aprender a digerir, procesar y estudiar.
- La información está en alguna parte, pero desorganizada, oculta.
- Hay que listar lo que se busca para tener claro el tema.
- Hay que entender que el primer documento es una pista, no el gran hallazgo.

Y las que aporta Juan Diego Restrepo:

- Primero me pregunto algo.
- Convierto esa pregunta en hipótesis de trabajo.
- Busco la información.
- Los hallazgos los compruebo o desvirtúo apelando a mecanismos de comprobación.

Carlos Basso, periodista y profesor chileno, autor de varios libros basados en investigación de archivos, simplifica el asunto. “Hay que comenzar buscando” (Consejo de Redacción, 2016). Lo dice así, porque de alguna forma los periodistas prefieren preguntar a buscar. Eso significa que el formato antiguo sigue siendo el de la entrevista, como método principal de búsqueda, y resulta que las entrevistas también deben ser a documentos que solicitemos, y que encierran cosas sorprendentes.

Para Basso, los países latinoamericanos que quieran conocer la verdad sobre sus dictaduras y violencias deberían comenzar por Estados Unidos. “Tiene un envidiable sistema de acceso a la información; cualquiera de ustedes puede hacer una petición a los Archivos Nacionales de Estados Unidos, depende de ellos si contestan o no y depende de cuántas marcas tienen los documentos, pero en general contestan” (Consejo de Redacción, 2016).

El periodista debe tener claro que va a meterse a una mina subterránea a la que deberá dedicarle tiempo. “No corra, no se apesure, olvídense del día a día. Usted va a buscar una joya, por tanto, le tomará tiempo”, dice Donadío.

Mónica González precisa que lo primero que debe saber y manejar un periodista es dónde se encuentran depositados los archivos de las distintas instituciones. Generalmente son lugares que pocos visitan. Y recomienda hurgar más allá de nuestras fronteras. Indica que en universidades y bibliotecas de Estados Unidos, por ejemplo, hay abundante información documental y judicial de Colombia.

“Cuando hablamos de archivos están desde los informes realizados por la Iglesia católica para el Vaticano (son increíbles), pasando por los de las embajadas hasta llegar a los decretos de la autoridad política y judicial que están almacenados y que deben ser, desgraciadamente, intensamente revisados hasta encontrar una pieza que nos dé una clave. No olvidar que en algunas áreas importantes ese trabajo ya ha sido realizado en parte por investigadores académicos, lo que significa que lo primero que debemos hacer antes de abordar el trabajo de buscar en archivos es investigar qué trabajos al respecto hay en la academia y en universidades. En minería, por ejemplo, se encuentran verdaderos tesoros sobre cómo evolucionaron las leyes que consagran la propiedad minera”.

Clave seis

Carlos Basso, ¿cómo no enfermarme con la ‘infoxicación’?

Buscando en función de las técnicas que el periodismo nos ha entregado cuando de documentos se trata, que son básicamente dos: una, conocer la autenticidad del origen de los documentos y dos, verificar los contenidos, que es lo que hacemos con las fuentes tradicionalmente. Así vamos descartando e incluso desechando. (Consejo de Redacción, 2016)

Cuando estamos viendo un documento, una cosa básica que todo periodista debe preguntarse es la autenticidad del origen, es decir, que el documento que nos estén entregando no sea falso. Hay mecanismos sencillos que ayudan a identificar su procedencia, sobre todo si la persona que trabaja el tema lleva años lidiando con archivos. Carlos Basso menciona uno:

la morfología del documento y su contenido. La morfología es una rama de la lingüística que estudia la estructura interna de las palabras.

Basso explica la falsificación de documentos de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por su sigla en inglés) en el caso del magnicidio de un expresidente de Chile. “Esos documentos eran falsos desde todo punto de vista, no solo por su morfología, sino también porque tenían el logotipo de la CIA y en casos muy excepcionales la CIA pone su logotipo en los documentos; son agentes de inteligencia, ¡no hacen eso!”

Adicionalmente, hay una forma de escritura que tienen estos documentos, según indica el investigador. Relata que hace un par de años se hizo pública la existencia de una especie de manual de estilo que tiene la CIA. Pues bien, son 180 páginas que explican la manera en la que los oficiales de esta agencia escriben sus documentos y, por supuesto, la documentación no coincidía para nada con ella.

Grandes cantidades de información histórica nos pueden hacer perder la cabeza, pero el periodista no puede ceder la capacidad de análisis y verificación ante tanta información que exige ser depurada. El ejercicio es tan concreto como no olvidar los objetivos trazados ni la lista de preguntas que lo llevaron al archivo.

La clave por encima de todas, para que el periodista no se ahogue en la maraña de información, es el trabajo que pueda hacer directamente.

Los expertos apuntan a agrupar temáticamente los documentos, para que en función de esa organización se vaya buscando información más relevante. Por cada dato descubierto hay que buscar las fuentes que puedan explicar o aclarar dudas relacionadas con la efectividad de los contenidos.

Afinar el ojo es determinante. Basso explica que cuando se trabaja con documentación judicial hay muchas hojas y oficios que no dicen nada. Esto mismo sucede con la documentación desclasificada. Así que cuando encuentre estos documentos ya sabe, más o menos, en dónde puede haber algo importante y en dónde no, aunque siempre existe una posibilidad de pasar por alto documentos importantes.

El archivo va a hablar de muchas cosas, pero el periodista no puede perderse en el bosque de lo asombroso cuando lo que busca es el dato

contundente que le permite comprobar la hipótesis. Ya de por sí el ejercicio es agotador con el método de búsqueda sistemática y aún no ha terminado porque no basta con encontrar, sino con que lo hallado sea veraz.

Para Juan Diego Restrepo, hay que descubrir:

- Contradicciones
- Inconsistencias
- Incoherencias

Clave siete

Kate Doyle, he encontrado los documentos, pero los hallazgos son confusos, ¿cómo hago para entenderlos?

Hay que leer, releer, investigar y analizar. Ningún hallazgo lo está esperando con la definición concreta de lo que busca.

Hay que descifrar claves y hay que identificar los intereses jurídicos, procesales, públicos y periodísticos. Estos últimos determinarán su contenido si, para el caso que aplica, es periodístico, como es el interés de este tema y para este libro. (Doyle, entrevista presencial, 15 de marzo de 2016, Bogotá)

El éxito no está en encontrar la información, sino en entenderla. Lo importante es invertir tiempo suficiente en develar las claves que los documentos guardan.

Kate Doyle, investigadora de la organización no gubernamental *The National Security Archive*, instituto de investigación con sede en la Universidad George Washington, en Washington, Estados Unidos, relata que cuando estudiaron el Diario Militar en Guatemala, ella y su equipo no entendían algunas cosas.

El diario es un documento que ha ayudado al esclarecimiento de crímenes horrendos cometidos por el Ejército en el pasado.

La historia comienza cuando un miembro de la inteligencia militar roba el documento llamado el Diario Militar, que tiene las claves de la

desaparición forzada de 183 personas en Guatemala. Este personaje se lo pasó a alguien, y esta persona pide una reunión con la investigadora Doyle: “me dijeron, ya conocerás el documento, Kate, y sabrás qué hacer. Este material es peligroso y si no lo entregamos se va a destruir. Mientras que con ustedes estará seguro y protegido y se puede analizar y verificar su identidad”.

Doyle pasó tres meses analizando el documento, estudiándolo y autenticándolo. Ella y su pequeño equipo tardaron en entender que cada vez que el Diario contaba sobre la detención de alguien y terminaba la descripción con el número 300, significaba que esa persona había sido asesinada. “Se encuentra con hallazgos inentendibles, a veces inconexos, pero no es cierto, todo está allí, solo que tienes que trabajar duro”, precisa.

“Algunos párrafos del Diario decían: «Él trató de huir y se disparó y 300. Se le llevó al Hospital Militar, ojalá que se recupere, pero no y 300.» Nos dimos cuenta que en la redacción nunca usan verbos activos, siempre pasivos. También entendimos que cuando colocaban una mera fecha y luego una frase, «y se lo llevó Pancho», se referían a que lo mataron. Que DI era Dirección de Inteligencia. Igual, hay cosas que todavía no sabemos, como qué significa U4, un código que aparece después de dos nombres. En fin, no es fácil”.

Clave ocho

Mónica González, ¿si me pierdo en la búsqueda porque resulta más difícil de lo que esperaba?, ¿y si tardo demasiado?

Cuando seguimos una historia está siempre la posibilidad de que nos frustremos, pues no encontramos siempre y rápido la pieza clave que andamos buscando, explica González (entrevista a través de correo electrónico, 8 de mayo de 2016)

Pero cuidado, dice ella, también está la posibilidad de que la frustración se origine en que el periodista se ha mareado con tanto documento y que en el camino olvide que su objetivo era un artículo periodístico y no toda la verdad sobre un

hecho importante. Ese error es bastante común en aquellos periodistas rigurosos y obsesivos que no se conforman con una parte de la historia.

“En mi concepto, ese es un error grave, pues impide hacer el trabajo del periodista y provoca una frustración que atora y agota las fuerzas. Por eso es necesario no perder jamás de vista cuál es el producto que buscamos, que puede reformularse en el camino, pero jamás desdibujarse. No somos los depositarios de la verdad y cuando encontramos solo parte de lo que explica nuestra historia es muy probable que allí haya una historia, quizás no tan potente como lo que queríamos, pero una historia. Y no podemos olvidar que es muy probable que al publicar una parte, los protagonistas o testigos que hasta ayer seguían callando, ahora querrán hablar. Y habrá otros testigos que también lo quieran. Publicar es abrir una vía. Y ese es el objetivo”, dice Mónica González.

Pero si no encontramos lo esencial, si después de una ardua búsqueda sentimos que de verdad lo obtenido no da para una historia, y eso ocurre muchas veces, en esos casos lo más importante por hacer son dos cosas y González las explica así:

- “1. Saber parar a tiempo para no seguir invirtiendo el bien más escaso de un periodista, el tiempo, en un trabajo que seguirá estrellándose contra un muro. Hay que saber cerrar el libro de notas, respirar profundo y pasar a otro tema.

- “2. Antes de pasar a otro tema, imprescindible es dejar todo lo hecho y encontrado, personas con las que hablé, qué me dijeron, documentos que busqué, dónde, etcétera, muy ordenado y bien guardado en la carpeta correspondiente. Porque mi experiencia indica que cuando menos lo piensas o lo esperas te surge un testimonio o alguien te entrega un documento que te abre todas las puertas. Hay que saber esperar. Hay que saber tragar la frustración. Hay que saber tener paciencia. Y puedo decir que de mis carpetas guardadas por no haber encontrado lo que buscaba, han salido grandes reportajes que hemos desarrollado en equipo. Porque lo último que quiero agregar es que los archivos cobran todo su valor y su aporte clave a nuestro trabajo cuando están a disposición de un equipo y son trabajados en equipo. No hay mejor paliativo para la

frustración y mejor multiplicador de interpretaciones y vías para seguir las pistas que nacen de un buen archivo que un equipo de buenos periodistas.”

Sistematizar los documentos es el paso efectivo para evitar perderse, dice Juan Diego Restrepo. Y agrega: “no puedes simplemente sacar datos, tienes que organizarlos tú mismo, dedicarle tiempo a crear una estructura que luego te permita comprenderlos”.

Hay herramientas que a los periodistas les ayudan a organizar su vida, las hojas de cálculo de Excel son justamente las indicadas para hacerlo. La razón es que permiten listar la información encontrada de una manera clara y simple.

Alberto Donadío explica que la mejor forma para evitar perderse es armar equipos y hacer mapas conceptuales. “Este trabajo requiere manos y orden, manos y orden. No somos solos contra el mundo, es un equipo descubriéndolo”, menciona.

Jacinto Rodríguez expresa: “hay que perderle miedo a extraviarse. Creo que nada es difícil si estás dispuesto a dedicarle tiempo y paciencia. Esas son, en todo caso, las condiciones que te pone la historia. Tiempo y paciencia”.

Explica esto con sus propios ejemplos. “Mi primer ejercicio fue escribir *Las nóminas secretas*. Un experimento en todos los sentidos. Una apuesta a darle salida a una cantidad de documentos que en ese momento se iban hilando. Con ese fuimos aprendiendo a construir una idea de metodología periodística para investigar en los archivos. Nada está escrito, está definido. No existe algo parecido en los anales del periodismo mexicano. A ese primero quizá le dedicamos unos dos años. Investigar y escribir *La otra guerra secreta* me tomó unos cinco años. Y en 1968, *Todos los culpables*, un par de años. En este último caso, se tuvo la ventaja de ser un tema que me ha interesado desde hace mucho tiempo. Lo que hice fue recontar ese momento de la historia a partir de los nuevos hallazgos en el Archivo General de la Nación. En el actual llevo ya unos diez años. Siempre digo que este año lo termino. Pero nada. No sé cuándo. No hay prisa. El pasado ya no tiene prisa. Y yo tampoco”.

Clave nueve

Alberto Donadío, di en el clavo, tengo mucha información, ¿qué hago con toda ella?, ¿cómo estoy seguro de que toda es necesaria?

Una vez descubre la veta, hay que establecer la jerarquía de la información. Ella le indicará el mejor camino para definir lo importante, lo que está enmarcado en la hipótesis y en los intereses periodísticos.

No pierda de vista que una buena jerarquía de la información determina la comprensión del aporte de los archivos. (Donadío, entrevista telefónica, 28 de marzo de 2016)

Podría concluirse que hay varias versiones sobre una misma historia:

- La oficial
- La jurídica
- La testimonial
- La privada

La forma como se conjuguen todas estas versiones demuestra cuán seguro está de lo que tiene en realidad. Y todas hay que valorarlas para definir cuáles son necesarias. Allí es donde entra la jerarquización de la que habla Donadío. “Hay que entender que la versión oficial muchas veces no casa con los archivos. Para lograrlo hay que hallar los documentos, analizarlos, estudiarlos sin limitar la capacidad de asombro”, menciona.

Lo explica con un ejemplo, su libro *El asesinato de Rodrigo Lara Bonilla, la verdad que no se conocía*. Cuenta que la versión oficial sobre el crimen no era la que el país conocía. En su momento nadie dudó de la versión de los escoltas. Solo un médico en el año 1995 le contó a él que tenía dudas sobre esa versión, pero que él por ser funcionario público no podía solicitar el expediente. Comenzó el proceso de indagación y comprobación y llegó a datos contundentes.

Relata Maryluz Vallejo, profesora y directora de la revista *Directo Bogotá*, en una columna: “Como al médico y algunos de los expertos del Instituto

de Medicina Legal que participaron en la necropsia, les quedaron dudas del reporte que dieron las autoridades, replicado por los medios de comunicación, once años después del magnicidio llamaron a [Germán] Castro Caycedo para que les ayudara a conseguir el expediente judicial. Dado que el periodista estaba inmerso en uno de sus proyectos editoriales, le pidió a Donadío que les echara una mano, y cuando este les consiguió el documento pudieron confirmar que sus dudas sobre el caso eran fundadas. Al cabo de los años (porque los tiempos de la investigación son largos) apareció otro periodista sabueso en escena, Gonzalo Guillén, quien supo que Rodrigo Lara Restrepo buscaba el expediente de la muerte de su padre, en poder de Donadío. Al enterarse de la nueva versión de los hechos, el hijo pidió un dictamen al doctor Máximo Alberto Duque, exdirector de Medicina Legal, quien lo entregó en 2014.

“Con esta prueba reina que blindaba la denuncia, Donadío publicó su libro de poco más de 200 páginas, fotografías, caricaturas de Osuna (el otro maestro que acompañó con su pluma lacerante la lucha solitaria del ministro contra las mafias), croquis, gráficas y hasta dibujitos para que no le queden dudas al lector de que al ministro de Justicia lo mataron en circunstancias muy distintas a las establecidas por la justicia penal y con la complicidad del personal de «seguridad» del oscuro DAS” (Vallejo, 29 de febrero de 2016)

“Con base en todo ello y mucho más, se reabre el caso y yo puedo investigar y contar la historia. La misión era estudiar el expediente sobre el crimen del exministro, que tiene por lo menos 10 mil folios”, puntualiza Donadío.

Las claves, entonces, son:

- No dar por terminado el proceso hasta cuando se jerarquizan los datos.
- Una buena forma de jerarquizarlos es entender que en el caso se cruzan varios intereses: jurídicos, procesales, públicos y periodísticos. No debemos abandonar el último, para el caso nuestro.
- Cruzar todas las versiones.
- Revisar el resultado del cruce. Solo en ese momento sabremos, como periodistas, si hace falta algo.

Clave diez

María Teresa Ronderos, ¿cómo sé que ya terminé la indagación y estoy listo para armar la historia?

Usted, por lo pronto, está listo para filtrar y cruzar los datos hallados. Ningún archivo por sí solo es la historia. No lo olvide, es solo una parte de la información; por tanto, una parte de la verdad. Ahora viene la contrastación. (Ponencia en el IX Encuentro de Periodismo de Investigación de CdR, 11 de marzo de 2016, Bogotá)

Dice María Teresa Ronderos, periodista colombiana, directora del programa de Periodismo de *Open Society Foundations* (OSF), que el periodismo de investigación tiene su parte difícil y dura. Horas y horas de meterse justamente en los archivos judiciales es la parte dura.

El mejor ejemplo para explicarlo es la investigación y escritura de su libro *Guerras recicladas*: “Después de un largo tiempo y de vernos casi inmersos en una cacería de brujas, encontramos dónde estaba el archivo del Bloque de Búsqueda de Colombia, que el Gobierno creó para perseguir a Pablo Escobar. Eso fue llamado el Expediente del Bloque de Búsqueda. A partir de él la Fiscalía comenzó a investigar todo lo que sucedía.

“Después de una gran pesquisa encontramos el expediente en un archivo muerto en Medellín. Eran como 300 cajas llenas de documentos. Sacamos fotografías con el celular, quién se podía poner a tomar apuntes. Era imposible. Tres periodistas de *Verdad Abierta* hicimos el trabajo sin saber mucho lo que estábamos encontrando y mirando.

“Allí estaba el expediente de la bomba del avión de Avianca, el expediente de la bomba del DAS, parte del expediente del asesinato de Luis Carlos Galán. Y después, cuando teníamos todos esos documentos, hicimos un trabajo de selección, organización y verificación de información.

“Eso nos tomó mucho tiempo, aunque pudo haber sido más, si no es por los programas y *software* para organizar documentos y clasificar archivos. Pero a partir de eso comenzó el trabajo duro. No era solo lo que decían los documentos. Hay mucho trabajo de reportería en región y para eso me sirvió construir relaciones en los lugares de Colombia durante tantos

años. Con los periodistas de las regiones aprendí cómo llegar a esos sitios de los que me hablaban los archivos, cómo tener una enorme paciencia y tranquilidad para no afanarme ni dejarme llevar por la fuerza del hallazgo consagrada en el documento. Ahora requería cabeza fría para entrevistar, para contrastar. Este tipo de trabajo de investigación de archivos fue lo que me llevó a escribir *Guerras recicladas*, un libro que me permitió reconstruir historia”.

Otro ejercicio interesante para entender cuándo se está listo, es el resultado del libro *Las vueltas de la oficina de Envigado*, de Juan Diego Restrepo (2015). La investigación duró tres años, describe la historia de esta empresa criminal desde sus orígenes, en la época del Cartel de Medellín, hasta lo que representa hoy, sustentada en cientos de archivos y numerosos testimonios, que fueron consultados por el autor durante el proceso de documentación.

Escribe Ronderos en el prólogo: “este libro revela una historia poco conocida del origen del narcotráfico. Rescatando expedientes empolvados en los despachos judiciales, reconstruyendo testimonios a partir de distintos casos, cruzando fuentes”. Agrega: “esta historia no sólo les pone contexto a los hechos, rescata testigos olvidados y consigue nuevos, sino que además apela a estudiosos como Gambetta y sus observaciones de la mafia siciliana y Gayraud que compara diversas estructuras mafiosas en el mundo, para poder entender mejor el carácter de la Oficina de Envigado, cómo encaja con el narcotráfico, cómo coopta y vive en los alrededores de la legalidad, pero también cómo ha conseguido, por períodos, colarse al centro del escenario político”.

Ronderos habla de contrastación y en gran medida ella implica muchas más entrevistas y revisión de otro tipo de archivos testimoniales. Para el caso colombiano, que tendrá comisión de la verdad una vez se firme la paz con las FARC, el gran reto es reconstruir la historia de la violencia desde los archivos.

De allí la importancia del gran aporte que hace el Centro de Memoria Histórica de Colombia al desarrollar toda una metodología denominada *Caja de herramientas para gestores de archivos de DD.HH.*

“La información, documentos y archivos de las organizaciones sociales y de víctimas adquieren un lugar medular en la búsqueda de la verdad,

como condición para la construcción de una sociedad en paz. Si estos registros desaparecen, si no son protegidos y usados de manera adecuada, la sociedad colombiana corre el riesgo de perder las huellas de su historia, de que la verdad siga siendo esquiva y se sigan reproduciendo problemáticas como la impunidad y la denegación de justicia”, dice el Centro de Memoria (10 de junio de 2015).



Un primer paso: iperiodistas, a organizar sus archivos!

“Todo periodista es un historiador”.
Ryszard Kapuscinski, periodista polaco

La maestra Mónica González explica que el archivo de un periodista es totalmente diferente al que organiza un bibliotecario. De allí la importancia de que cada periodista que desea desarrollar su trabajo acumulando fuentes y hechos lo inicie tempranamente acotado a los temas que le despiertan mayor interés o aquellos en los que desea especializarse.

“Eso significa que lo primero que debo hacer es darme un orden de carpetas y las subcarpetas que ellas contendrán con los temas que seleccionaré. Debo pensar que es un archivo que debo usar y para eso es vital mantener un orden, el que el periodista le ha conferido a sus carpetas”, dice González.

Por ejemplo, si es conflicto armado en Colombia, indica González que ha de mantener un archivo (subcarpeta) de paramilitares con todos los datos que permitan contextualizar en cualquier momento el fenómeno con sus protagonistas (perfiles) y los hechos en que inciden. Si hay un archivo con los hombres que han participado en fuerzas paramilitares y el periodista lo nutre con los testimonios que van surgiendo y que los nombran, las propiedades que tienen, las citas que han hecho de ellos en otros juicios y sus nexos familiares y políticos, puede tener en el momento que se requiera y con solo una revisión una cantidad de datos que permitan entender un problema en su contexto. Así, debe tener también una subcarpeta que dé cuenta de las tierras de las que se han apropiado, los jueces que pueden haber intervenido en adjudicar tierras de manera espuria, los despojados y sus historias y también las empresas que han ido copando esas tierras. Al

mismo tiempo, la información de qué ha ocurrido desde que el gobierno de Juan Manuel Santos dictó la ley de restitución de tierras. La clave es la selección de la información. Lo ideal es mezclar el buen artículo que entrega muchos datos (que deberán igual ser chequeados) con documentos oficiales, decretos y testimonios.

“Y si hablamos de conflicto armado en Colombia, una carpeta indispensable es sobre los pagos que obtienen los miembros de las Fuerzas Armadas por actuar en zona de conflicto armado, los que se verán reducidos apenas termine el conflicto, un factor importante en la guerra, así como las compras de armamento, sus comisionistas (todo eso se puede obtener hoy en la prensa internacional). Es decir, mi carpeta debe contener toda esa información suelta que sale a diario y que ilumina el costo de la guerra que algunos no quieren perder. Sin ese archivo, el periodista está a merced de los que manejan esa información y la utilizan para sus propios fines.

“Y la subcarpeta de las FARC, por ejemplo, debería ayudarme a entender a partir de sus principales jefes y protagonistas, la evolución política que han tenido y el porqué se han mantenido y hoy deciden negociar. Y, por supuesto, todo lo que pueda recopilar de sus sustentos económicos”, explica González.

Como regla general, González aconseja iniciar un archivo de temas económicos, ya que allí están las respuestas y el contexto para muchos problemas de la agenda cotidiana de distinta índole. Recomienda que allí los periodistas guarden los textos que mejor explican:

- “1. Reformas económicas importantes.
- “2. Las polémicas sobre temas tributarios.
- “3. Las opiniones que trascienden de los gremios empresariales sobre asuntos de coyuntura.
- “4. Los juicios o demandas a grupos empresariales, los cuestionamientos (o violaciones, como colusión, uso de información privilegiada, fraude tributario, nexos con carteles, etcétera) a las políticas de libre mercado y su regulación.
- “5. Los nombramientos.

“6. Los perfiles de los protagonistas. Lo ideal es tener para uso, cuando se requieran, los perfiles de los principales grupos, cómo se originaron su riqueza e inversiones, actualizados, y sus nexos con otros grupos (por familia o de inversiones), con el poder Ejecutivo y el Legislativo.

“7. También es importante tener un archivo con lo esencial de economía internacional. Por ejemplo, las inversiones chinas en América Latina, los juicios por manipulación de tasas de cambio mundial, por burbuja inmobiliaria y ahora las repercusiones que han tenido en las políticas fiscales los archivos revelados de los Papeles de Panamá.”

Los archivos desclasificados, una mina de información

“La información desclasificada es un caudal de información gigantesco. ¡Aprópiense de eso!, periodistas”.

Carlos Basso, investigador y periodista chileno

Es bueno comenzar por definir que existe un tipo de información clasificada, regulada por las leyes de cada gobierno, casi siempre argumentándose seguridad nacional y que, por tanto, está restringida al acceso público.

Kate Doyle, de la organización no gubernamental *The National Security Archive*, aclara que el archivo clasificado realmente son los documentos originales. Se convierte en desclasificado cuando, mediante mecanismos de ley, se abre. Tal es el caso de cientos de documentos sobre las operaciones de los ejércitos guatemalteco y peruano, que debieron ser expuestos a la comunidad una vez entró con rigor la actuación de la comisión de la verdad para esclarecer los crímenes cometidos en ambos países, tras la firma de los acuerdos de paz.

Un ejemplo de archivo desclasificado es *La operación Sofía*, analizado y estudiado por Doyle, una colección de documentos militares sobre una operación contrainsurgente en el área Ixchil (Guatemala) en 1982. El documento permite entender cómo funcionaba la estrategia de contrainsurgencia del Ejército, dirigida por el militar Efraín Ríos Montt, encaminada a masacrar

a miles de campesinos indígenas. En los archivos se “detallan las responsabilidades oficiales de lo que en 1999 la Comisión de Esclarecimiento Histórico (apoyada por la Organización de Naciones Unidas) denominó «actos de genocidio en contra de grupos del pueblo maya»” (*The National Security Archive*, 2 de diciembre de 2009).

No se puede desconocer la práctica que ha venido imperando en el mundo, cuando algunos documentos pierden el carácter de clasificado porque fueron filtrados a los medios o a la ciudadanía por espías o personas interesadas en destapar la verdad. Ejemplo de ello son *Wikileaks* o los *Panama Papers*.

Carlos Basso, investigador chileno, asegura que trabajar con archivos desclasificados es como entrar a una mina de oro. “Hace 15 años trabajo con documentos y estos son pedazos históricos extremadamente importantes. Sobre todo para mí, que vengo de un país que lleva 25 años de posconflicto y, aunque lo que vivimos en Chile bajo Augusto Pinochet es muy distinto de lo que se está viviendo en Colombia, o de lo que se vivió en Guatemala, tenemos bastante experiencia en cómo funciona una sociedad después de haber vivido en una situación extrema como la que padecemos durante 17 años y cuyos vacíos aún no terminan de sanar” (Consejo de Redacción, 2016).

Los archivos desclasificados, dice Basso, “son cantidades de documentos inmanejables desde cualquier punto de vista, porque no son datos matemáticos, no tienen una metadata precisa, como sí sucede con una tabla de Excel. Estos son documentos escaneados, habitualmente, con un sistema bastante imperfecto”.

El estudio de un solo documento requiere de una buena inversión de tiempo y también de conocer el lenguaje de la agencia o entidad que produjo el archivo. Los investigadores Doyle y Basso coinciden en que se requiere tranquilidad y experiencia, porque muchos documentos vienen tachados.

El repositorio de archivos desclasificados que contiene *The National Security Archive* es enorme, ha coadyuvado al esclarecimiento de la historia violenta de Latinoamérica y, para el caso colombiano, podría aportar más en la medida en que la comisión de la verdad que contempla los acuerdos de La Habana, pactados entre la Comisión Negociadora del Gobierno

colombiano y los delegados de la guerrilla de las FARC, está por comenzar su trabajo.

A propósito de esclarecer la verdad a partir de la desclasificación de archivos, el columnista Daniel García-Peña (4 de abril de 2016) dice: “para superar el conflicto y avanzar verdaderamente hacia la reconciliación es fundamental esclarecer la historia. Por tanto... debemos pedirle al gobierno de Obama: ¡desclasifique!”.

¿Es posible acceder a información clasificada o reservada?

Emmanuel Vargas, abogado de la Fundación para la Libertad de Prensa, Flip, ayuda a entender mejor cómo funcionan los asuntos de la información clasificada y/o reservada en Colombia. Cuando alguna documentación tiene esas características no puede ser conocida por el público, debido a que no se puede tener acceso a ella. No obstante, hay unos puntos que pueden ser claves para tener en cuenta a la hora de abordar las investigaciones periodísticas:

1. En nuestro país, el tiempo máximo de las reservas es de 15 años desde que el documento fue creado. Si este tiempo ya transcurrió, la información es pública.
2. Existen muchos casos en los que el riesgo que se busca evitar deja de existir antes de que pasen los 15 años. Por ejemplo, un manual de operaciones de una agencia de inteligencia. Si se conoce que este documento ya no tiene vigencia, se entendería que los métodos que ahí aparecen son de otro momento en el tiempo, por lo que no se pondrían en riesgo operaciones actuales.
3. La clasificación de la información tiene una duración ilimitada. No obstante, esta puede ser entregada a terceros en el caso de que la persona de la que trata la información esté de acuerdo con que esta sea pública.
4. Si un documento tiene información reservada o clasificada, eso no significa que todo su contenido también tenga esas características.

Por ejemplo, un informe de inteligencia en el que aparecen nombres de agentes o testigos puede causar un riesgo si el público conoce quiénes son esas personas. Sin embargo, esas partes pueden ser tachadas. En este caso, es clave que se le diga al sujeto obligado que, según el artículo 21 de la Ley 1712 de 2014: “En aquellas circunstancias en que la totalidad de la información contenida en un documento no esté protegida por una excepción contenida en la presente ley, debe hacerse una versión pública que mantenga la reserva únicamente de la parte indispensable. La información pública que no cae en ningún supuesto de excepción deberá ser entregada a la parte solicitante, así como ser de conocimiento público”.

5. Según ese mismo artículo 21, los sujetos obligados no pueden negar que un documento existe o que está en su poder.

Metodología y sistematización para no naufragar

“Los archivos no relumbran, pero son minas de oro”.

Ángeles Magdaleno, investigadora e historiadora mexicana.

Dijo Ryszard Kapuscinski en uno de sus talleres de la Fundación Gabriel García Márquez de Nuevo Periodismo, FNPI, que cuando ve a un periodista dispuesto a dedicar el tiempo a leer, entender los archivos, no para utilizar el documento como prueba sino para investigar lo ocurrido, este siempre tendrá un interés legítimo por reconstruir la historia que merece ser contada. Y ese interés legítimo requiere, indefectiblemente, trazar una metodología.

Los pasos que se pueden seguir son:

- Plantear el problema de investigación.
- Conocer el contexto y origen de toda la investigación.
- Hacer minería de archivos.
- Autenticar el documento. Si usted no puede verificar la credibilidad del documento, está perdido.
- Saber entrevistar los documentos para llegar a los hallazgos.

- Clasificar los hallazgos en fichas, porque lo que no se sistematiza, se pierde.
- Conectar documentos con otros. Nunca se trata de un solo documento o de un solo archivo. Esto puede hacerse a partir de mapas conceptuales o agregando una nueva columna a la ficha anterior.
- Recolectar testimonios de todos los lados para cruzarlos con los hallazgos de los archivos. Esto puede hacerse a partir de mapas conceptuales o agregando una nueva columna a la ficha anterior.

Analicemos la investigación *La ruta del despojo*, publicada originalmente en *El Meridiano* de Córdoba, en el año 2012.

Plantear el problema de investigación:

Identificar la ruta del despojo que trazaron los paramilitares desde el Urabá antioqueño y el departamento de Córdoba, zona norte de Colombia, para definir cuál fue la tipología del despojo y cuáles los casos emblemáticos a partir de la investigación de archivos.

Contexto de la investigación:

En 2011 el presidente Juan Manuel Santos propuso un proyecto de ley al Congreso de la República para restituir las tierras a las víctimas y en una primera presentación del tema en Córdoba, el Ministerio de Agricultura le entregó las escrituras de dos parcelas a una familia cordobesa, los Salabarría, quienes llevan 20 años desplazados.

Surge una primera duda: ¿por qué la tierra se entregó en el comando de la Policía de Córdoba? Los funcionarios del Gobierno no fueron a la zona rural de Córdoba, Planeta Rica, a hacer efectiva y pública la entrega. Después del acto ante los medios, la familia desapareció.

Los encontré en otro departamento, el Magdalena, a 600 kilómetros de mi región. Los Salabarría permanecían exiliados en un pueblo llamado Fundación, con los papeles de posesión de la tierra de Planeta Rica y sin la posibilidad de irse a vivir a las parcelas, porque los paramilitares les hicieron llegar un mensaje: “si vienen, los matamos”.

La situación de los Salabarría se estaba repitiendo en varios lugares. Los cordobeses, en 2011, aún no se atrevían a denunciar estos hechos.

La investigación sobre la violencia en Córdoba, desde las víctimas y victimarios, ha sido abordada sistemáticamente desde 2004, cuando se realizó el proceso de paz Gobierno-Autodefensas. El tema sobre el despojo de tierras es la continuación de esa mirada regional —cercana y acuciosa— a la evolución de la dinámica del conflicto. Primero fueron las crónicas de la guerra, luego los pueblos desplazados, las víctimas y sus voces y ahora ellas como reclamantes, a la luz de las nuevas leyes que rigen en Colombia, que muestran evidentes disfuncionalidades. Esos vacíos representan riesgos enormes para víctimas y sociedad en general. Y esos vacíos requerían se reporteados desde los archivos.

Hacer minería de archivos:

Para el trabajo de investigación recorrí 1.770 kilómetros, 5 departamentos, 10 municipios, revisé cientos de archivos judiciales, presenté varios derechos de petición, hice 27 entrevistas durante tres meses, inicialmente, y les seguí la pista a los hechos durante un año.

Eran varios retos, el más importante y de nuevos aprendizajes: búsqueda en los archivos históricos y judiciales, que me revelaron las pistas de los casos emblemáticos para construir la ruta del despojo.

Integraban los archivos:

1. Procesos judiciales por crímenes, cuyo argumento era la disputa por la tierra.
2. Investigaciones académicas que exploraban el origen del conflicto en Córdoba.
3. Escrituras de propiedad y certificados de registro de instrumentos públicos.
4. Archivos testimoniales —audio— de las víctimas del despojo de tierras.

Autenticar los documentos:

Significaba verificar su origen y comprobar su autenticidad. Sobre todo las promesas de compraventa de las tierras en disputa, así como las escrituras y los registros de instrumentos públicos que en algunos casos resultaban ilegibles.

Entrevistar los documentos:

Invertir el tiempo suficiente en la revisión y el estudio de la documentación, para hallar cabos sueltos que requerían cruzarse con otros. Por ejemplo, los hallazgos en las escrituras de los habitantes de toda una zona en Montería, capital de Córdoba, quienes recibieron las tierras en calidad de regalo de una fundación fachada de los paramilitares, Fundación para la Paz de Córdoba. Los documentos tenían cláusulas que impedían la enajenación o venta de la propiedad.

Clasificar los hallazgos en fichas:

Las fichas empleadas tenían tres columnas, así:

Nombre del documento	Tipo de documento	Resumen del hallazgo
Proceso judicial por las denuncias de Yolanda Izquierdo con relación al despojo de tierras a ella y a los habitantes de las parcelas Santa Paula, en Montería.	Archivo judicial	Los documentos relacionaban cómo en varias notarías se hicieron operaciones de una supuesta venta de tierras, que permitía 'legalizar' lo que los campesinos hicieron bajo amenaza.

Conectar documentos con otros:

Cada documento o archivo matriz, a medida que avanzaba el proceso, permitía conectarlo con otros que contemplaban nuevos hallazgos. Entonces el paso fue agregar una nueva columna de complementación o conexión.

Nombre del documento	Tipo de documento	Resumen del hallazgo	Documentos para complementar
Proceso judicial por las denuncias de Yolanda Izquierdo con relación al despojo de tierras a ella y a los habitantes de las parcelas Santa Paula, en Montería.	Archivo judicial	Los documentos relataban cómo en varias notarías se hicieron operaciones de una supuesta venta de tierras, que permitía 'legalizar' lo que los campesinos hicieron bajo amenaza.	Las escrituras y los registros de instrumentos públicos de los predios de los habitantes que denunciaban la venta bajo amenaza; por tanto, el despojo de tierras.

Recolectar testimonios de todos los lados para cruzarlos con los hallazgos de los archivos:

Aquí entran a figurar, en las fichas, las entrevistas a fuentes que se complementaban a los archivos.

Nombre del documento	Tipo de documento	Resumen del hallazgo	Documentos para complementar	Entrevista a fuente que se refiere o está relacionada al hallazgo
Proceso judicial por las denuncias de Yolanda Izquierdo con relación al despojo de tierras a ella y a los habitantes de las parcelas Santa Paula, en Montería	Archivo judicial	Los documentos relataban cómo en varias notarías se hicieron operaciones de una supuesta venta de tierras, que permitía 'legalizar' lo que los campesinos hicieron bajo amenaza.	Las escrituras y los registros de instrumentos públicos de los predios de los habitantes que denunciaban la venta bajo amenaza; por tanto, el despojo de tierras.	Entrevista a Mario Cuitiva, víctima, quien siguió la lucha de Yolanda Izquierdo (asesinada) por denunciar el despojo de tierras.

Ficha de clasificación básica de expedientes judiciales¹

El Arete	Fecha	Objeto	Tema general	Subtemas	Nombres citados	Rutas	Áreas descritas	Fotos
Declaración 1	14/08/1997	Ampliación de indagatoria	Reconocimiento de personas	1) Descripción de piloto 2) Descripción de propiedades 3) Descripción de pugnas entre CM	1) Rodrigo Mejía 2) Pablo Escobar 3) Fernando Galeano 4) Eugenio León García	1) La Fanny	1) Caucasia 2) Istmina 3) Bahía Cupica	P2200087 a P2200093
Declaración 2	31/08/1998	Ampliación de indagatoria	Descripción de ruta La Fanny	1) Transporte de cocaína 2) Guerra contra el Estado 3) La oficina 4) Ataque de Pablo Escobar a los Galeano y Moncada 5) Ubicación de laboratorios	1) Kiko Moncada 2) Fernando Galeano 3) Albeiro Ariza 4) Gustavo Tapias 5) Pablo Escobar	1) La Fanny	1) Caucasia 2) Istmina 3) Bahía Cupica 4) Llanos Orientales	P2200235 a P2200240

¹ Elaborada por Juan Diego Restrepo. Corresponde a las declaraciones dadas por alias El Arete a las autoridades judiciales.

A manera de conclusión



*“Lo que ocurre en el pasado
vuelve a ser vivido en la memoria”.*
John Dewey, filósofo estadounidense

La falta de memoria no solo convierte en anodinas las historias periodísticas, sino que condena a sus protagonistas a ser las víctimas del olvido, algo a lo que no puede jugarle la prensa y mucho menos en esta época de transición hacia el posconflicto.

La antropóloga forense colombiana Helka Quevedo Hidalgo, investigadora que descubrió 36 cuerpos desmembrados por paramilitares y enterrados en fosas comunes en Puerto Torres, Belén de los Andaquíes, Caquetá, dice que las personas desaparecidas en Colombia son sometidas tres veces a este fenómeno: la primera, al ser sacadas de su núcleo familiar y social por un actor del conflicto armado, sea paramilitar, guerrillero o el Estado; la segunda, cuando a esta persona le quitan la vida y su destino es una fosa clandestina o desaparece en un cementerio, al no ser identificados sus restos; la tercera, cuando la Justicia y el Estado no actúan para esclarecer los hechos y envían las investigaciones a un cuarto húmedo y viejo donde se apilan los archivos del horror.

Podría haber una cuarta forma si el periodismo no hace su papel y es cuando el reportero no realiza su trabajo a partir de la revisión e investigación de archivos. Al no hacerlo, estaría sumando a que esos seres e historias desaparezcan de la memoria de los ciudadanos. Como dice el maestro Jorge Cardona, coautor de esta guía: “la gran debilidad de periodismo es la memoria” (Morales, L. y Ruiz, M., 2014, p. 290). Pero no hay que permitir que ello haga carrera.

Entonces, el reto principal de los reporteros en este momento crucial es investigar el contexto en profundidad, indagar lo suficiente para navegar lo que creemos insondable y descubrir en los archivos las claves para armar el rompecabezas que merece ser explicado y compartido, siempre.

Necesaria es pues la investigación de archivos para aclararnos el conflicto y la guerra, con el objetivo de que nunca más se repita. El Centro de Memoria Histórica en Colombia nos muestra un camino, así como lo han hecho por años los historiadores y como recientemente lo hizo la Comisión Histórica del Conflicto de nuestro país, de cara a las negociaciones entre el Gobierno y las FARC. Sin embargo, el papel del periodismo va mucho más allá porque coteja todos esos hallazgos y, lo más

importante, se los traduce al ciudadano de a pie, que siempre necesitará enterarse y, mejor, entender. El periodista es un traductor de realidades. E inmersos en ellas, están los archivos.

Los expertos recomiendan una ruta que contempla:

- Estudiar el contexto. Leer, leer, leer.
- Formularse preguntas y hacer conexiones entre ellas.
- Reunirse con expertos.
- Diseñar una metodología para revisar archivos.
- Preparar las fichas a partir de los hallazgos.
- Analizar los hallazgos y entender las claves.
- Buscar los testimonios y pedazos que faltan para completar las historias.
- Contar, contar, contar.

Para investigar con archivos, lógicamente, se requiere tiempo, y mucho. “La falta de tiempo es la desgracia del periodismo” (Morales, L. y Ruiz, M., 2014, p. 23), según dice el periodista y escritor Germán Castro Caycedo. Hay concesiones cuando los temas que abordaremos para explicar la historia del conflicto y sus finos hilos, escapan al día a día y buscan mostrarse en otras plataformas más completas: los libros, como los de Castro. Irse a ellos, más que una escapatoria, es un compromiso con todos esos hallazgos que no caben en las páginas de los diarios o en los limitados espacios de la radio y la televisión. Otros investigadores aprovechan los nuevos escenarios que permite la tecnología, para contar, contar, contar, como lo hace Jacinto Rodríguez Munguía en su blog *La tiranía invisible*.

Llegar a lo anterior exige gran esfuerzo:

- El típico comportamiento de ratón de biblioteca, del que tanto habla el periodista Daniel Coronell, cuando le preguntan cómo lo hace o por dónde comienza.
- Poseer una libreta profusa de fuentes sabias y expertas que explican lo que no tenemos la obligación de saber, como lo defiende Germán Castro.
- Requiere el compromiso de ver más allá de lo evidente, como siempre lo ha puesto en práctica la investigadora María Teresa Ronderos.

- Tener una disciplina férrea para revisar la historia, para volver al pasado todas las veces que sea necesario, según la lección del editor Jorge Cardona.
- Ser sistemático en la metodología para organizar los hallazgos, como lo hace Juan Diego Restrepo.
- Identificar las claves y saberlas leer para entender lo cifrado, que es dogma para Kate Doyle.
- No perder jamás la capacidad de asombro para no dejar de buscar la verdad, como dice Jacinto Rodríguez.

No se puede perder de vista que cuando todo arde, queda la memoria. La que no se borra. La que siempre estará viva. Eso ha sucedido en muchos lugares del mundo que han vivido guerras y conflictos hondos, de miles de muertos y de destrucción infinita. Pasa en Berlín, luego del nazismo. Así lo confirman los variados monumentos que hay en esta ciudad y así lo ha escrito en un sinnúmero de reportajes Michael Sonthheimer, de *Der Spiegel*, un historiador que se hizo periodista para contar, investigar y revisar archivos sobre todo lo ocurrido en el Holocausto.

Porque cuando creemos que lo pasado es pasado, se aparecen personajes como Maceo Iguarán, el hijo del vicerrector asesinado en Córdoba. El muchacho, con sus datos invisibles escritos en páginas amarillas que no tuvo la oportunidad de enumerarle al fiscal del caso, da cuenta de una verdad que debe investigarse, que no merece más olvido.



- Centro de Memoria Histórica. (10 de junio de 2015). Caja de herramientas para gestores de archivos de DDHH. Recuperado desde: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/informes/informes-2015-1/caja-de-herramientas-para-gestores-de-archivos-de-los-ddhh>.
- Consejo de Redacción. (2011). *Memorias IV Encuentro de Periodismo de Investigación*. Bogotá: CdR.
- Consejo de Redacción. (2016). *Memorias VIII Encuentro de Periodismo de Investigación*. Bogotá: CdR.
- Consejo de Redacción. (En preparación, 2016). *Memorias IX Encuentro de Periodismo de Investigación de CdR: Periodismo sin Límites*. Bogotá: CdR.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013) ¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- García-Peña, D. (4 de abril de 2016). ¡Desclasifique! *El Espectador*. Recuperado desde: <http://www.elespectador.com/opinion/desclasifique>.
- GMH. (2013). ¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. Bogotá: Imprenta Nacional. Recuperado desde: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/bastaYa/basta-ya-colombia-memorias-de-guerra-y-dignidad-2016.pdf>.
- Morales, L. y Ruiz, M. (2014). *Hechos para contar*. Bogotá: Editorial Debate.
- Restrepo, J. (2015). *Las vueltas de la oficina de Envigado*. Bogotá: Editorial Debate.
- Rodríguez, J. (24 de agosto de 2014). Cortázar el perseguido. *La tiranía invisible*. Recuperado desde: <https://latiraniainvisible.com/2014/08/24/cortazar-el-perseguido/>.

Rodríguez, J. (s.f.). La otra guerra secreta (Los archivos prohibidos de la prensa y el poder). *La tiranía invisible*. Recuperado desde: <https://latiraniainvisible.com/obras/la-otra-guerra-secreta/>.

The National Security Archive. (2 de diciembre de 2009). Operación Sofía: documentando genocidio en Guatemala. *National Security Archive Electronic Briefing Book*, 297. Recuperado desde: <http://nsarchive.gwu.edu/NSAEBB/NSAEBB297/index2.htm>.

Vallejo, M. (29 de febrero de 2016). El libro bomba de Alberto Donadío. *Directo Bogotá*. Recuperado desde: <http://directobogota.co/el-libro-bomba-de-alberto-donadio/>.

Entrevistas

Alberto Donadío, periodista de investigación, uno de los tres miembros fundadores de la Unidad Investigativa de *El Tiempo*. Entrevista telefónica realizada el 28 de marzo de 2016.

Nelson Fredy Padilla, editor cultural del diario *El Espectador*. Entrevista presencial realizada el 16 de marzo de 2016 en Bogotá.

Jacinto Rodríguez, periodista de investigación mexicano. Entrevista presencial realizada el 21 de octubre de 2014 en México D.F.

Juan Diego Restrepo, editor del portal *Verdad Abierta*. Entrevista telefónica realizada el 15 de abril de 2016.

Kate Doyle, analista del Archivo de Seguridad Nacional, instituto de investigación y organización no gubernamental con sede en la Universidad George Washington, en Washington, Estados Unidos. Entrevista presencial realizada el 15 de marzo de 2016 en Bogotá.

Mónica González, directora del Centro de Investigación Periodística de Chile, Ciper. Entrevista a través de correo electrónico realizada el 8 de mayo de 2016.



Cerca de ocho mil campesinos de las cuencas de los ríos Atrato, Cacarica, Salaquí y Truandó en el Chocó, huyeron de sus territorios en febrero de 1997 por los bombardeos del Ejército y ataques de los paramilitares de las ACCU (Autodefensas Campesinas de Córdoba y Urabá) en la denominada Operación Génesis. La fotografía fue tomada en el corregimiento de Pavarandó cerca de Mutatá (Antioquia), donde se refugiaron alrededor de cuatro mil personas.
Foto: Jesús Abad Colorado

Capítulo 5

Cubrimientos periodísticos en reconstrucción de memoria

“Mucha gente cayó al lado mío, y yo no. Me pregunto por qué y no lo sé explicar. Ese misterio de la suerte es parte de la riqueza de nuestra vida”.

“Nuestro papel, cuando escribimos sobre la guerra, consiste en recordar y entender que estamos ante una situación trágica para todos sus participantes. La guerra es el único fenómeno humano en el que todos son víctimas, todos pierden, todos terminan infelices”.

Ryszard Kapuscinski

Por Kevin García

Introducción

María Giselle, a sus ocho años, huyó de las persecuciones partidistas a finales de abril de 1948 por las montañas del norte del Valle, en compañía de su madre. Se refugió en el municipio de Cartago. Desde entonces su cuerpo y su vida han atravesado múltiples violencias. Ahora es una mujer maciza y cobriza, a punto de cumplir setenta y seis años y no ha conocido un país sin guerras.

Como ella, millones de colombianos han sufrido múltiples violencias durante décadas. Ahora asistimos a un momento crucial de la historia del país, a la mayor posibilidad de poner fin a un conflicto crónico y construir una forma de vida distinta a la que hemos vivido en Colombia. Un niño nacido en 2015 podría tener la oportunidad de llegar a 2100 y vivir en un país sin masacres constantes, sin quema de oleoductos, sin millones de desplazados. Cuando pensamos en el largo plazo, la visión se amplía y comprendemos la importancia de aportar en esta coyuntura histórica. La transición hacia un posible posconflicto plantea oportunidades y desafíos. En el IX Encuentro de Periodismo de Investigación (2016) realizado por Consejo de Redacción en Bogotá, María Teresa Ronderos, directora del Programa de Periodismo Independiente de *Open Society Foundation*, contó que hoy Colombia es una noticia positiva para el mundo; la comunidad internacional ve con expectativa la posibilidad de poner fin a un conflicto que ha generado cientos de miles de pérdidas humanas, pero a ella le preocupa que dentro ve el país dividido, polarizado entre fuerzas políticas.

Mientras el proceso avanza y supera sus propios desafíos, hoy sabemos que la agenda del posconflicto o posacuerdo podría durar entre diez y quince años. Palabras como paz, memoria, reconciliación y víctimas, repetidas con frecuencia, correrán el riesgo de perder valor y sentido en nuestros lectores. Ante esa posibilidad, podemos preguntarnos:

- ¿Qué será historia periodística en esta transición histórica hacia el posconflicto?
- ¿Cómo evitar que el tema se agote para la ciudadanía?
- ¿Cómo aportar al bienestar de nuestro municipio, nuestra ciudad, nuestro departamento, nuestra región o nuestro país?
- ¿De qué manera podemos hacer mejor nuestro trabajo?

En ese contexto, en este capítulo queremos sugerir un repertorio de posibilidades para pensar nuestras historias atendiendo cuatro aspectos claves: los temas, los puntos de vista, los géneros y los formatos. Tomaremos como referencias trabajos destacados de periodismo que abordan de forma cuidadosa y creativa los conflictos de sus países.

Los temas

Las reconstrucciones de hechos

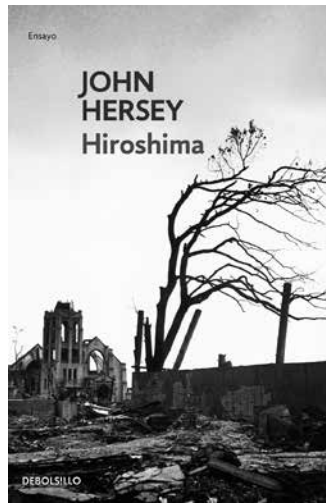


Figura 1. Portada del libro *Hiroshima*, de John Hersey. Editorial Debolsillo. (Penguin Random House Grupo Editorial)

En agosto de 1946 John Hersey publicó el reportaje *Hiroshima*, considerado el texto de mayor impacto divulgado en una revista durante el siglo XX. Hersey, quien ya había obtenido un premio Pulitzer, reconstruyó los hechos ocurridos en los días previos y siguientes al lanzamiento de la primera bomba atómica sobre esta ciudad japonesa, donde la explosión mató a más de ochenta mil personas y alrededor de otras ochenta mil murieron en los años siguientes a causa de la radiación expulsada por la bomba. Hersey contó la historia de vida de seis sobrevivientes. La revista *New Yorker* dedicó a este reportaje toda una edición y se dice que Einstein mandó a comprar los ejemplares ofrecidos en los puestos de revista cercanos a la universidad en la que trabajaba, para que sus alumnos se enteraran del comportamiento del artefacto que ayudó a desarrollar.

Jersey logró retratar con detalle y tacto escenas de cuerpos calcinados y de enfermos que corrían hacia restos de hospitales donde también habían muerto los médicos. Su misión no era fácil, debía narrar para Estados Unidos la voz de las víctimas del país que había sido enemigo en la Segunda Guerra Mundial y cuya confrontación también había causado bajas de soldados norteamericanos.

Su reportaje, sobrio, detallado y bien escrito, anticipa lo que en los años sesenta se conoció como el *Nuevo periodismo norteamericano*, una ola de piezas de profundidad que practicaron el acompañamiento a la cotidianidad de sus fuentes, el seguimiento a las historias en el mediano y largo plazos, y la inmersión y exploración de formas de narrar.

El hecho periodístico, dijo Julián González (2004), no es una cosa dada por sí misma, es un entramado de voces y discursos. En temas cruciales, de alto debate y confrontación, el multiperspectivismo es un procedimiento potente. Se trata de reconstruir el hecho mediante la conexión de múltiples voces y puntos de vista.

En Colombia muchos hechos deben reconstruirse, el país necesita conocer detalles de cómo se cometieron los falsos positivos, cómo fue posible que un comandante guerrillero del comando Ricardo Franco, disidente de las FARC, ordenara la ejecución de más de cien de sus hombres; cómo escogían los paramilitares las fosas comunes, cómo se convirtió la escombrera de Medellín en un cementerio clandestino, cómo se trasladó el conflicto armado a cárceles como La Modelo de Bogotá, cómo derivaron grupos paramilitares desmovilizados en bandas criminales. La lista es larga y la reconstrucción de hechos siempre ofrecerá horizontes reveladores para la creación de piezas periodísticas.

Las conmemoraciones

En la construcción de la memoria histórica, la verdad y la reparación, las conmemoraciones cumplen una labor importante: disminuyen la pulsión por la violencia, conservan el recuerdo de los hechos conmemorados entre la ciudadanía, reinstalan los temas en la agenda pública y, en ocasiones, generan presión a los organismos judiciales para la presentación de resultados de procesos sin esclarecer o sin condenas.

Un ejemplo significativo de trabajo periodístico conmemorativo es el realizado por el diario *La Tercera* en Chile, el cual recuerda los sucesos del 11 de septiembre de 1973 en Santiago: el golpe de Estado de la Junta Militar. Este ataque desencadenó en el suicidio del presidente Salvador Allende y en el inicio de una dictadura que permanecería en el poder diecisiete años. El trabajo es una infografía multimedia. Más adelante lo detallamos en la sección de formatos.

Conmemorar significa recordar un acontecimiento histórico. Es necesario seguir recordando e indagando los detalles de la retoma del Palacio de Justicia, los asesinatos de Luis Carlos Galán y Jaime Garzón, las masacres de Bojayá y Tacueyó. Y más allá de los grandes hitos de la violencia ocasionados por el conflicto armado, es necesario que las regiones hagan sus propias conmemoraciones, que recuerden en la ciudadanía los hechos que fueron cruciales para la estabilidad de sus territorios sin que necesariamente hayan alcanzado la agenda nacional.

Las historias particulares



Figura 2. Portada de *La guerra no tiene rostro de mujer*, de Svetlana Alexiévich. Editorial Debate (Penguin Random House Grupo Editorial)

El Premio Nobel de Literatura de 2015, otorgado a la periodista Svetlana Alexiévich, puso de relieve la importancia de contar las historias

particulares. El trabajo de esta periodista bielorrusa es un gran ejemplo de indagación en profundidad durante periodos de posconflicto. Alexiévich busca testimonios de vidas que sobrevivieron a las guerras y destrabar las memorias individuales que en ocasiones permanecen durante años bajo llave en las memorias de sus protagonistas. Su trabajo es un coro de voces, una pluralidad de miradas, testimonios, experiencias. En *La guerra no tiene rostro de mujer* busca a cientos de mujeres – indica que casi un millón militaron en las filas del ejército rojo – que combatieron en defensa de la Unión Soviética contra Alemania durante la Segunda Guerra Mundial.

En este trabajo logra adentrarse en los acontecimientos más traumáticos, agregándole una sensibilidad especial desde la perspectiva de género. En la introducción sostiene:

Los relatos de las mujeres son diferentes y hablan de otras cosas. La guerra femenina tiene sus colores, sus olores, su iluminación y su espacio. Tiene sus propias palabras. En esta guerra no hay héroes ni hazañas increíbles, tan solo hay seres humanos involucrados en una tarea inhumana. En esta guerra no solo sufren las personas, sino la tierra, los pájaros, los árboles. Todos los que habitan este planeta junto a nosotros. Y sufren en silencio, lo cual es aún más terrible.

Pero ¿por qué?, me preguntaba a menudo. ¿Por qué, después de haberse hecho un lugar en el mundo que era del todo masculino, las mujeres no han sido capaces de defender su historia, sus palabras, sus sentimientos? Falta de confianza. Se nos oculta un mundo entero. Su guerra sigue siendo desconocida. (Alexiévich, 2015, p. 14)

Alexiévich considera su labor periodística como la de una retratista incesante y asegura que para lograrlo no basta con una entrevista, es necesario persistir. Usualmente, la entrevista y el testimonio suelen disponerse más como insumos para géneros que integren otros procedimientos de investigación como la crónica, el reportaje y el informe especial. Sin embargo, Alexiévich ha puesto al testimonio en el centro del relato:

Es justo ahí, en la calidez de la voz humana, en el vivo reflejo del pasado, donde se da la alegría original y la invencible tragedia de la existencia. Su caos y su pasión. Su carácter único e inescrutable. En su estado puro, anterior a cualquier tratamiento. (Alexiévich, 2015, p. 19)

Durante su visita a la Feria Internacional del Libro de Bogotá en 2016, logró entrevistar a mujeres víctimas del conflicto armado en nuestro país. Sin embargo, por la cercanía con las fuentes y el conocimiento estrecho y vivencial con el tema, los periodistas colombianos bien podríamos lograr testimonios tan detallados y persistentes como los que construye Alexiévich.

Los archivos cuentan historias



Figura 3. Afiche del documental *La isla*, de Uli Stelzner.

En 2005 una explosión en la ciudad de Guatemala dejó al descubierto el archivo secreto de la Policía nacional con más de ochenta millones de documentos. Guatemala había vivido un conflicto armado interno por más de treinta y seis años que había generado más de doscientos mil muertos y cuarenta y cinco mil desaparecidos. Apenas una década atrás, en 1996, se había firmado un acuerdo de paz entre las Fuerzas Armadas de Guatemala y los movimientos guerrilleros agrupados en la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca. Pero la justicia y la verdad no llegaron con la firma del acuerdo. Por ello el documentalista alemán Uli Stelzner encontró en el archivo secreto de la Policía una oportunidad para ayudar a construir la verdad histórica del conflicto.

Acompañó a los peritos encargados de analizar los archivos y encontró fichas de muertos y desaparecidos, también informes de miembros de las

Fuerzas Armadas donde relataban los actos de violencia que habían cometido contra la población que acusaban de apoyar a los grupos guerrilleros. Complementó estos hallazgos con las versiones de los familiares de asesinados y desaparecidos. Su trabajo documental, llamado *La isla*, se estrenó en 2010 en Guatemala y se convirtió en un aporte clave para la construcción de la memoria histórica en el periodo de posconflicto.

Los archivos ayudan a esclarecer los hechos, favorecen la construcción de verdad histórica y, a diferencia de las fuentes vivas, no cambian sus versiones. Sin embargo, las fuentes documentales también deben contrastarse y verificarse. Stlezner dialogó con las víctimas, indagó en sus pasados y buscó las conexiones entre los testimonios y los archivos. Acerca de su forma de abordar a las víctimas, señala con claridad:

Creo que lo más importante en la relación con los participantes/protagonistas –víctimas o no– es el respeto, el verdadero interés en su vida y su historia, la capacidad de ver el otro a la altura del ojo [...] Desde un aspecto fundamental de sociedades de posconflicto, con el afán de crear el mejoramiento entre nuestras relaciones y de reparar el tejido social; se trata de eso: abrirse al otro y tratar de ver el mundo desde sus ojos. (Encuentro de Periodismo de Investigación, 2015)

Los procesos son la historia

En la historia de los grupos sociales y las comunidades no existen rupturas súbitas. Al asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, en 1948, lo precedió un ambiente de hostilidad bipartidista y luchas de poder en los años anteriores. El homicidio de Luis Carlos Galán en 1989 estuvo anticipado por amenazas de muerte y una serie de asesinatos y explosiones urbanas como parte de una guerra del narcotráfico en alianza con otras fuerzas legales e ilegales.

Más allá de los hechos cruciales que son noticia, debemos atender la historia de los procesos. Con la firma del acuerdo se iniciarán varios: procesos de reconstrucciones de proyectos de vida de desplazados, de retorno al campo, de resocialización de combatientes, de reconversión de la economía campesina de la coca, de esclarecimiento de masacres y tomas, de búsqueda y reconocimiento de desaparecidos.

Varios trabajos mencionados en este capítulo son ejemplo de cubrimiento de procesos. Uli Stlezner acompañó el rastreo de los archivos policiales en Guatemala por más de tres años y, luego de publicado su trabajo, continuó acompañando el proceso de construcción de memoria en ese país.

Atender los procesos permite observar y comprender un hecho en tiempos de larga duración. Estos periodos largos posibilitan ver la forma en que se transforman los temas, identificar las fuerzas que generan los cambios, los intereses en juego y las consecuencias de dichos intereses. Gran parte de la posibilidad de que los puntos de La Habana puedan cumplirse, dependerá de una atención vigilante de los medios de comunicación para su verificación y exigencia de cumplimiento efectivo.

Los puntos de vista

La resiliencia, la capacidad de sobreponerse, es la historia

Luego de terminado el conflicto, Colombia podría ser un laboratorio social de superación humana para el mundo. Si durante el conflicto la muerte es la historia periodística, en un posacuerdo la superación de la muerte será esa historia. Existen seres extraordinarios en la cotidianidad de nuestras regiones. Ciudadanos que lograron superar el asesinato de seres queridos, el maltrato físico y psicológico, el abandono estatal, el encierro y encadenamiento. Colombianos que como los guadales lograron soportar las tempestades del conflicto sin romperse. Resistieron y luego reinventaron sus vidas en medio de las ruinas, forjaron proyectos y asumieron causas de reparación del tejido social. Relatos de sobrevivencia, construcción de sentido de vida, formas de poetización de la existencia, de construcción de razones para seguir viviendo.

Los sobrevivientes de la masacre de Bojayá, Chocó; las mujeres de los montes de María, en los departamentos de Sucre y Bolívar; y los sobrevivientes de Trujillo, Valle, son ejemplos humanos de sobreposición a la adversidad. Portan historias de lucha, resistencia y dignidad que merecen ser contadas. Una de las apuestas más dedicadas de *La silla vacía* es el Proyecto Rosa, micrositio con dominio propio en internet (<http://proyectorosa.com/>) destinado exclusivamente a Rosa Amelia Hernández, líder

de la restitución de tierras en Córdoba. El sitio cuenta la historia de su vida, la forma en que esta mujer logró extraer de la tragedia la fuerza necesaria para reclamar sus tierras y persistir en la defensa de sus derechos y los de su comunidad. Al tiempo, este proyecto también apunta a visibilizar a los líderes cuyas vidas peligran y a hacer memoria de aquellos que ya fueron asesinados. El Proyecto Rosa es al tiempo una exaltación, un testimonio y una denuncia periodística.

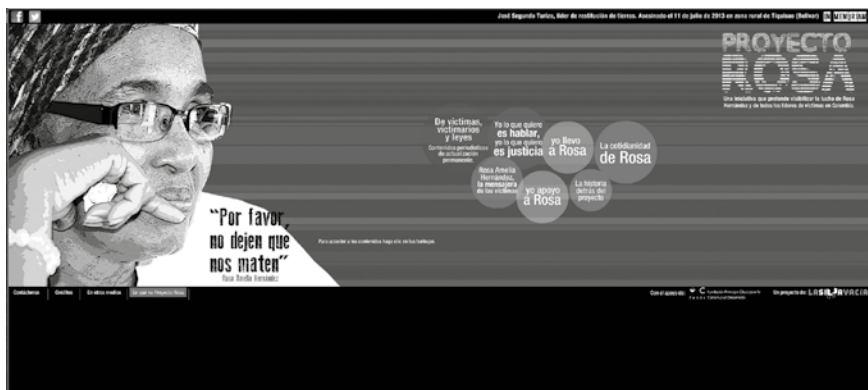


Figura 4. Portada del sitio Proyecto Rosa.
Foto Janca / www.lasillavacia.com.

Los indicios son la historia

Cuando se creía que ya se habían cubierto todos los aspectos de Pinochet y que casi nada quedaba por decir, Cristóbal Peña, en *Viaje al fondo de la biblioteca de Pinochet*, propuso un abordaje singular. Acompañando a peritos bibliográficos durante el examen de más de 55.000 volúmenes dispuestos en una residencia del dictador, encontró una faceta desconocida de su personalidad. Mediante inspecciones y visitas, conversaciones, análisis de documentos y estudios propios, este periodista logró retratar en esa biblioteca la compulsión de Pinochet por adquirir bienes, así como el desvío de los recursos públicos para su beneficio personal. Buena parte de la compra de libros la hacía con cheques de cuentas bancarias de la Presidencia. A pesar de no cancelar con recursos propios, durante sus compras, Pinochet podía desconocer el valor propuesto por los libreros y, haciendo uso de su poder, solía autoadjudicarse rebajas cuando adquiría obras de gran valor.

Por el volumen de sus libros le habría sido difícil leer una cantidad considerable de ellos, pero a pesar de su pulsión por atesorar, poco le importaban la ficción o la poesía. Sus influencias ideológicas saltaron a la vista: tenía una autobiografía de Francisco Franco, autografiada por su autor, y su obsesión por adquirir libros de Napoleón Bonaparte era compulsiva.

A través de una biblioteca, Cristóbal Peña logró retratar una escenografía del poder que marcó la historia de Chile. El rastreo de indicios es una rica fuente para crear historias cuando no se tiene un conocimiento directo de los hechos. En Colombia la hacienda Nápoles, hoy convertida en parque temático, ha permitido comprender la dimensión del poder más fuerte durante la violencia del narcotráfico y el sicariato. En los indicios hay buenas historias periodísticas que aún están por contarse.

Los rastreadores de la historia son la historia

Un equipo inexperto de universitarios argentinos decidió atender el llamado de Clyde Snow, antropólogo forense que llegó a Argentina invitado por las Madres de la Plaza de Mayo para acompañar algunas exhumaciones de cadáveres. Eran los cuerpos de ciudadanos ejecutados durante la última dictadura que vivió este país entre 1976 y 1983. Miles de personas fueron enterradas como NN en tumbas clandestinas. Este es el origen del Equipo Argentino de Antropología Forense, grupo de investigadores que ha identificado por lo menos trescientos cuerpos de ciudadanos desaparecidos, para ayudar a la construcción de la verdad y la elaboración del duelo de los familiares de las víctimas.

Estos investigadores, que apenas eran unos chicos escépticos en los años ochenta, han logrado compartir sus experiencias en procesos de países como Bosnia, Kosovo y Haití. Entre los cuerpos identificados en Latinoamérica se encuentran los de Marcelo Gelman, el hijo del poeta Juan Gelman, y el Che Guevara. *El rastro en los huesos* es el nombre del reportaje en el que Leila Guerriero, notable narradora continental, logra contar una historia inspiradora en medio de cráneos, vértebras y fémures. Su relato articula las historias de vida de jóvenes que comprendieron el valor de sus hallazgos y decidieron pasar buena parte de sus vidas en cementerios clandestinos para aportar a la memoria de su país.

Luego de firmado el acuerdo de paz, Colombia se verá en la tarea de rastrear sus muertos y se calcula que solo en La Escombrera, comuna 13 de Medellín, podrían encontrarse los restos de más de trescientos cadáveres descuartizados. Los rastreadores de historias son la historia.

Los contextos de los actores del conflicto son historia

María Deisy Quistial fue una niña indígena campesina que vivía con su familia en las montañas cerca de Mondomo, Cauca. Su familia, como las demás de la comunidad indígena, era terrajera, no tenía escrituras legales sobre el territorio, la tierra que trabajaba era propiedad de un terrateniente a quien los indígenas debían pagar un alquiler por su uso. María Deisy creció en medio de persecuciones para desplazarlos. Sus cosechas eran quemadas, sus vecinos fueron asesinados. Para evitar correr la misma suerte, ella y su familia terminaron viviendo en el monte. Los indígenas se organizaron para recuperar los territorios, tenían enfrentamientos con hombres armados contratados por terratenientes y con la fuerza pública. Los padres de María Deisy con frecuencia eran encarcelados durante semanas. En la última captura fueron condenados a tres años de prisión, y María Deisy debió irse a trabajar a casas de familia para sobrevivir.

La niña cumplía quince años cuando se enteró de que se había conformado un grupo armado indígena para proteger las veredas de la comunidad. En contra de la voluntad de su madre se unió al grupo. Era el movimiento guerrillero Manuel Quintín Lame que en 1984 realizó la toma de Santander de Quilichao.

María Deisy vivió en persona la experiencia de la guerra y vio cómo sus líderes debían resistir las presiones de las otras guerrillas para adherirlos. Varios de sus compañeros participaron con otros grupos armados y fueron puestos como carne de cañón en los enfrentamientos. María Deisy vivió de cerca el ajusticiamiento de por lo menos cien hombres del movimiento guerrillero Ricardo Franco a manos de su propio líder, por sospechas de infiltración.



Figura 5. Portada del artículo *Volver a la tierra*, publicado en el especial multimedia Jóvenes que cuentan la paz, proyecto de Consejo de Redacción¹

La guerrilla del Quintín Lame entregó sus armas en 1991 y durante su desmovilización defendió el reconocimiento de los pueblos indígenas en la Constitución Política. María Deisy volvió al campo y asumió las incertidumbres de una nueva vida. Hoy es una campesina que ordeña vacas y trabaja para que su hija, Eliseth Peña, termine la carrera universitaria de periodismo. Fue esta quien, durante una jornada de capacitación organizada por CdR, escribió el artículo *Volver a la tierra*, en donde logra mostrar un contexto humano que ayuda a comprender la historia de este movimiento. Indagar los contextos, retratarlos, narrarlos, es una labor valiosa para favorecer la comprensión de nuestras violencias. Los contextos son una rica fuente de historias.

El género en la guerra es historia

¿Qué papel han tenido las mujeres en la guerra? Esta pregunta se la hizo la periodista Patricia Lara. Para responderla, indagó en el testimonio de mujeres vinculadas de diversas formas con el conflicto armado: una guerrillera que militó en el ELN y el M-19, una comandante de las FARC, una paramilitar, la viuda de un líder de izquierda, otra viuda de un teniente del Ejército, la madre de un soldado secuestrado, una exsecuestrada, una desplazada y la mamá de tres guerrilleros. El resultado son miradas entrecruzadas sobre el conflicto, voces e historias de vida que retratan la sensibilidad femenina en medio de la atrocidad de la violencia y aportan otros matices para conocer la dimensión humana de la guerra.

1 <http://plataformadepperiodismo.com/webs/2015/jovenesquecuentanlapaz/volver-a-la-tierra.html>.

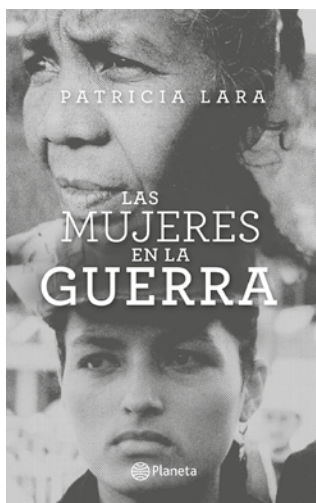


Figura 6. Portada del libro *Las mujeres en la guerra*, de Patricia Lara. Editorial Grupo Planeta.

Este tipo de abordajes demuestran que los ejércitos comparten más aspectos comunes que los que usualmente logramos mostrar. Otro ejemplo notable es el trabajo ya mencionado de Svetlana Alexiévich, *La guerra no tiene rostro de mujer*. Es su perspectiva de género la que le otorga una sensibilidad especial al relato y las experiencias del conflicto.

Indagaciones transversales como estas también pueden hacerse sobre la infancia y la adolescencia, las estructuras familiares y regionales. ¿De qué forma se han transformado las familias de nuestro municipio por el conflicto armado?, ¿qué papel han desempeñado los niños en la guerra?, ¿qué aspectos de su vinculación al conflicto aún se desconocen?

Géneros para contar el posconflicto

Existen diversos géneros y formatos que podemos aprovechar para contar el posconflicto. Los géneros son modos de organización de la información, saberes operativos, prácticos. En ellos aplicamos modelos de escritura y organización del material. Existen lectores amantes de las crónicas, de los reportajes de investigación, de las entrevistas en profundidad. Los géneros crean comunidades lectoras. Por su parte, los formatos definen tamaños y formas de combinar y disponer los géneros, precisan sus usos. Tenemos, por ejemplo,

que la noticia es un género informativo que busca expresar con precisión, concisión y claridad. *Minuto60* es un formato empleado en *La W*, mediante el cual un periodista lee la mayor cantidad de noticias en sesenta segundos.

Los géneros y los formatos operan asociados. Sobre los géneros, más allá de detenernos en definiciones exactas, podemos distinguir sus criterios de eficacia. Veamos algunos.

Géneros expositivos, de referencia

Son textos donde la eficacia y la calidad están puestas en el rigor, la precisión y la profundidad para decir la información. Se trata de reducir posibles devaneos poéticos y lograr exposiciones detalladas, explicaciones finas y argumentadas de los sucesos.

Noticia: tradicionalmente se identifican cinco características básicas de una noticia: actualidad, novedad, veracidad, periodicidad e interés público. En ella no es necesario que prime una forma expresiva del autor, imperan la concisión y la claridad informativa. Bajo estos criterios, el posacuerdo será una fuente permanente de noticias.

Reportaje: es un abordaje de profundidad, que trasciende la información escueta de la noticia y procura una interpretación de los hechos. Se caracteriza por incorporar diversos métodos de investigación en su producción — entrevistas, inspecciones, documentos — y ofrecer conexiones y hallazgos sugerentes para la comprensión de los temas.

Informe especial: es una presentación informativa rigurosa, que tiene como propósito ofrecer una pieza o un conjunto de piezas que ayuden a comprender en profundidad un hecho. Un informe especial sobre un proceso de restitución de tierras puede estar integrado por un reportaje acerca de la historia de los predios restituidos, entrevistas con los desplazados que retornan al campo e infografías que sitúen visualmente el área de la restitución.

Géneros expresivos y testimoniales

Son piezas periodísticas de subjetividad. Los lectores llegan a ellos con el deseo de conocer una experiencia subjetiva intensa: historias de vida,

perfiles de personajes que participaron de hechos importantes del conflicto, narraciones en primera persona, perspectivas particulares de los hechos colectivos. Retratos y encuentros significativos con la condición humana.

Crónica: es un relato interpretativo y valorativo que trasciende la inmediatez de los hechos y aborda con especial atención el manejo del tiempo en la historia. En la crónica cobra valor la fuerza expresiva del periodista, su forma particular de acercarse al tema y convertirlo en experiencia sensible ante el lector.

Testimonio: es un relato generalmente contado en primera persona por el entrevistado desde su perspectiva de testigo de un hecho, participante de una experiencia de vida significativa, de interés público. Su extensión varía según las posibilidades del medio en que se publica, la complejidad de la historia y el interés del periodista por desplegar a sus lectores la historia.

Relato coral: es la unión de múltiples testimonios, una historia contada a manera de coro por muchas voces y perspectivas. *La guerra no tiene rostro de mujer* y *Voces de Chernobil* son relatos corales de la premio nobel Svetlana Alexiévich. En estos trabajos, cientos de testimonios son dispuestos por la periodista para contar las consecuencias de la radiación en Bielorrusia y la experiencia femenina en la guerra entre la Unión Soviética y Alemania.

Perfil: más intenso que una entrevista y menos ambicioso que una biografía, el perfil es una indagación en profundidad sobre una fuente acerca de la historia de su vida. Busca retratar un personaje, ponerlo en el centro de la historia periodística, desde una perspectiva particular: la relación con el poder, el dominio de un arte, la condición sobreviviente de un hecho trágico, son algunas de estas perspectivas.

Géneros dialógicos apelativos

En estos géneros la fuerza reside en la calidad del diálogo y la interacción entre el periodista y sus entrevistados. Prima el intercambio inteligente de ideas, la contraposición documentada y la conversación en profundidad que permita revelar al público aspectos desconocidos del entrevistado o de los participantes del debate.

Entrevista: es una conversación profunda entre el periodista y su fuente; generalmente la antecede un proceso de documentación sobre el tema y la organización de preguntas y tópicos a través de un temario. Antes de realizar la entrevista, como periodistas debemos precisar con claridad cuál es nuestro problema – comprender un hecho, conocer una situación, acceder a una versión particular de una historia – y qué objetivo debemos alcanzar con la entrevista: lograr una revelación del entrevistado, alcanzar una exposición detallada sobre un tema, llevar al entrevistado a realizar una denuncia, obtener información clave para el avance de una investigación, etcétera. Es necesario conversar el conflicto.

Debate: es un género de contraposición por excelencia. De un debate pueden participar varias personas y en él prima la defensa argumentada de puntos de vista. El periodista opera como moderador y procura crear condiciones equitativas para que los participantes puedan acceder en igualdad de condiciones a los turnos y tiempos para exponer sus ideas. Es necesario debatir el conflicto, analizar sus causas, sus efectos, pensar las mejores formas para hacer las transiciones hacia modos pacíficos de resolución de las diferencias.

Los formatos

Infografía multimedia

Para conmemorar los cuarenta años del golpe militar en Chile, el diario La Tercera desarrolló un potente trabajo de infografía multimedia. Fue coordinado por Mariana Santos, quien trabajó como diseñadora de animaciones e interactivos en *The Guardian*, fue becaria del *International Center For Journalists Knight* y ahora se desempeña en Univisión como directora de interactividad y animación.

El trabajo recrea los momentos decisivos del bombardeo a la Casa de la Moneda. Para ello incorpora audios, fotografías, fragmentos de video e ilustraciones de Allende, Pinochet y los líderes militares que coordinaron el ataque. El registro sonoro favorece la inmersión en las ilustraciones. Mediante maquetas ilustradas, los cibernautas podemos ver la forma en que los aviones Hawker Hunter se posicionan frente a la casa presidencial y lanzan proyectiles hasta hacerla arder. El resultado es un trabajo intenso que recrea, desde múltiples perspectivas, los detalles del bombardeo

mediante una experiencia multimedia y sobre todo gráfica, muy eficaz. El resultado simula una novela gráfica digital y trasciende las formas convencionales de contar historias periodísticas.



Figura 7. Ilustraciones del proyecto periodístico Golpe Militar 40 años de La Tercera (Copesa S.A)²

Este trabajo obtuvo el Premio a la Excelencia de la Sociedad Interamericana de Prensa en la categoría de Infografía y se puede consultar en la siguiente dirección <http://11septiembre1973.latercera.com/es/>.

Desarrollos como estos requieren la conformación de equipos de trabajo integrados por periodistas, diseñadores y programadores. Sin duda, las nuevas salas de redacción están fortaleciendo el intercambio de conocimientos entre profesionales para el desarrollo de piezas periodísticas innovadoras.

Foto-ensayo y foto-reportaje

En 2015 el fotógrafo Jesús Abad Colorado publicó sus archivos fotográficos de la guerra en Colombia. Hijo de una familia campesina desplazada hacia Medellín en 1960, durante más de veinticinco años el fotógrafo Abad Colorado consolidó un trabajo como reportero gráfico de El Colombiano y posteriormente como fotoperiodista independiente. Por su relación con el

2 <http://11septiembre1973.latercera.com/es/>.

conflicto se ha distinguido como un testigo de excepción de la violencia y en su obra presta especial atención a las víctimas.

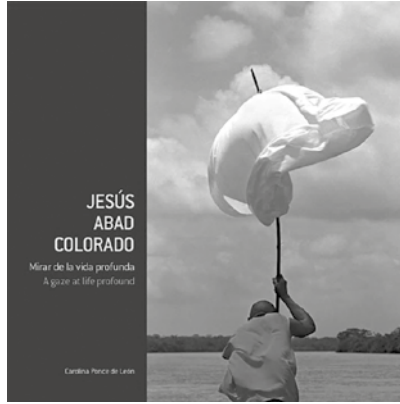


Figura 8. Portada del libro *Jesús Abad Colorado, Mirar de la vida profunda*. Paralelo 10.

El trabajo titulado *Jesús Abad Colorado, mirar de la vida profunda* (editado por Paralelo 10) es un foto-ensayo publicado en un libro de gran formato con 220 páginas de contenido. En ellas, el periodista organiza las imágenes por temas: las formaciones militares, las creencias religiosas, la infancia armada, las mascotas, las capuchas, las selvas, los grafitis de la violencia, las comunidades indígenas, los desplazamientos, las poblaciones negras y campesinas, los entierros de víctimas, el dolor, las escuelas destruidas, las trincheras, los bosques arrasados y las movilizaciones por la paz. De este modo, muestra múltiples caras del conflicto armado, retrata la fragilidad humana y el poder destructivo de la guerra. Un aporte valioso a la memoria histórica.

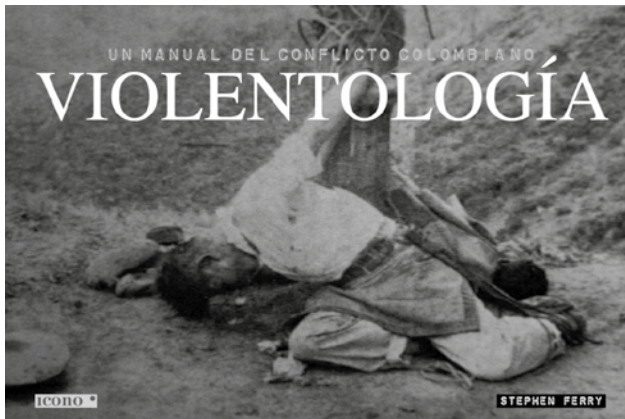


Figura 9. Portada del libro *Violentología*, de Stephen Ferry. Editorial Icono.

Un trabajo semejante realizó en 2012 el periodista norteamericano Stephen Ferry. Su trabajo *Violentología* (<http://violentologia.com/blog/>) es un ensayo fotográfico publicado en formato tabloide e impreso en las máquinas rotativas de *El Espectador*, medio que sufrió la violencia del narcotráfico en los años ochenta. De niño, Stephen observaba las imágenes de la guerra en Vietnam que publicaba la revista *Life* y se interesó por dar cuenta de este tipo de violencia. En Colombia se motivó a publicar una selección de imágenes del conflicto, fotos históricas y de su propia autoría. Con ellas traza una línea gráfica de la guerra, que parte desde la violencia partidista de los años cincuenta, muestra a líderes paramilitares y guerrilleros, exhumaciones de cadáveres, entrenamientos militares, voladuras de oleoductos y retenes armados. También registra a las víctimas y a sus familiares.

Durante más de sesenta y cinco años Colombia ha vivido múltiples actos de violencia, de los cuales aún existen registros gráficos y documentales por conocer. Es deseable que los medios periodísticos apuesten por recuperar y difundir sus archivos en formatos de larga duración y trascendencia, como libros y especiales digitales. Como se aprecia en los trabajos de Jesús Abad y Stephen Ferry, los reportajes gráficos del día a día van constituyendo una memoria histórica que en un periodo de posconflicto podrán recuperarse mediante ensayos fotográficos y compilaciones especiales de memoria.

Ficha biográfica

El 11 de marzo de 2004 España vivió un ataque múltiple de células yihadistas de Al Qaeda. Diez bombas explotaron casi de forma simultánea en cuatro trenes de la red de cercanías de Madrid. Como consecuencia del ataque, murieron 191 personas y 1.857 resultaron heridas. Para conmemorar el décimo aniversario de este hecho, conocido como el 11 M, el diario *El País* de España desarrolló un especial multimedia. Incluyó un documental explicativo, una cronología de los hechos, una infografía que situaba las zonas de las explosiones, los perfiles de los yihadistas y las características de los explosivos; además de una visualización con recuerdos de los sobrevivientes. Sin embargo, el contenido más impactante es el conjunto de fichas biográficas de los 191 muertos que dejó el atentado (<http://elpais.com/especiales/2014/aniversario-11-m/vidas-rotas/>). A través de ellas

podemos tener un conocimiento casi pormenorizado de la tragedia. Allí las víctimas cobran vida, conocemos sus nombres, edades, ocupaciones, sus pasiones y sueños. A través de esta sección comprendemos la dimensión humana del atentado.

Las fichas biográficas se están empezando a usar con fuerza en el periodismo web. Medios como *La Silla Vacía* y *Poderopedia* crean fichas biográficas para mapear las redes del poder y establecer vínculos entre personas tomadoras de decisiones que afectan el interés público.

Las fichas biográficas, al centrarse en el perfil de una persona, ofrecen contenidos con mayor vigencia temporal. Durante el cubrimiento del posconflicto podríamos recurrir a las fichas de múltiples formas: para presentar a los dueños de las tierras en las regiones, para dar a conocer los perfiles de los candidatos a las circunscripciones especiales que aspirarán a cupos en la Cámara de Representantes, para registrar con detalle a las víctimas de los ataques armados y favorecer la búsqueda de los desaparecidos del conflicto.



Un escenario hipotético: Investigar a partir de preguntas

En el Encuentro de Periodismo de Investigación, María Teresa Ronderos recomendó verificar el cumplimiento de los puntos pactados. Aún no se había realizado la consulta del Plebiscito. Propuso tomar cada punto de La Habana y abrir líneas de investigación que permitieran verificar su implementación. Entre sus temas están hacer un inventario territorial en los municipios afectados por la guerra para conocer cuál es el estado legal de la tierra, mapear el catastro e identificar a los terratenientes. También propuso hacer una radiografía de los políticos en cada región, identificar sus redes de poder, sus votantes, intereses y financiadores, para analizar si cambia la repartición del poder y se favorece la equidad.

Por el momento, como ejercicio hipotético podríamos atender el llamado de María Teresa y ampliar su propuesta a los puntos acordados en la mesa en su primera etapa. Las preguntas de los siguientes apartados podrían derivar en temas de investigación.

Acerca del desarrollo agrario

- ¿De qué manera se está implementando la Reforma Rural Integral en las regiones?
- ¿Quiénes accedieron al Fondo de Tierras de Distribución Gratuita y de qué forma se está garantizando el “acceso integral”?
- ¿Se fortaleció la participación ciudadana en la planificación del ordenamiento territorial?
- ¿En qué medida se están protegiendo las áreas de especial interés ambiental?
- ¿De qué forma el Gobierno está cumpliendo su compromiso de asistencia técnica y comercialización agrícola?
- ¿De qué forma se están garantizando los derechos de propiedad a los campesinos?
- ¿Se están formalizando sus predios?
- ¿Cómo se están realizando los programas de reconversión de la tierra, las actualizaciones del catastro?, ¿la consigna “el que más tiene, más paga” qué tan real ha resultado en la práctica?
- ¿De qué forma se está estimulando la productividad de la agricultura familiar?
- ¿Cómo se están entregando los seguros subsidiados de cosecha?, ¿quiénes han obtenido este beneficio?
- ¿Cómo se está mejorando la seguridad alimentaria de las comunidades?

Acerca de la participación política

Los antecedentes del genocidio a los integrantes de la Unión Patriótica, las denuncias de persecuciones y amenazas a integrantes de Marcha Patriótica y el surgimiento de bandas criminales emergentes conformadas por antiguos paramilitares, hacen de este punto uno muy sensible en su implementación. Algunas preguntas pueden ayudarnos a desarrollar temas:

- ¿Qué partidos han sido creados como parte de la llamada nueva apertura democrática? ¿Qué apoyos está brindando el Estado a las nuevas fuerzas políticas?
- ¿Se está implementando el sistema de adquisición progresiva de derechos para partidos y movimientos políticos?
- ¿De qué forma están operando las Circunscripciones Transitorias Especiales de Paz?
- ¿Quiénes son los representantes a la Cámara adicionales asignados por las Circunscripciones Transitorias Especiales?, ¿cuáles son sus procedencias y a qué fuerzas pertenecen?
- ¿Está implementando el Estado medidas efectivas para promover una cultura de tolerancia y no estigmatización?
- ¿Cuáles espacios en medios de comunicación institucionales les fueron asignados a los partidos políticos emergentes?
- ¿De qué forma se está dando el fortalecimiento del control ciudadano a la gestión pública?, ¿se están promocionando las veedurías y los observatorios de transparencia en todas las regiones?
- ¿Cómo quedó articulado el Sistema Integral de Seguridad para el ejercicio de la política?
- ¿Cuáles son las fortalezas y debilidades del Estatuto para la Oposición?

Acerca de la solución al problema de las drogas ilícitas

Muchas preguntas surgen en este punto relacionadas con la separación de la guerra contra el tráfico y la atención médica de los consumidores, pero sobre todo, el apoyo a los campesinos cocaleros y la promoción y el estímulo de actividades sustitutas. Algunas preguntas claves pueden ser:

- ¿Cómo se está implementando el Programa de Sustitución de Cultivos de Uso Ilícito y Desarrollo Alternativo?
- ¿Se están realizando los acuerdos de sustitución y no resiembra con las comunidades y se están poniendo en marcha los procesos de planeación participativa?

- ¿Cómo opera el Plan de Desarrollo de Proyectos Productivos?
- ¿Cuáles son las características del Programa de Desminado y Limpieza de Áreas del Territorio Nacional Afectadas por Minas Antipersonales y Municiones sin Explotar?
- ¿Cómo está operando el Programa Nacional de Intervención Integral frente al Consumo de Drogas Ilícitas?
- ¿Se implementó el Sistema Nacional de Atención al Consumidor de Drogas Ilícitas?
- ¿Cuál fue la estrategia integral diseñada para reforzar y ampliar la lucha contra el crimen organizado en las regiones?

Acerca de las víctimas

Este es otro punto sensible del acuerdo, pues su implementación afecta de forma directa miles de vidas humanas. En países como Argentina y Chile, varias décadas después de terminados sus conflictos, los procesos de esclarecimiento de la verdad y la reparación a las víctimas siguen vigentes en la agenda pública. Para abordar este punto, algunas preguntas recomendadas son:

- ¿Cómo operará el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y no Repetición?, ¿cuáles son sus debilidades y sus oportunidades?
- ¿Quiénes integran la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición?
- ¿Cómo trabaja la Unidad para la Búsqueda de Personas dadas por Desaparecidas en el contexto y en razón del conflicto armado?
- ¿Se está garantizando el derecho de las víctimas a la justicia y la protección de sus derechos?
- ¿Quiénes integrarán la Jurisdicción Especial para la Paz y en ella cómo operará la Sala de Definición de Situaciones Jurídicas?
- ¿Quiénes serán los magistrados del Tribunal para la Paz y a qué sectores pertenecen?
- ¿Cómo se aplicará la Jurisdicción Especial para la Paz a los agentes del Estado?

- ¿Qué sanciones y juicios impuso el Tribunal Especial para la Paz a los responsables de violaciones graves a los derechos humanos y al Derecho Internacional Humanitario?
- ¿Cómo están operando los tratamientos especiales de la Jurisdicción Especial para la Paz?, ¿cuáles fueron sus amnistías e indultos?
- ¿De qué forma los Planes de Desarrollo Rural con Enfoque Territorial, PDET, están incorporando planes de reparación colectiva?
- ¿Están cumpliendo las FARC su compromiso de participar en acciones concretas de reparación?, ¿están contribuyendo a la reparación material de las víctimas y a su reparación integral?
- ¿Han cumplido las FARC su compromiso de garantizar los derechos humanos en sus áreas de influencia?

Estas son solo algunas preguntas que nos permitirían acompañar en un escenario hipotético la implementación de puntos como los acordados en La Habana en el mediano y largo plazos. Observen que son preguntas abiertas, cuyas respuestas nos arrojarán matices, pondrán de relieve debilidades y amenazas. También sería importante identificar las oportunidades, los casos modelo, las fortalezas y los logros paulatinos en nuestras regiones.

A manera de conclusión



El cubrimiento periodístico del posacuerdo requerirá un periodista comprometido con su sociedad y que reflexione permanentemente sobre la naturaleza de su oficio, el impacto de su trabajo y el valor del momento histórico que vive el país. Esta época implicará un abordaje creativo y dinámico de la realidad. Para lograr un cubrimiento riguroso y variado, atender con diversidad los temas, los puntos de vista, los géneros y los formatos constituye una estrategia clave para expandir el repertorio de posibilidades para contar e interpretar.

Son parte de un horizonte posible de temas las reconstrucciones de hechos, las conmemoraciones históricas, las historias particulares, los archivos y los procesos. En este capítulo hemos visto cómo cada uno de estos cuenta historias. Por su parte, podemos enriquecer nuestros puntos de vista atendiendo la resiliencia o capacidad de las víctimas para sobreponerse a sus conflictos, leyendo los indicios de los hechos, encontrando a los rastreadores de las historias, conociendo los contextos y detallando

perspectivas como las de género, etnia y edad. Dichas perspectivas podrán encontrar en géneros periodísticos expositivos, expresivos o dialógicos, grandes posibilidades de expresión y profundización.

El reportaje, la crónica, el testimonio, la entrevista, el relato coral, la noticia, el perfil y el informe especial, a su vez encuentran en formatos como la infografía multimedia, el foto-reportaje, el fotoensayo y la ficha biográfica, potentes posibilidades para dar cuenta del presente y pasado del país. Contar la complejidad de una nación como Colombia no será fácil, pero hoy disponemos de un legado de trabajos inspiradores, memorables y de un conjunto de lenguajes y sensibilidades que podrán favorecer este oficio apasionante. Todo está por contar.



- Abad, J. (2015). *Jesús Abad Colorado: Mirar de la vida profunda = a gaze at life profound*. Bogotá: Paralelo 10 Ltda.
- Alexiévich, S. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Barcelona: Debate.
- Alexiévich, S. (2015). *Voces de Chernóbil: crónica del futuro*. Barcelona: Debate.
- Edo, C. (2003). *Periodismo informativo e interpretativo: El impacto de Internet en la noticia, las fuentes y los géneros*. Sevilla: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.
- El País*. (2014). 11 M, Décimo aniversario. Recuperado desde: <http://el-pais.com/especiales/2014/aniversario-11-m/vidas-rotas/>.
- Ferry, S. (2012). *Violentología*. Bogotá: Icono.
- González, J. (2004). *Repensar el periodismo. Transformaciones y emergencias del periodismo actual*. Cali: Programa Editorial, Universidad del Valle.
- Guerriero, L. (2010). El rastro en los huesos. *Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano*. Recuperado desde: http://www.fnpi.org/fileadmin/documentos/Premio_Nuevo_Periodismo_CEMEX_FNPI/Selecci%C3%B3n_oficial_texto_2010/SO_Final/2009CSC1167_Rastro_huesos.pdf.
- Hersey, J. (2009). *Hiroshima*. Barcelona: Debolsillo.
- La isla - archivos de una tragedia, un documental que retrata la memoria de lo ocurrido en Guatemala. (2015). *VII Encuentro de Periodismo de Investigación*. Recuperado desde: <http://digital58.wix.com/retosdelperiodismo#!entrevista-2-uli-stelzner/cxa6>.
- La tercera*. (2013). Golpe militar 40 años. Recuperado desde: <http://11septiembre1973.latercera.com/es/>.
- Lara, P. (2000). *Las mujeres en la guerra*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.

Peña, E. (2015). Volver a la tierra. *Plataforma de periodismo*. Recuperado desde: <http://plataformadeperiodismo.com/jovenesquecuentanlapaz/volver-a-la-tierra.html>.

Peña, E. (2007). Viaje al fondo de la biblioteca de Pinochet. *Ciper*. Recuperado desde: <http://ciperchile.cl/2007/12/06/exclusivo-viaje-al-fondo-de-la-biblioteca-de-pinochet/>.

Ponce, L. C. (2015). *Jesús Abad Colorado: Mirar de la vida profunda = a gaze at life profound*. Bogotá: Paralelo 10 Ltda.

Proyecto Rosa. (s.f.). Recuperado desde: <http://proyectorosa.com/>.



Luis Onofre Díaz, campesino de Planadas (Tolima), recuerda los inicios de las FARC y del líder guerrillero Manuel Marulanda Vélez. También las épocas de violencia, del control absoluto del grupo armado y de las represiones que vivió la comunidad tanto del Estado como de las FARC. A sus 80 años de edad no cree en la paz, pero no pierde la esperanza de escuchar la noticia de la terminación de la guerra.

Foto: Edilma Prada Céspedes

Capítulo 6

Memorias de la cordillera

“La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda, y cómo la recuerda para contarla”.

Gabriel García Márquez

Por Ginna Morelo y Edilma Prada*

* En www.consejoderedaccion.org puede consultarse la versión completa de *Memorias de la cordillera*, especial multimedia con el recorrido al sur del Tolima, donde se gestaron las FARC.



Hasta Marquetalia, tierra lejana del sur del Tolima, se remonta la historia del surgimiento de las FARC, pero también del 'llamado silencioso' de sus habitantes para que llegue el progreso. Al fondo, la escuela de la vereda donde estudian 12 niños, quienes deben recorrer varias horas a lomo de mula para aprender a leer y escribir, y el único lugar que tienen los habitantes de la zona para sus reuniones comunales.

Foto Edilma Prada Céspedes

La brisa fría corre por los filos de las montañas de la cordillera Central de Colombia, corta la piel de quienes no están acostumbrados a andar a lomo de mula por caminos estrechos y accidentados y lleva el rumor de la guerra hasta los visitantes. Hombres, mujeres y niños, campesinos e indígenas, son testigos de décadas de sangre y de intentos de reconciliación. Cuando quisieron hablar, los disparos ahogaron sus voces. Entonces callaron para levantarse y desearon ser pueblos invisibles y no en disputa. Ahora quieren romper silencios, pero tienen dudas sobre el desenlace de los acuerdos que invocan la paz.

¡Que hable el sur!

La historia de las FARC es un relato de memorias superpuestas. La memoria con relación a las FARC no es una sola, sino que resulta plural, desproporcionada hacia lo bueno y lo malo, enriquecida desde lo histórico, porque son los relatos de las violencias de Colombia, y vívida desde las víctimas, porque son los testigos de por lo menos 50 años de acontecimientos, y tales hechos serán como ellas los recuerden.

El profesor y doctor en filología William Fernando Torres, quien ha estudiado el fenómeno de la violencia desde la Universidad Surcolombiana, en Neiva (Huila), explica que lo primero que le viene a la mente cuando piensa en las FARC es la memoria épica de la guerrilla, la que cuenta el asesinato del famoso Charro Negro y el avance de hombres y mujeres por la búsqueda de un espacio propio. Este habría de ser el embrión del movimiento guerrillero.

Humberto Tafur, habitante de Planadas, el sitio de origen de las FARC, cierra sus ojos y retrocede cinco décadas para hacer memoria. Tenía 13 años cuando comenzó a ver a Tirofijo. “En esta región recordamos claramente a los líderes organizadores de la guerrilla, los primeros fueron Jacobo Prías Alape, conocido como el ‘coronel Charro Negro’; estaba don Pedro Antonio Marín ‘Tirofijo’, en esa época le llamaban el ‘mayor Marulanda’;

estaban el mayor Líster; el mayor Ciro y otros. Los grados eran como en el Ejército, de cabo hasta coronel. Yo estaba muy muchacho, y después de eso, ya ellos salieron para el Llano, se fueron organizando y cogieron tanta fuerza que se regaron por todo el país. [...] A Charro Negro lo asesinó la guerrilla del general Mariachi. Yo estaba muy pequeño, pero me acuerdo que eso sucedió al frente de la casa cural. Charro Negro y Mariachi estaban alegando en el parque y el finado les decía que por qué no respetaban la zona de él. Se fue a desayunar donde una señora Candelaria. La señora le dijo: «Hombre Charro, váyase que esa gente llegó a matarlo». Entonces él le dijo: «no, ya alegué con ellos y esos no me hacen nada». Cuando el Charro venía subiendo, un guerrillero de los de Mariachi le dio dos disparos y lo mató. Yo digo una cosa: si no lo hubieran matado, Colombia no tendría este problema”.

“Esa memoria prevalece entre el campesinado viejo, de eso que entonces no tenía un nombre. Los más viejos relatan las marchas, que fueron un ejercicio de una brillante estrategia militar. Antes de 1964 avanzaban por el sur del Tolima familias enteras. Adelante iban los que sembraban la tierra y atrás llegaban los combatientes con sus mujeres, a organizarse comunalmente”, explica William Torres, y agrega: “esa memoria fue puesta en libros, como

el de Eusebio Prada, baquiano de las guerrillas. El relato está en un texto de Eduardo Pizarro, del año 91. En él cuenta que esos campesinos iban cantando canciones de la segunda república española y leían *La marcha de los coroneles*, novela de Jorge Amado”.

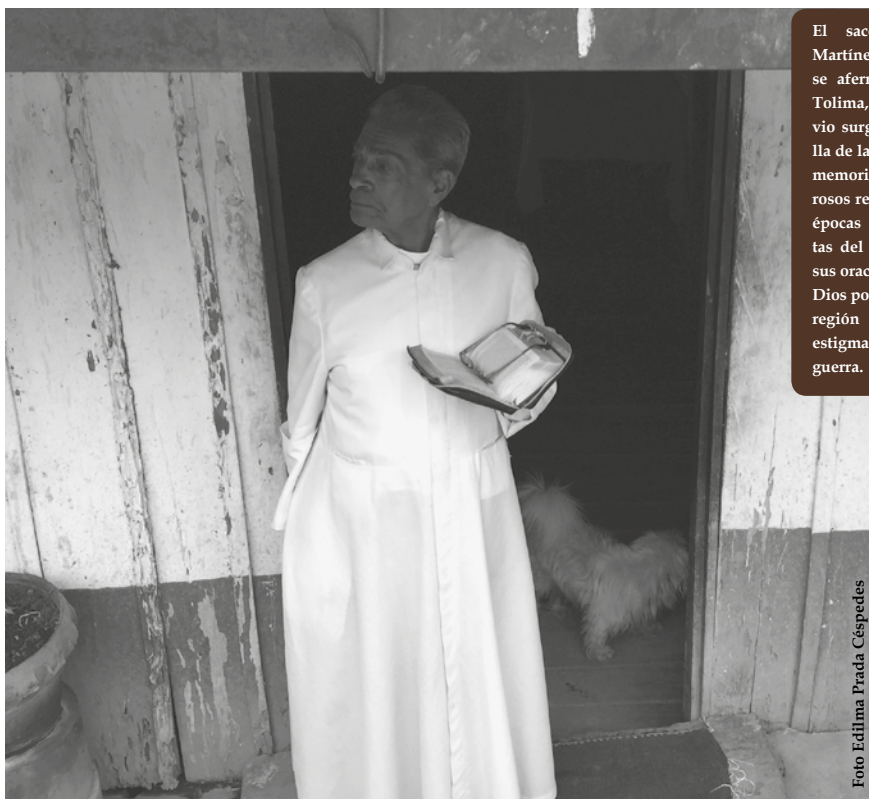
Tal peregrinaje a la tierra prometida lo relata Humberto Tafur, de 73 años. Este campesino deja ver su admiración por cómo lograron llegar hasta allá tantos hombres venciendo al Ejército.

El movimiento comenzaba a exponer su pensamiento y a luchar por la tierra. De ese entonces son las memorias de

una violencia recordada como amenaza por las élites del país. En 1960, el senador Álvaro Gómez, ante el Congreso de la República, denunciaba la existencia de “repúblicas independientes” en Colombia: El Pato, Sumapaz, Riochiquito, la región del Ariari y la intendencia del Vichada.

El cura que confesaba a ‘Tirofijo’

El sacerdote Darío Martínez Amariles, que reside en Planadas, hace memoria sobre la rudeza del movimiento guerrillero. Nacido en 1927, conoció a Manuel Marulanda en 1975, cuando lo



El sacerdote Darío Martínez Amariles se aferró a Gaitania, Tolima, el pueblo que vio surgir a la guerrilla de las FARC. En su memoria guarda dolorosos recuerdos de las épocas más sangrientas del conflicto y en sus oraciones le pide a Dios por la paz de una región que ha sido estigmatizada por la guerra.

Foto Edilma Prada Céspedes

encargaron de la parroquia de ese municipio, y los revolucionarios comunistas colombianos, que sí creían en Dios, lo obligaban a officiar misas y a bautizar guerrilleros.

Martínez Amariles llegó a Planadas nueve años después de que Jacobo Arenas instaló entre el 25 de abril y el 5 de mayo de 1966 la Segunda Conferencia del Bloque Sur que creó las FARC, con un secretariado ejecutivo a la cabeza. El municipio, a 252 kilómetros de Ibagué, se ubica sobre las estribaciones de la cordillera Central, en las riberas del río Atá. Sus calles guardan la memoria del origen de las FARC, así como otros pueblos del sur del Tolima y del norte del Cauca, cuna de grandes litigios: la lucha por la tierra de los indígenas —paeces y pijaos— y la de los campesinos por el reconocimiento de sus derechos políticos, explica el periodista Alfredo Molano en su libro *A lomo de mula*.

El sacerdote rezaba con los guerrilleros y también le tocaba hacerlo con el Ejército. “Me llevaban obligado en helicóptero a Marquetalia, enclave histórico del fortalecimiento de las FARC, a celebrar las misas, los domingos a las ocho de la mañana”.

Las confesiones que guarda el sacerdote son heridas que ni los siete santos que habitan su casa de madera con olor a moho le ayudan a sanar. “Son recuerdos muy dolorosos. Aquí se

tomaban la casa cural y los tenía que dejar y desde allá les tiraban bombas a la Policía [...] Pero el daño lo hizo [Misael] Pastrana, porque las Fuerzas Armadas se fueron con las armas y se fortalecieron las FARC. Luego, por los enfrentamientos y las luchas por la tierra, se presentaron matanzas. Cogían a las personas y las tiraban al río y los cuerpos iban a desembocar del Atá al Magdalena. Allá llegaban todos esos cadáveres, a Saldaña. El cura de allá me mandaba a llamar porque, como yo era el párroco de Planadas, debía ir a reconocer a mis muertos”.

Entre entierros y bautizos se la pasó el padre Martínez Amariles en las décadas de los setenta y ochenta. “A mí siempre me ha gustado recoger muchachos pobres que quieran estudiar. Los recogía y los traía al colegio, con la venia de sus padres, porque yo fui rector de la institución de Planadas durante 29 años. Un día se me llevaron tres muchachos y por allá los pelaron, y me mandaban a decir que fuera a reconocerlos. Los dejaban en el monte, los tapaban con hojas. Otras veces me los traían acá, me los entraban a la iglesia, para que yo les diera cristiana sepultura... Ellos [los guerrilleros] llegaban de otras regiones y me mandaban a llamar. Pedían dizque los bautizaran, ya viejos, de 58, de 60 años. Y que además me pusiera de acuerdo con el registrador para que les sacara papeles. Me tocaba ir y llevar al registrador. Les prestábamos ese servicio”.

El Tolima ya había vivido épocas sangrientas. Entre 1948 y 1957, según la Comisión Investigadora de las Causas de la Violencia de 1958, fueron asesinadas 35.294 personas y abandonadas 93.882 fincas, relata Molano en su libro. La respuesta a esa violencia fue la conformación de comandos armados para defender la tierra, uno de ellos liderado por Pedro Antonio Marín, ‘Tirofijo’. Dos décadas después de los ríos de sangre, el afán de muchos miembros de la guerrilla y familiares era legalizar sus tierras y para ello tenían que bautizarse y registrarse.

En los años ochenta, las FARC comenzaron a recoger dinero a partir de los secuestros y las extorsiones, para terminar involucradas en los negocios del narcotráfico. Empezaban los años más violentos del accionar guerrillero. El miedo se sintió en muchos territorios de Colombia, por lo que una serie de acontecimientos empujaron los diálogos del Caguán en 1999.

Ese proceso de negociación no derivó en la anhelada paz, pero fue el oxígeno —en una zona de concentración de dominio guerrillero— para que las FARC se fortalecieran.

Las reglas de las FARC

La líder comunal Gloria Cecilia Sánchez Bocanegra tiene poco más de 50 años de edad, se dedica a pintar al óleo, quizá para exorcizar los recuerdos

fantasmales de esas épocas de reglas impuestas por las FARC, secuestros y violencias. “Las impartía desde la hacienda Marquetalia el líder de la nascente organización revolucionaria. La ley del monte, como canta el mariachi, fue el nombre que la gente les dio a las normas de las FARC. Se dividió en dos, la impuesta para los ciudadanos y el fuerte régimen disciplinario para quienes integraban sus filas. Al que robaba le ponían un cartel y lo paseaban por el parque todo un domingo, digamos como esas leyes chinas, esas las aplicaron aquí”. Dice que ella muy joven alcanzó a ver esa situación y que en un principio era como una burla, pero que luego esa medida causó estigmatización, y el ambiente sereno de Planadas se convirtió en un escenario de zozobra y temor.

Se establecieron leyes propias del comunismo, de obligatorio cumplimiento. Una muy recordada fue la prohibición de productos extranjeros. “Aquí una Coca-Cola no se conseguía, teníamos que tomar las gaseosas que ellos [las FARC] dijeran, empezaron a imponer un dominio”. Y esto derivó en violaciones de los derechos humanos.

Gloria evoca cuando la guerrilla visitaba las fincas y los campesinos debían convivir con ellos, hasta hacerles mandados como llevarles la remesa, prestarles las mulas para los largos recorridos por las montañas, comprarles medicamentos y entregar todo tipo de

recados o mensajes. “Yo conocí, muy niña, personalmente a Tirofijo, una vez que fueron a nuestra finca. Allí se estaban varios días, a veces hasta meses, no podíamos hacer nada distinto a recibirlos y atenderlos”.

“Antes de Pastrana, la guerrilla no vivió aquí en el pueblo, en esa época se vinieron al pueblo”, dice Gloria Cecilia. Menciona que en ese momento fue cuando más se produjo el desplazamiento. “Ellos trajeron a sus familiares, se organizaron comunidades, la gente era agresiva con los que no íbamos con ellos, entonces teníamos que ser calmados porque irnos nos implicaría perderlo todo”.

A Planadas comenzaron a llegar los hijos de los guerrilleros. Bebés que dejaban al cuidado de habitantes de la población. Nadie podía negarse. Una de ellas, hoy con apenas 16 años, relata: “según me cuentan, la historia de mi vida es que a los ocho días de nacida mi propia mamá me dejó al cuidado de una señora, porque en ese entonces la que mandaba era la guerrilla. A mi mamá de crianza le dijeron que me tuviera por una semana y ella aceptó. Pasaron los meses y mi verdadera mamá, que era guerrillera, no regresó por mí. Llegó como a los dos años, pero a verme. Cuando cumplí cinco años, conocí a mi papá. Le dije: «hola, papi». Él siguió visitándome. Y cuando yo lo veía sentía una alegría muy grande porque compartía al menos un

abrazo con él. Esa sensación era muy chévere. Sentía tristeza cuando me despedía de él. Yo creo que mi papá sí me quiere mucho. Me decía que nunca fuera a escoger esa vida que él escogió porque eso era muy duro, que él quería que saliera adelante. Decía que quería colaborar. [...] No es fácil ser hija de un guerrillero. La gente no es que hable mal de él, porque yo sé que lo querían mucho, pero a veces uno se siente raro. La gente me dice que él era bueno, porque a los niños les daba cuadernos y dulces. Entonces como que no hablan así como tan feo, no. Entonces uno se alegra porque el papá es chévere, pero también hay cosas malas de él”.

El clima se enrareció en lo que sería el bastión de las FARC. Se comenzó a hablar de destierros, de desapariciones y de crímenes selectivos. Los niños no podían salir luego de las siete de la noche de sus casas, pues los riesgos se hicieron evidentes. Tampoco se les permitía a los jóvenes ingresar al Ejército a prestar el servicio militar, la norma era ser parte de la guerrilla y ya no era voluntario su ingreso. Señoras de Planadas cuentan que los menores de edad se veían caminar por las calles con fusil en mano, recibían adiestramiento militar y aprendían a sobrevivir en el monte, en medio del conflicto.

Los funcionarios públicos también quedaron en la mira del movimiento insurgente. Carlos Arturo, de 57

años, es oriundo de Dolores, Tolima, y ha sido testigo de las embestidas de la violencia. Sus memorias tienen relación directa con la represión y el daño que la guerra le ha causado a la democracia.

Desde hace 45 años vive en Planadas y allí ha ocupado cargos públicos. Trabajó 11 años en la Caja Agraria y como tesorero de la Alcaldía entre 1998 y 2000. Además, fue empleado del hospital. Se niega a olvidar el secuestro y asesinato de líderes políticos, comunales y personajes populares del pueblo.

Es que cuando se levantaron los diálogos de paz del Caguán porque no condujeron a nada, se evidenció el poder de una guerrilla que llegó a secuestrar a una generación política en Colombia.

“Hemos tenido unos casos duros, por ejemplo, el asesinato de Saúl Rojas, un alcalde en ejercicio, en la década de los ochenta. En el periodo del 98 al 2000 ganamos unas elecciones con el alcalde Mario Sánchez y fue secuestrado dos veces por las FARC. Él duró en poder de este grupo, la primera vez, como un mes; en el segundo secuestro, cinco meses. Luego la guerrilla lo liberó, pero no pudo volver al pueblo. Estuvo en Ibagué hasta cuando terminó su periodo; tan pronto terminó, viajó a los EE.UU., donde le dieron asilo, ya es ciudadano norteamericano”.

Y la población civil sufrió en medio del fuego cruzado, y terminó siendo víctima de las ejecuciones extrajudiciales, mal llamadas falsos positivos.

—¿Cuál es el recuerdo que guarda en su memoria sobre el conflicto colombiano? —preguntamos a una habitante de Gaitania.

—Esta camisa a cuadros, rota por dos tiros —respondió.

La mujer exhibe sobre la mesa del comedor una camisa vieja, con olor a moho. De la tela de cuadros verdes fue removida hace 16 años la sangre seca de Luis Alberto Guzmán, el esposo y compañero que le dejó cuatro hijos. Los dos agujeros deshilachan la prenda y amenazan con desintegrarla.

A Luis Alberto lo asesinaron el 21 de julio de 2004. Recibió dos tiros en la cabeza y dos más en el pecho que quedaron grabados en su camisa manga larga, talla S, marca Concorde.

Edilma Gaviria, bajita, de cabello corto y rojizo, levanta la camisa como queriendo ponérsela o abrazarla. Ya no llora. Se le acabaron las lágrimas.

“Nosotros vivíamos al borde de un camino real, ahí entraba el Ejército que nos preguntaba por la guerrilla y decíamos: «sí, la guerrilla por aquí pasa e incluso aquí viene». Es más, mi esposo dijo: «mire, allá vinieron un día y allá



Esta es la camisa que llevaba puesta el esposo de Edilma Gaviria el día que fue asesinado en zona rural de Planadas, Tolima. La mujer la conserva como prueba para validar su testimonio como víctima del conflicto y también como un recuerdo de su dolor y de perdón.

Foto Edilma Prada Céspedes

cocinaron afuera de la casa», porque uno tiene que obedecer tanto a los unos como a los otros [...]. Una noche que mi esposo quedó en la finca, el Ejército subió y le dijeron que tenía que llevar yo no sé qué a otra vereda. Él va con un señor y se encuentran y entonces ocurre lo inesperado. No entiendo por qué ellos [el Ejército] hicieron eso con él. ¡Tanta gente que venía ese día y agarrar a mi esposo y matarlo tan cobardemente!».

La tierra que sirvió de refugio

El sitio donde fue concebido todo, llamado Marquetalia, hoy es una finca llena de conejos y vacas. Pertenece a un campesino que, empoderado, dice

que su padre la compró. Mario tiene 52 años y vive en Marquetalia desde hace 35. Era un niño cuando sus padres, oriundos de Bolívar (Valle del Cauca), lo llevaron a abrir caminos en esta zona del sur tolimense, que aún conservaba bosques con maderas finas y tierras en disputa.

Él ha sido el guía de muchos y lo es nuevamente para este recorrido en busca de las memorias de la cordillera. Señala una montaña donde se distinguen un prado y una diminuta vivienda. “Allá es la finca donde vamos, donde vivió Marulanda, allá es mi casa”. Las bestias siguen el camino angosto y resbaladizo, el mismo que a diario recorren campesinos e indígenas de la región, y que anduvieron militares y guerrilleros.

Desde la casa se divisa una panorámica que permite imaginar las líneas geográficas: al sur, los departamentos de Huila y Cauca, y al norte, Tolima y Cundinamarca. El estratégico sitio lo escogieron Pedro Antonio Marín Rodríguez, alias ‘Manuel Marulanda’ o ‘Tirofijo’, y Luis Alberto Morantes Jaimes, alias ‘Jacobo Arenas’, para consolidar la República de Marquetalia, en este corregimiento de Gaitania, en 1960, y que sirvió de refugio para un grupo de campesinos comunistas alzados en armas.

Mario dice que, según cuenta la historia, en este sector se libraron muchas batallas. La más recordada es la Operación Soberanía, conocida más adelante como Marquetalia y que fue parte de las estrategias del gobierno de Guillermo León Valencia para combatir a los grupos guerrilleros que se fundaron en las disputas bipartidistas de los años cincuenta.

Hoy afirma que él es el único dueño de la finca Marquetalia, desde hace ocho años. “Se la compré al señor Eduardo Olaya, antes las tierras fueron vendidas por Argemiro [...] tengo los papeles a mi nombre”.

En La Base vive una familia. “Ellos son los que cuidan la finca”, precisa Mario. Mantienen el ganado y se ayudan económicamente de la venta de leche y queso. Papá, mamá e hijo viven en medio de necesidades, en

un sitio a donde el Estado llegó, pero solo para combatir a las FARC. Son dueños de su presente y gestores de su futuro. Quieren más, pero no los escuchan.

Wilson Millán Poblador es líder de los campesinos en Marquetalia. Él sabe lo complicado que es vivir cerca del grupo alzado en armas. Como lo saben las 475 familias —un total de 1.760 personas— que residen en Marquetalia y en la parte alta del río Atá.

Al hablar de la violencia, recuerda vivencias y momentos de incertidumbre y de desafíos que debió afrontar para hacerle el quite a la realidad del poder de las armas. Un reto fue evitar echarse un fusil al hombro como lo hicieron varios de los jóvenes de hace 28 años. “Cuando estaba niño, veía que salían personas para allá, tenían edades entre 14 y 16 años, no sé la vida de ellos, qué pasará con ellos. Mis padres me instruyeron en no estar ni aquí ni allá, porque siempre el conflicto es algo complejo, muy difícil”. Reconoce Wilson que los mismos valores a los que se aferró para no involucrarse en ese contexto, son los que hoy les inculca a sus cinco pequeños hijos.

Con resignación habla de lo grave que es vivir entre territorios minados. Es una realidad silenciosa. De acuerdo con la Dirección para la Acción Integral contra Minas Antipersonal del

Departamento Administrativo de la Presidencia de la República, en el país se registran 11.233 víctimas de minas antipersonal, entre civiles y militares, de 1990 a diciembre de 2015.

Su vocación de líder lleva a Wilson a decir que hay esperanza. Sueña y anhela con la paz, pero sabe que llegará cuando se solucionen las necesidades básicas y de infraestructura local. Vuelve a referirse a la urgencia de que se reconstruya un puente artesanal deteriorado, que se encuentra en el camino hacia Gaitania.

“Yo pienso que se le daría un golpe verdaderamente a la guerra haciendo

esta infraestructura y siempre esto es lo que nos ha golpeado, porque se le ha invertido mucho dinero a otras cosas que no son prioritarias”.

Los ríos de sangre han corrido hasta llegar al momento de una nueva esperanza, la del actual proceso de La Habana. Los habitantes del sur del Tolima, que vieron crecer a un movimiento, hoy se refieren a él diciendo que está casi aproximándose su fin, y lo ven mucho más cerca tras conocer que Planadas será una de las zonas de concentración de las FARC donde esperan se dejen las armas y se empiece un camino hacia la reconciliación.



El niño señala el mapa para orientar a los visitantes sobre la ubicación de su región y escuela. La vereda de Marquetalia queda enclavada en las montañas de la cordillera Central en el sur del Tolima, límites con Huila, región donde hay anhelos de paz y de mejores condiciones de vida.



Aprendizajes y detrás de cámara de Memorias de la cordillera

“Quien hace memoria está saliendo de las sombras de su propio destino. Andar con él y escucharlo es el primer paso para ganar la confianza de contar su relato. Esa memoria suma a la reconstrucción de la historia”.
Ginna Morelo

“Las voces de la memoria nos hacen imaginar el pasado y sentir a un país herido que quiere evitar los olvidos; así es como resumo la vivencia luego de reportear esta historia”.
Edilma Prada

Los relatos de la memoria permiten investigar contextos, confrontar fuentes y compartir voces que ayudan a unir ese entramado de historias y de hechos para comprender el conflicto armado en Colombia.

Una parte de esas historias, las que ayudan a entender en nuestros tiempos el inicio de las FARC, están compiladas en *Memorias de la cordillera*. Un rosario de voces, experiencias y recuerdos de quienes vivieron de cerca los inicios de un país en guerra y de los que hoy se apegan a la esperanza, que nace de la firma del acuerdo final entre el Gobierno y las FARC logrado el 24 de agosto en La Habana, Cuba.

Emprendimos un viaje al pasado y al presente, guiados por la memoria de otros. Viaje que nos enseña historias de campesinos inocentes y de víctimas invisibles. Los destinos fueron el municipio tolimense de Planadas, el corregimiento de Gaitania y la vereda Marquetalia, sitios enclavados en la imponente cordillera Central, límites con el departamento del Huila. El mismo lugar donde en 1964 se crearon las FARC.

Este recorrido nos llevó a conocer una realidad explorada, pero que requiere ser más explicada; y a entender a través de los recuerdos de sus habitantes las vivencias duras del conflicto, las añoranzas de los tiempos tranquilos y las miradas fijas hacia una paz que anhelan desde siempre.

Memorias de la cordillera inicialmente valida los testimonios de los hombres, de las mujeres, de los líderes, de los que de una u otra forma fueron

testigos del conflicto armado. Sus voces son las que hacen las memorias del país. Con cada voz se elabora el rompecabezas del conflicto, con cada historia se cuenta un pedacito de la realidad que generó el poder de las armas, con cada testimonio se aporta a validar una verdad, la que guarda en sus recuerdos cada colombiano.

Como reporteras regionales, con estos relatos quisimos reforzar nuestro mensaje de volver a uno de los tantos lugares del país donde se inició la violencia. Hay que caminar para percibir la historia de hoy y animar a que los silencios del pasado afloren en un momento cuando los esfuerzos deben llevar a reconstruir la Colombia desfigurada por la guerra. A comprender que el principio del conflicto armado es el mismo inicio para la construcción de paz y que las razones deben comunicarse a toda costa, porque las realidades siguen siendo las mismas.

Dedicamos tiempos largos a hablar con las víctimas, a entrevistarlas, a escuchar cómo ellas han tenido que esperar para sanar sus heridas, sus duelos. Hay que explorar procesos como las conversaciones o los diálogos de saberes, aquellos que nos enseñan la sabiduría de los indígenas. Hay que entender que las miradas profundas de las víctimas cuentan un pasado, hechos y realidades. Que la idiosincrasia de sus gentes, los tonos de voz, las culturas y los territorios también son parte de la memoria y la relatan.

Para escribir historias de memoria se necesita un esfuerzo adicional, el de *entrevistar* los archivos, revisar las páginas de los viejos periódicos, los libros de historia y hasta los álbumes familiares. También descubrir lo que cuentan los objetos, aquellos que se conservan y cuidan como lo preciado.

Esas historias se hacen fuertes y sus datos se contrastan cuando de igual manera acudimos a expertos que llevan años analizando y revisando las páginas de la historia de la Colombia olvidada, apartada, la que se recorre a lomo de mula.

En *Memorias de la cordillera*, cada historia fue tomando su propia forma, pero todas ligadas a una misma realidad, a un mismo contexto, un mismo hecho.

En la siguiente bitácora se encuentran los hilos narrativos que permitieron mapear el desarrollo de cada historia. Inicialmente nos enfocamos en las

palabras claves que nos llevarían a hacer la reportería, luego a la búsqueda de los datos y personajes, para finalmente, junto a las voces de nuestros protagonistas, escribir y plasmar los relatos.

Las palabras y los elementos claves para hacer memoria	La historia	Los datos y hechos	Los aprendizajes
Memorias superpuestas	¡Que hable el sur!	La memoria épica de la guerra.	Detrás de cada hecho hay una explicación que ha estudiado un experto. El periodista debe buscarla y transmitirla.
El líder guerrillero	El cura que confesaba a Tirofijo	Con fechas y datos claves de los inicios de las FARC.	Todo hecho, para el caso, el conflicto, deja testigos y ellos también son protagonistas de relatos vívidos que suman a la reconstrucción de la memoria.
Los objetos	Yo guardo la mesa donde comía don Manuel	Momentos de la guerrilla y su líder	A través de un objeto se puede contar, porque a ese objeto su dueño le ha trasladado un valor histórico. Y ello siempre termina siendo una excelente excusa para volver sobre el relato.
El territorio	La tierra que le sirvió de refugio a Tirofijo	El punto exacto donde comenzaron los hechos.	Ir y volver al territorio es la única forma de tomarles el pulso real a los acontecimientos. La reportería en campo jamás será remplazada por las tecnologías.
El poder de las armas	Los recuerdos de las reglas de las FARC	El otro lado de la historia, la de la gente, las duras reglas.	Indagar sobre los recuerdos más dolorosos solo puede hacerse si tenemos el tiempo suficiente para entablar confianza.

Las palabras y los elementos claves para hacer memoria	La historia	Los datos y hechos	Los aprendizajes
Las víctimas	La mujer que guarda una camisa rota por dos tiros	Un dolor de una víctima.	Con las víctimas hay que entrevistar sin preguntar. Hay que escuchar. Hay que aproximarse, generar cercanías.
Los invisibles	La hija del guerrillero	La otra cara de las víctimas invisibles de la guerra.	Hay que conocer y aprender las técnicas para entrevistar a menores de edad. Crear unos lazos de respeto que están sustentados en las normas.
Una democracia amenazada	Los servidores públicos de Planadas asediados durante el conflicto	La cara del poder político asediado por la guerrilla.	En un conflicto no hay vencedores ni vencidos. Por lo general hay perdedores. Todos, desde sus pérdidas, tienen algo que contar.
El presente	El líder comunal de Marquetalia que ha resistido 28 años en territorio de conflicto	La historia de hoy.	La resiliencia es quizá la capacidad más notoria en los pueblos que fueron el territorio origen de las guerras. Hay que valorar esa capacidad, entenderla y contarla.

Los anteriores fueron algunas lecciones al construir *Memorias de la cordillera*, aprendizajes que están plasmados en cada página de este libro que hoy deja un reto abierto: el de escuchar y reconstruir más memorias, las de los habitantes de las riberas de los ríos, las de los ciudadanos, las de quienes batallan en los desiertos, en la selva o en las escarpadas cordilleras, las de la resiliencia que se multiplican por millones en nuestro territorio. Memorias que todos los periodistas desde nuestros lugares de trabajo podemos contar como aporte a la reconstrucción de la historia de 52 años de conflicto.

A manera de conclusión



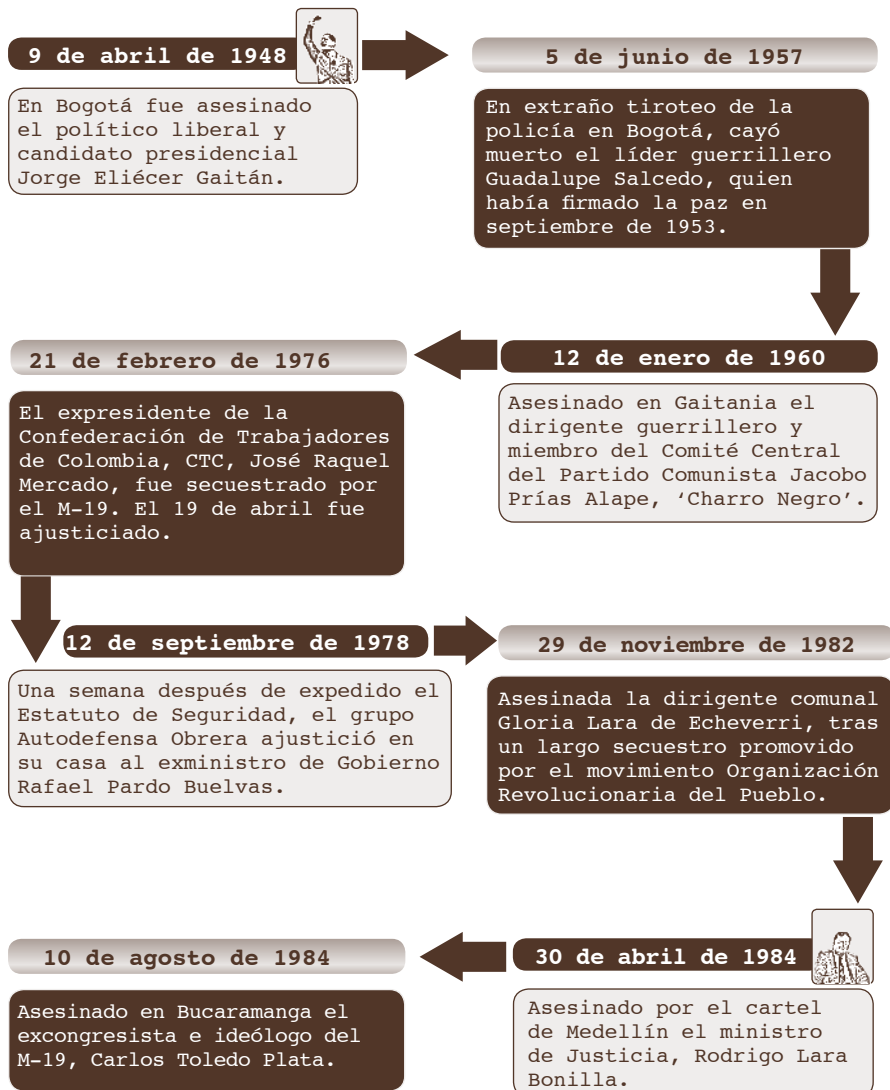
- ✓ Los cubrimientos para hacer memoria se deben planear como un proceso; es decir, desarrollarlos de manera general, no reseñando simples hechos. Comprender los distintos momentos para explicarlos e informarlos.
- ✓ También se hace necesario ahondar sobre las causas que generaron los conflictos y las violencias; profundizar cómo están sanando las heridas quienes sufrieron la crueldad de la guerra y mapear las iniciativas de paz, aquellas que las comunidades gestaron en sus diversas realidades para resistir y superar los traumas del pasado.
- ✓ Caminar los territorios, las profundidades de las selvas, las inmensas cordilleras, para recuperar esas memorias olvidadas o desconocidas que se quieren perder en el largo periodo del conflicto que ha vivido el país.

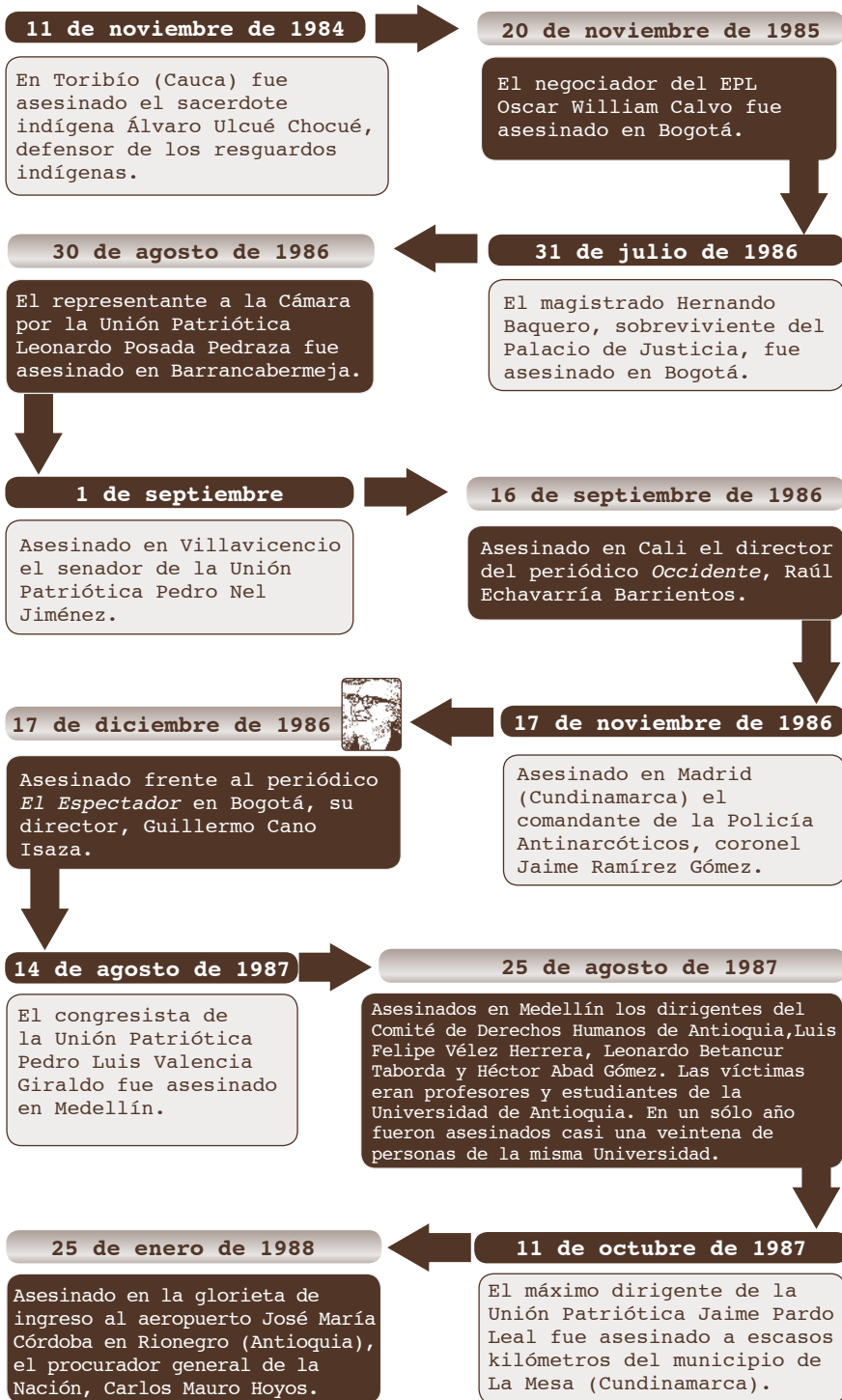


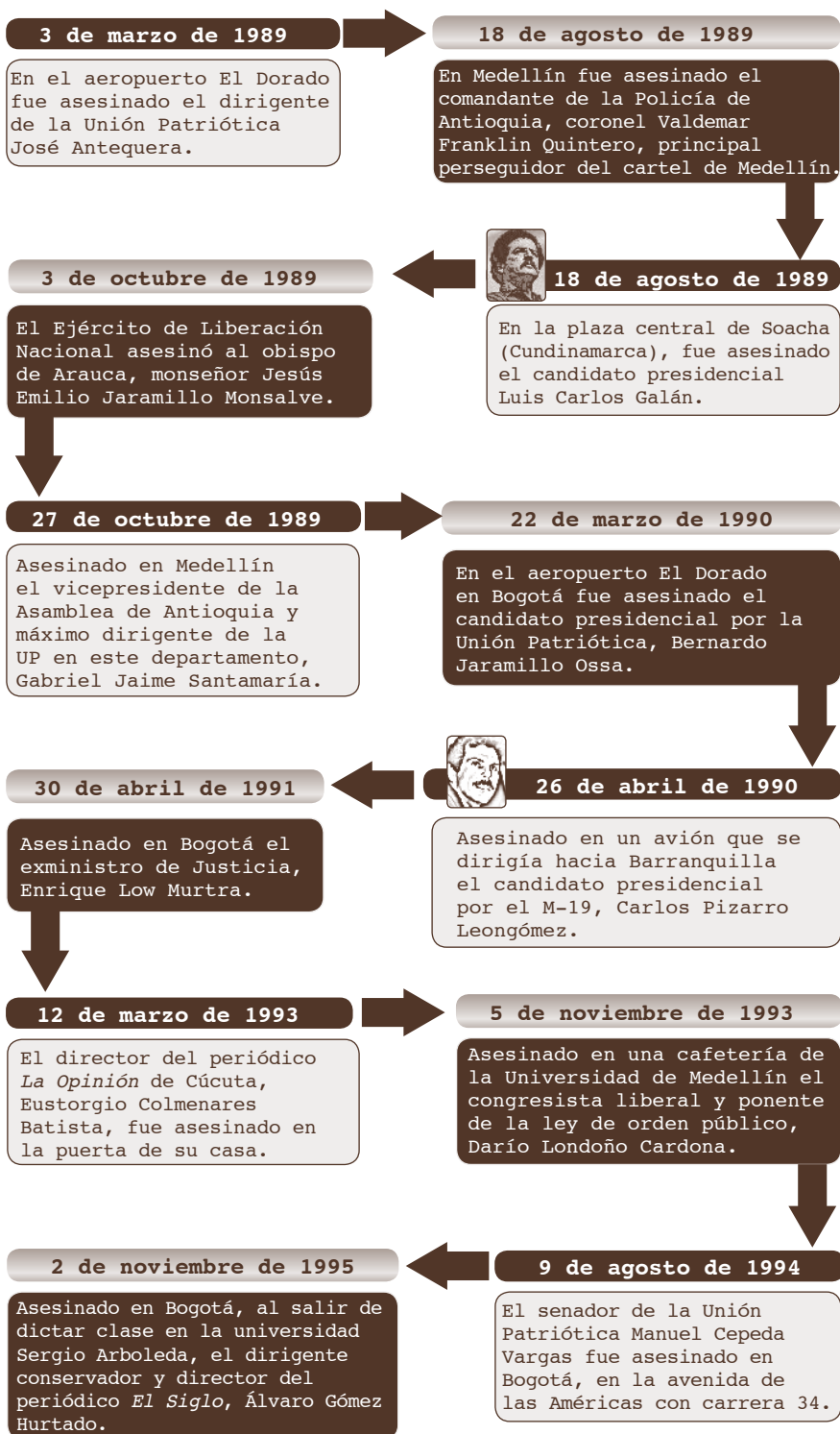
Anexos 6

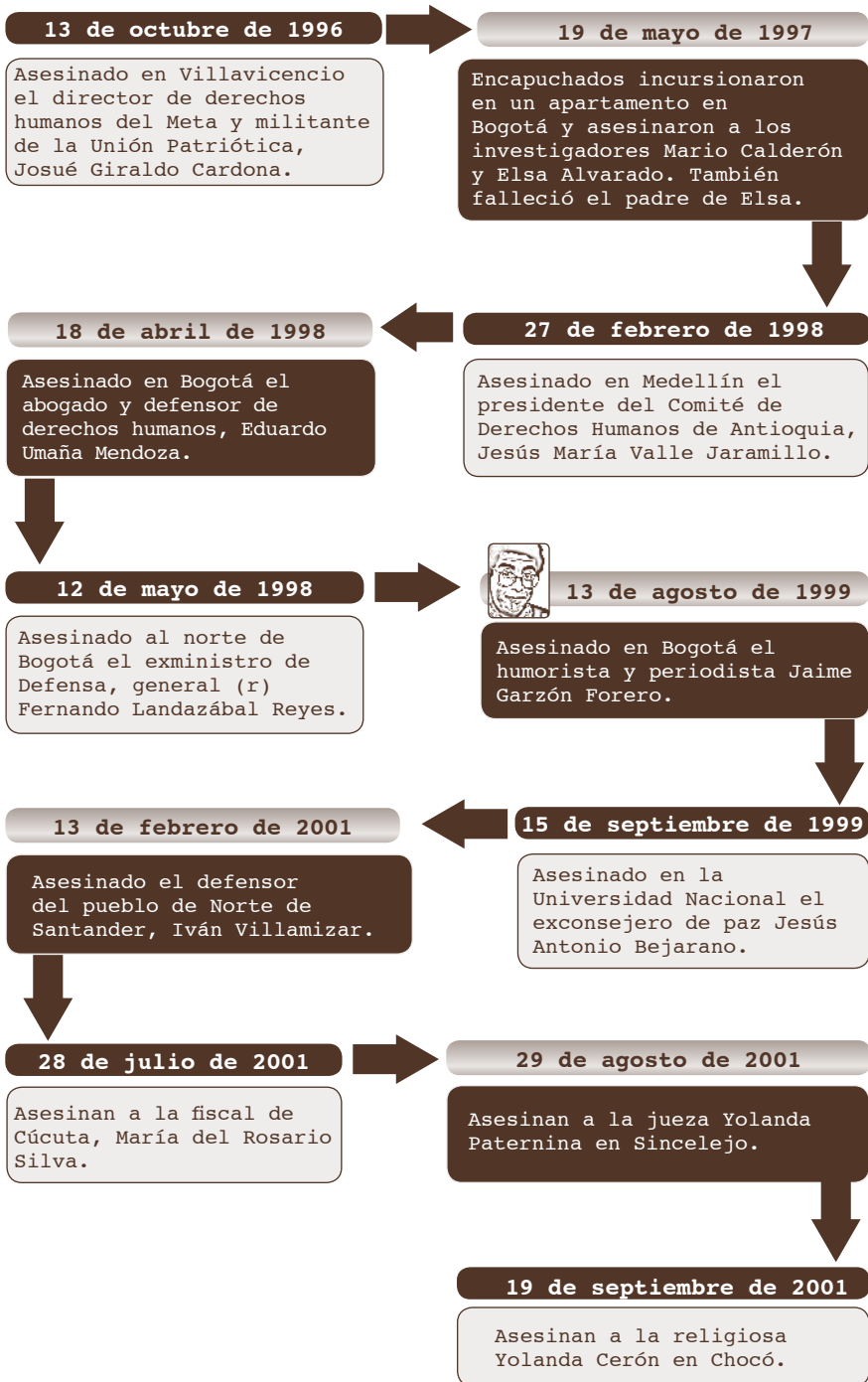
Cronología 1. Asesinatos de políticos en Colombia

No caben los nombres de todos los homicidios cometidos en Colombia por razones políticas. Desde que mataron a Gaitán en 1948 son tantas víctimas, de tantos colores y pasiones, que esta muestra es para que la sociedad la complemente y pueda constituirse en evidencia permanente contra los asesinos de todos los sesgos.



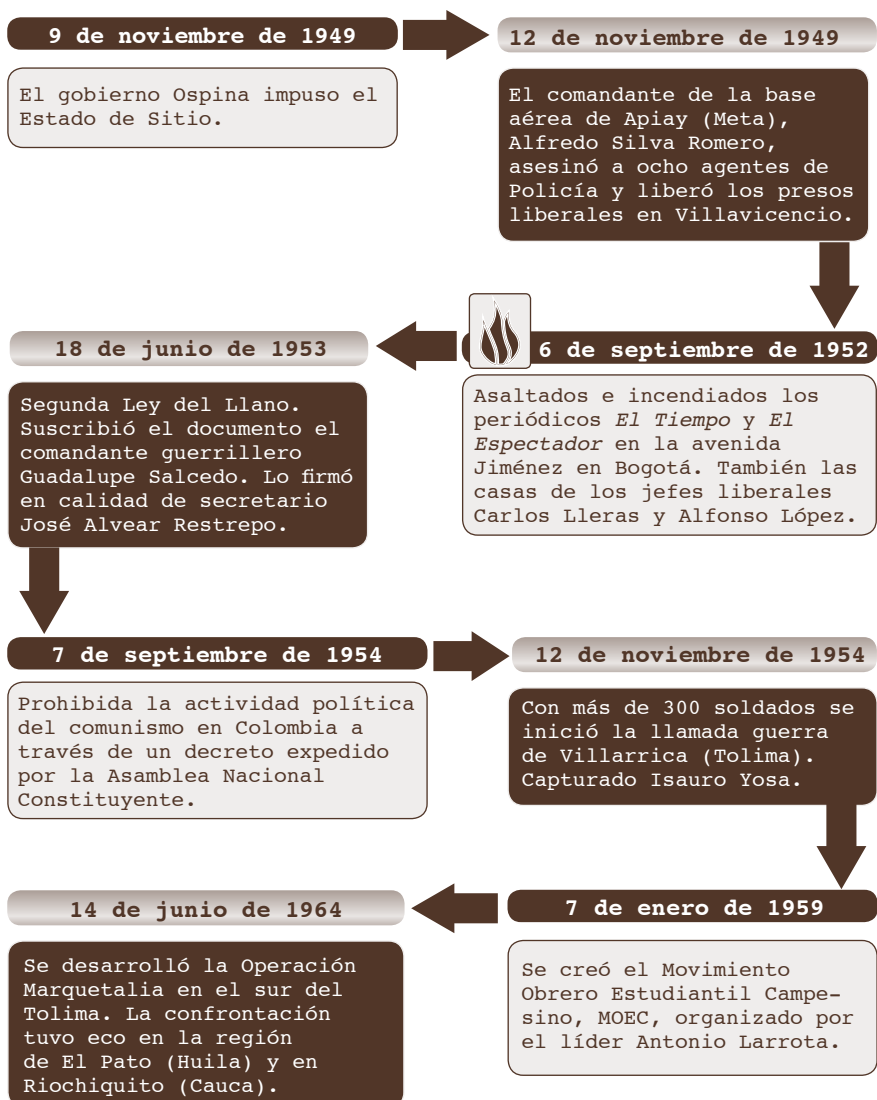


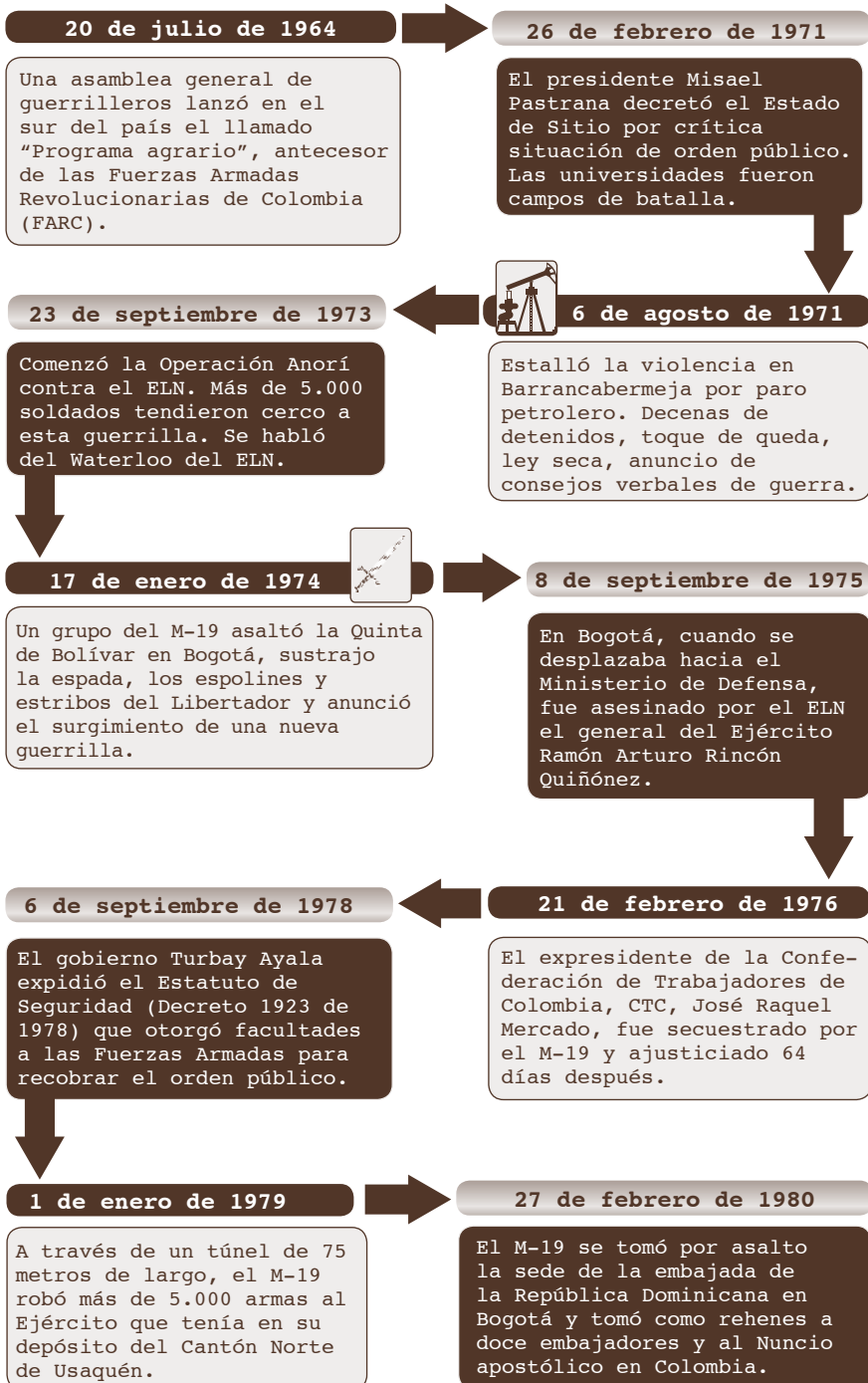


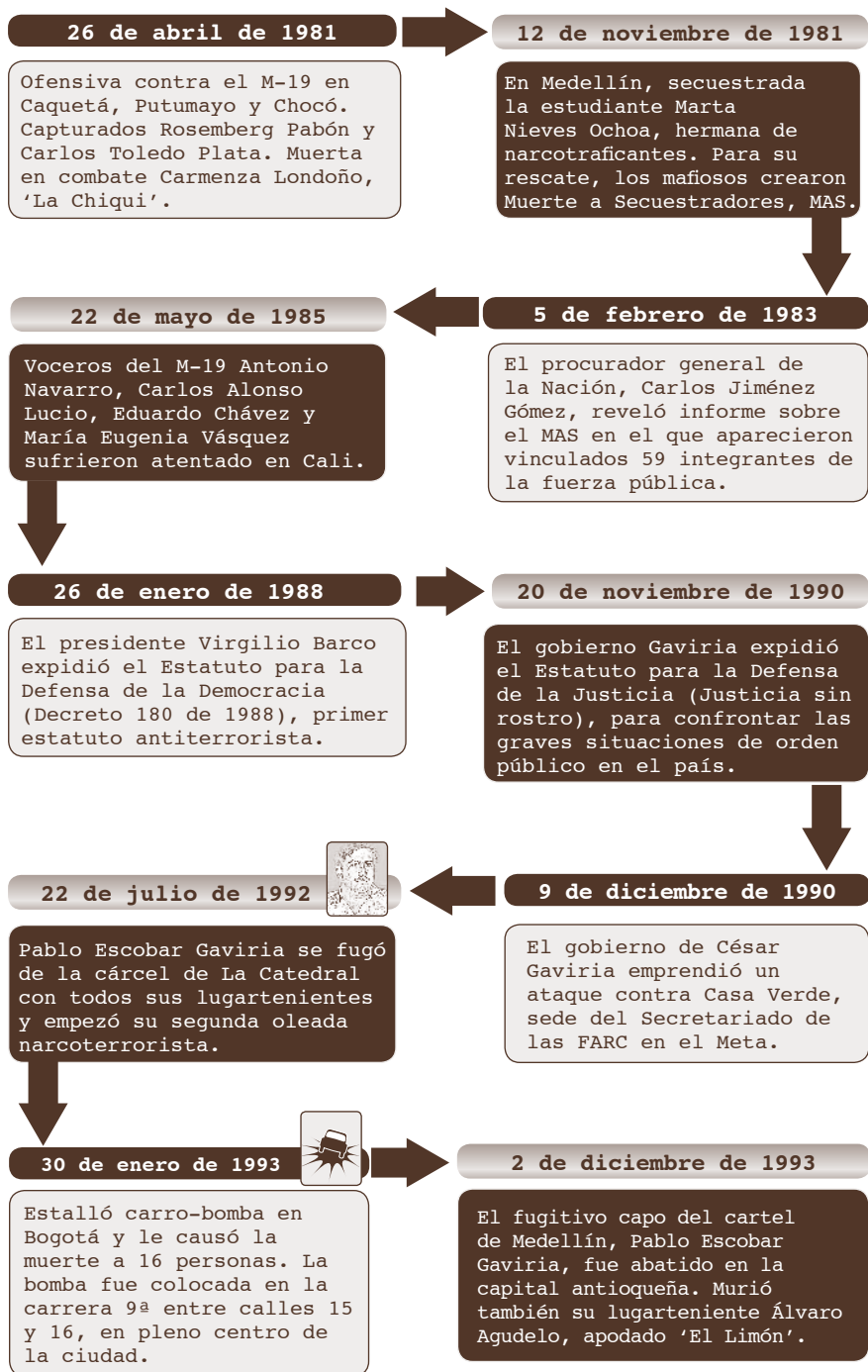


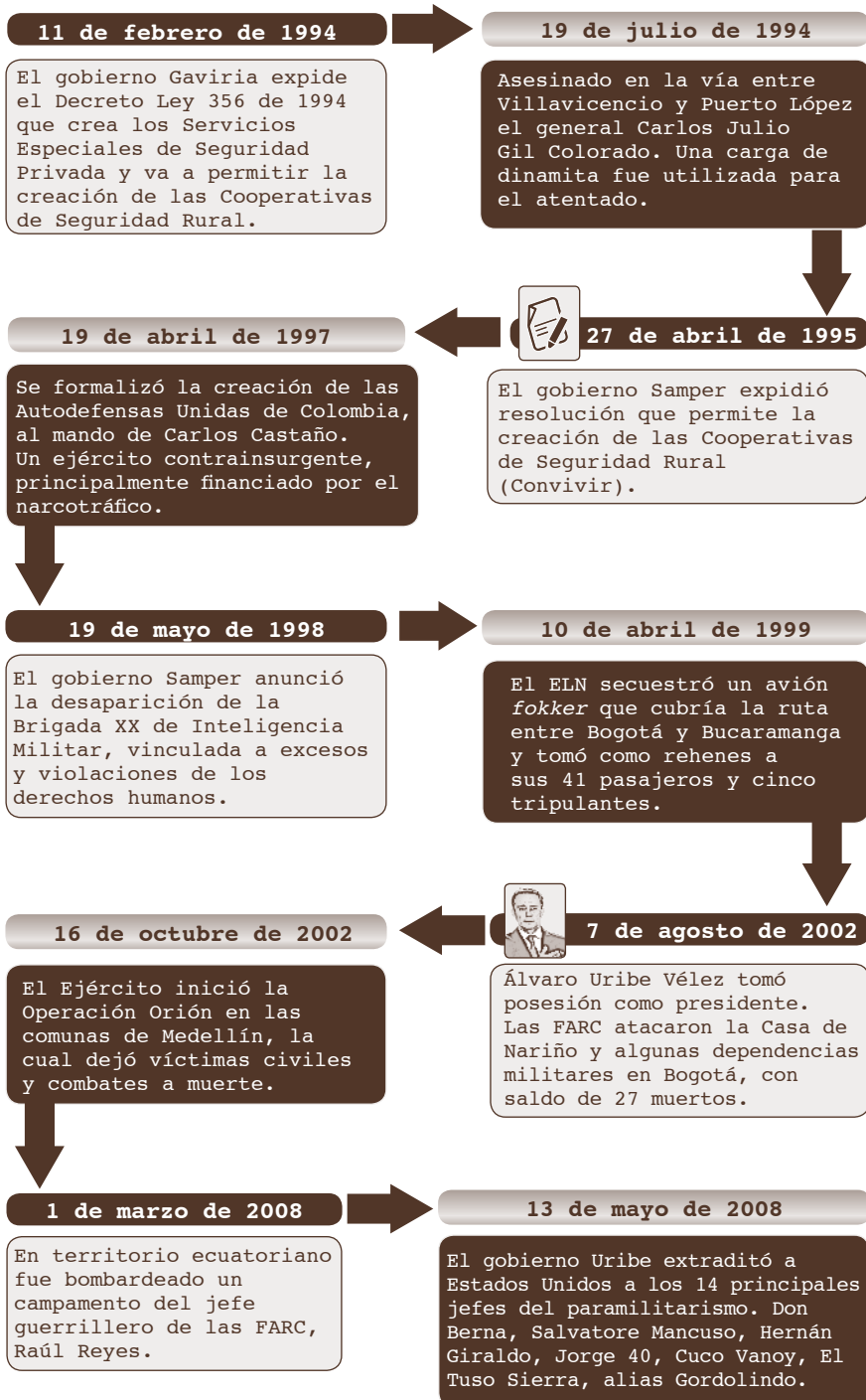
Cronología 2. Los días de la guerra

Atentados, surgimiento de grupos guerrilleros y de autodefensas y grandes ofensivas militares fueron parte de la cronología de un país en guerra. La estrategia, el poder y la violencia se sumaron al dolor de las víctimas y a un deseo de una lucha contra el conflicto armado.





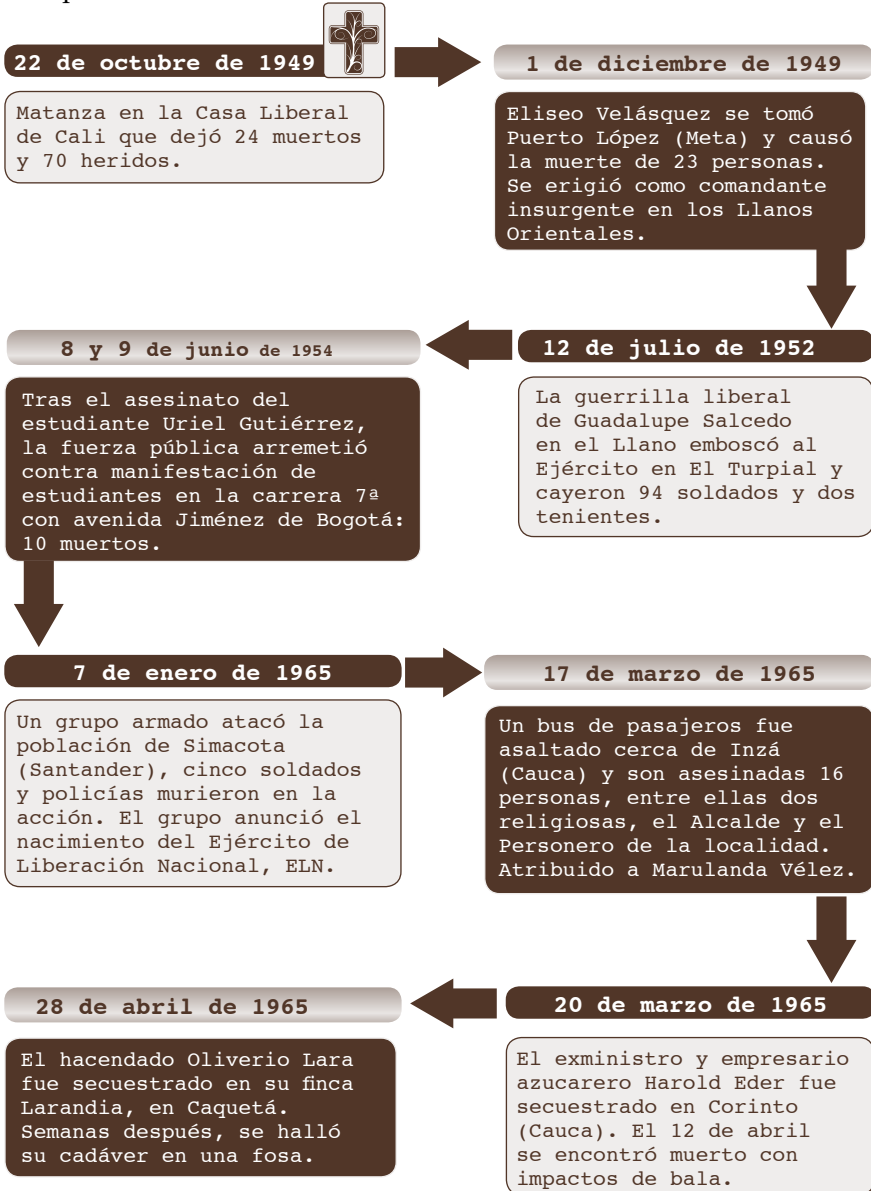


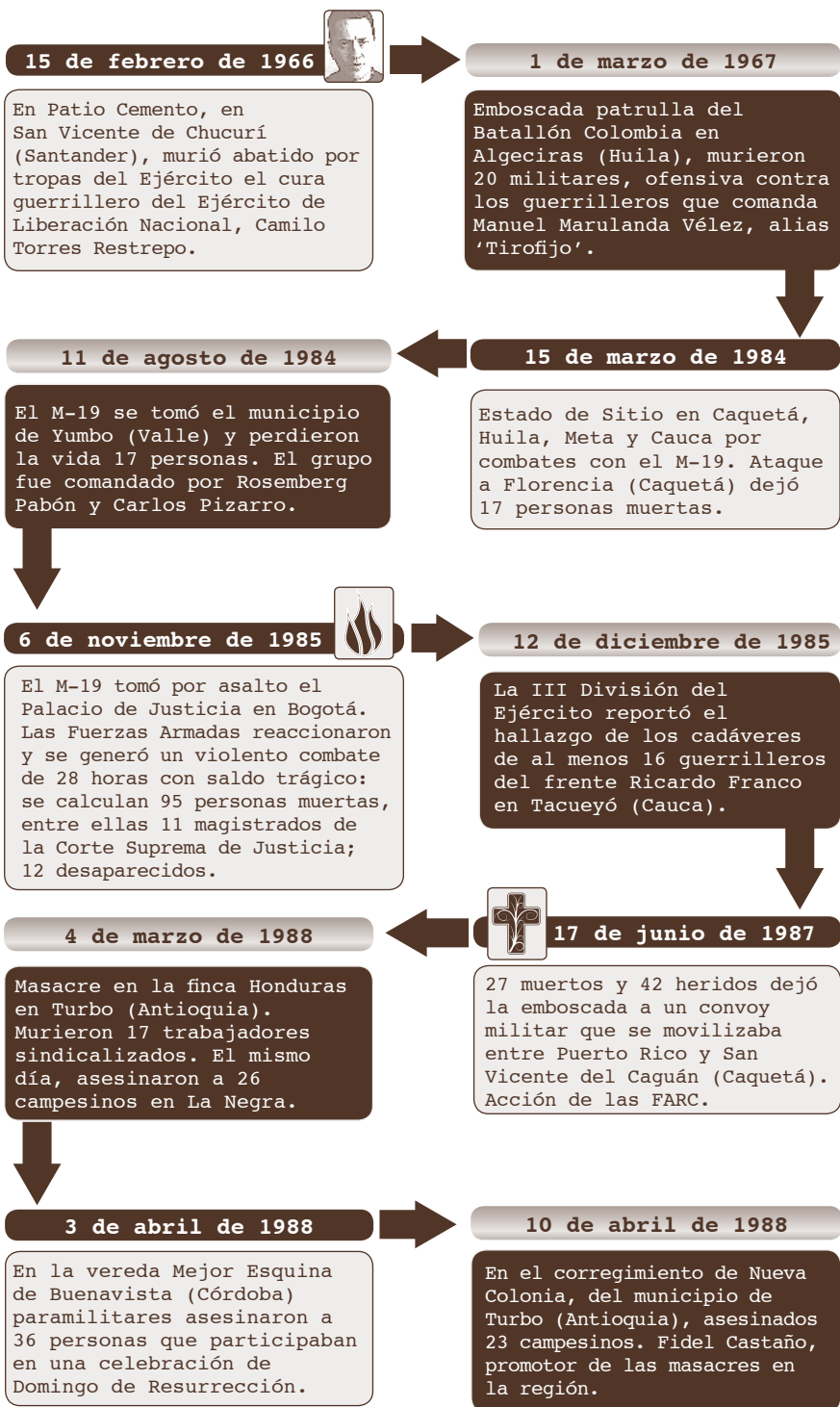


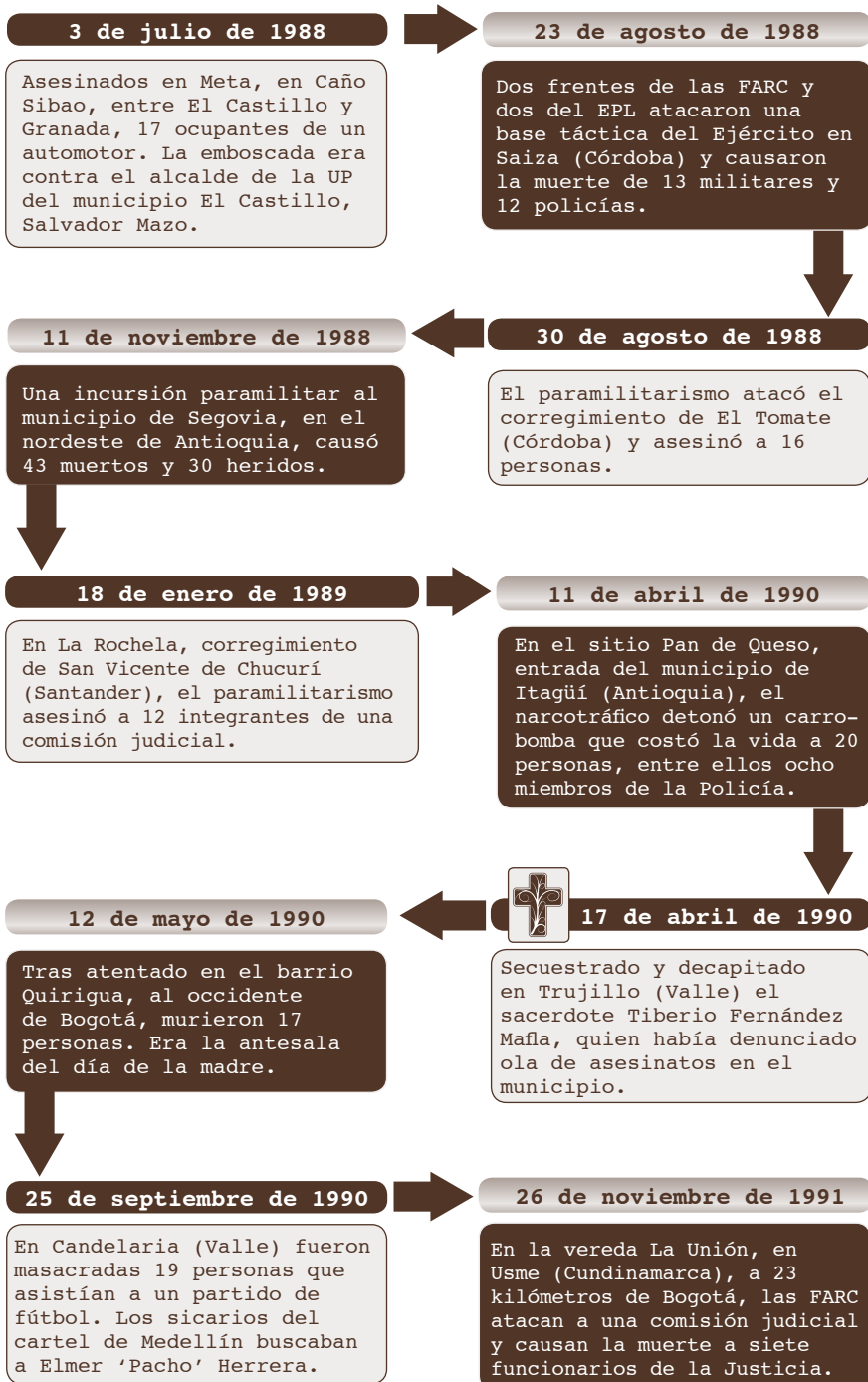


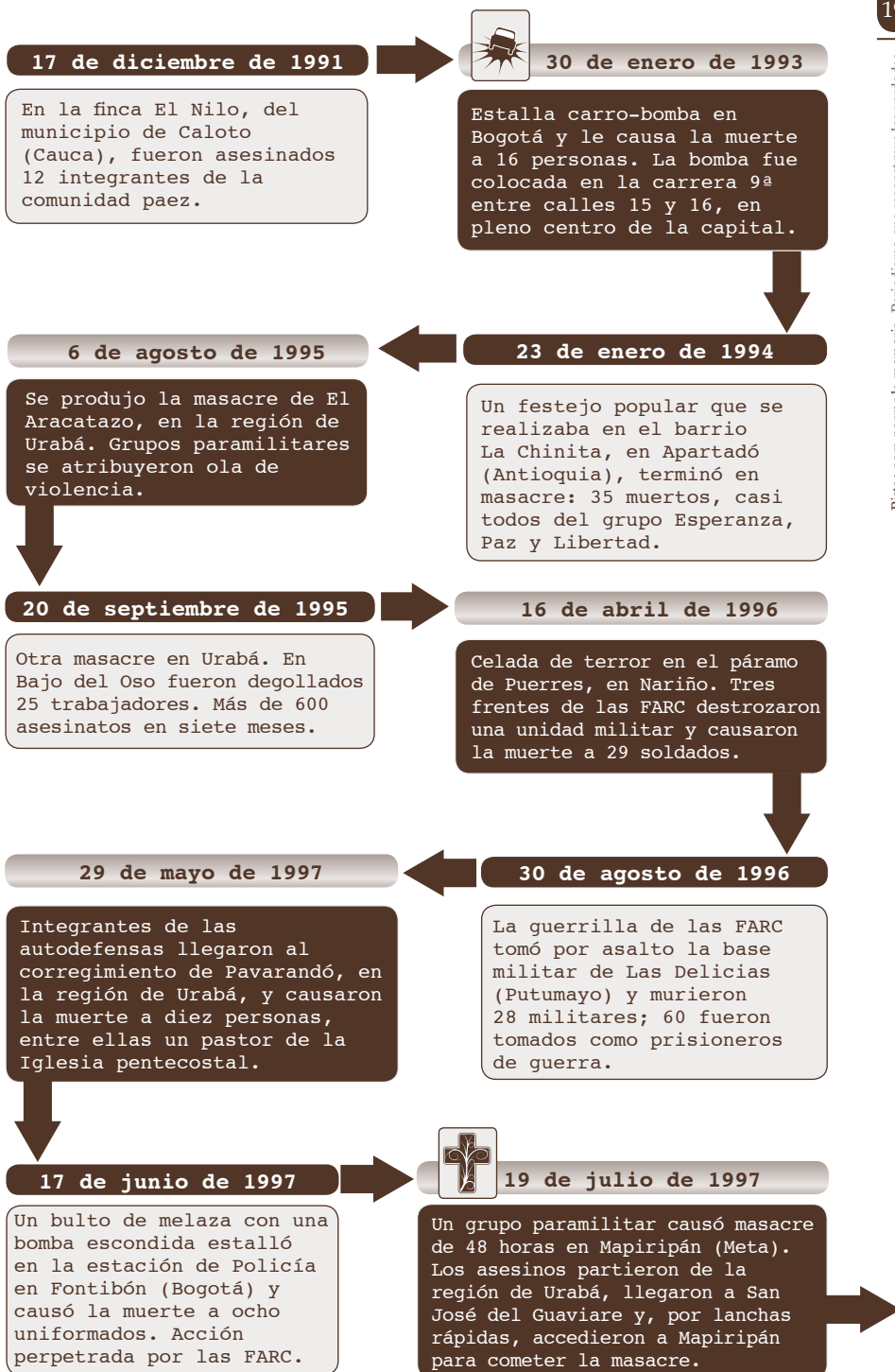
Cronología 3. Hechos para no olvidar

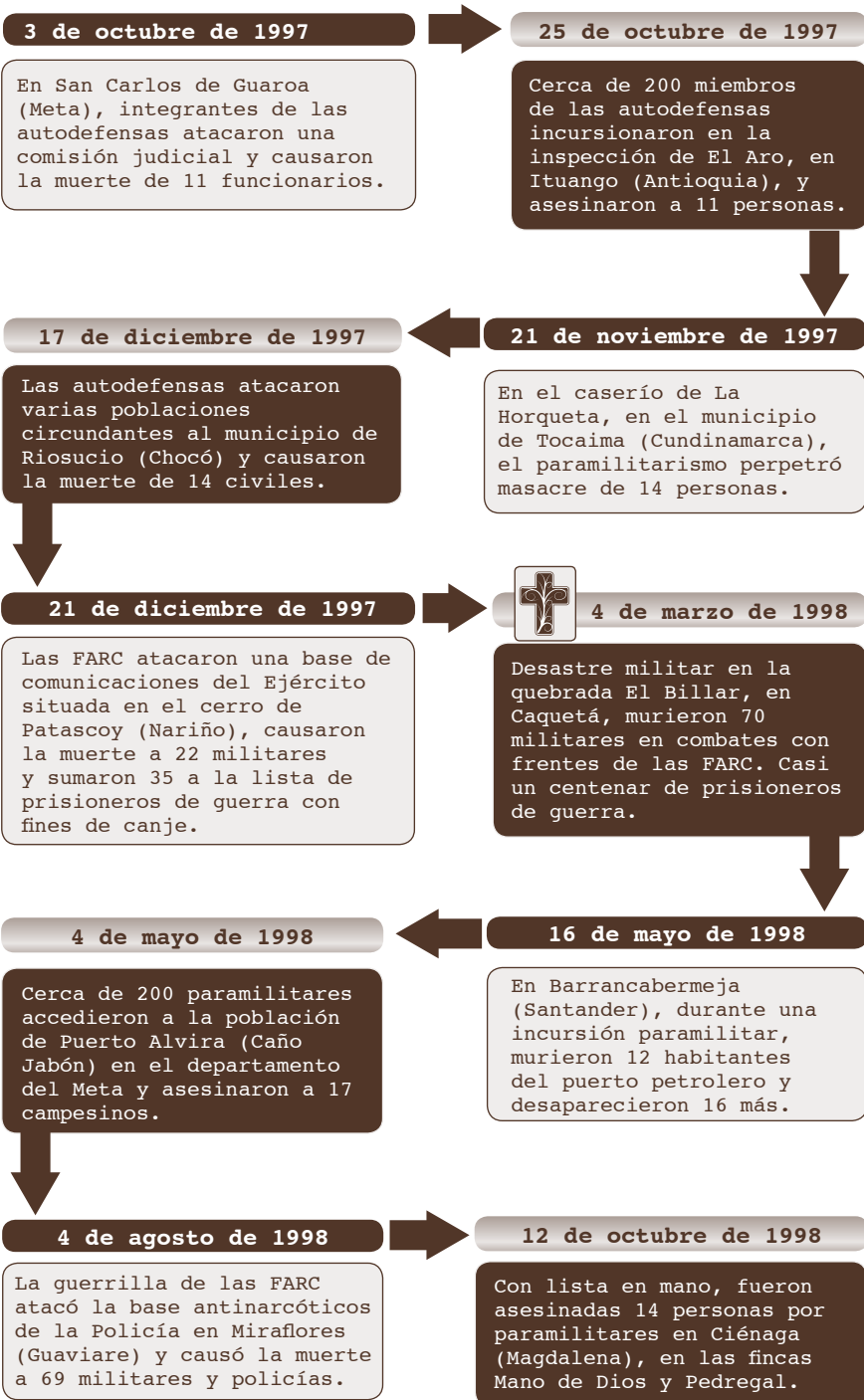
La historia del conflicto en Colombia está marcada por dolorosos hechos de terror. Masacres y atentados dejan ver la crueldad de la violencia. Civiles inocentes fueron el blanco del horror, también líderes políticos que se convirtieron en botín de guerra. Muchos son los momentos que no deben quedar en el olvido.

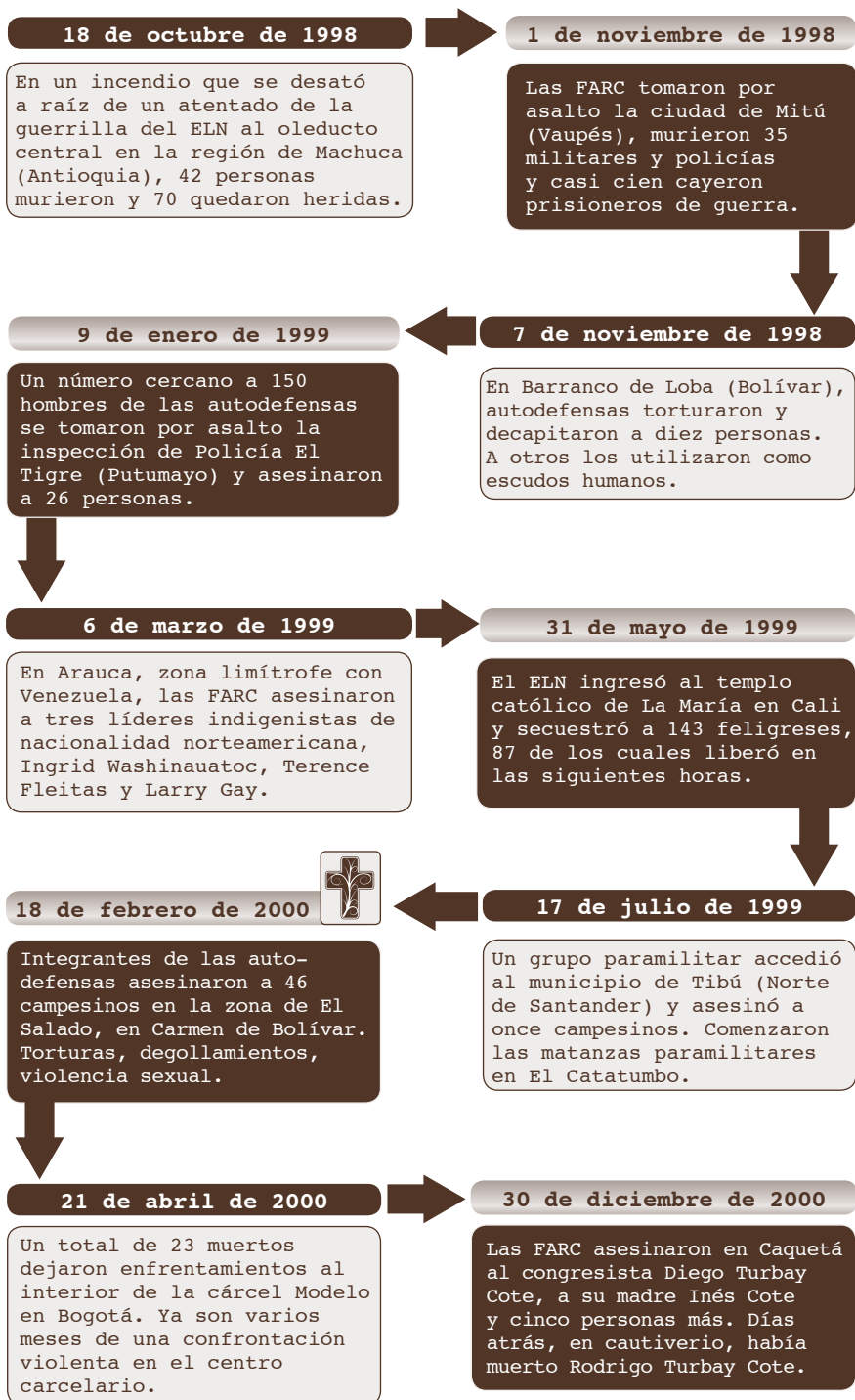








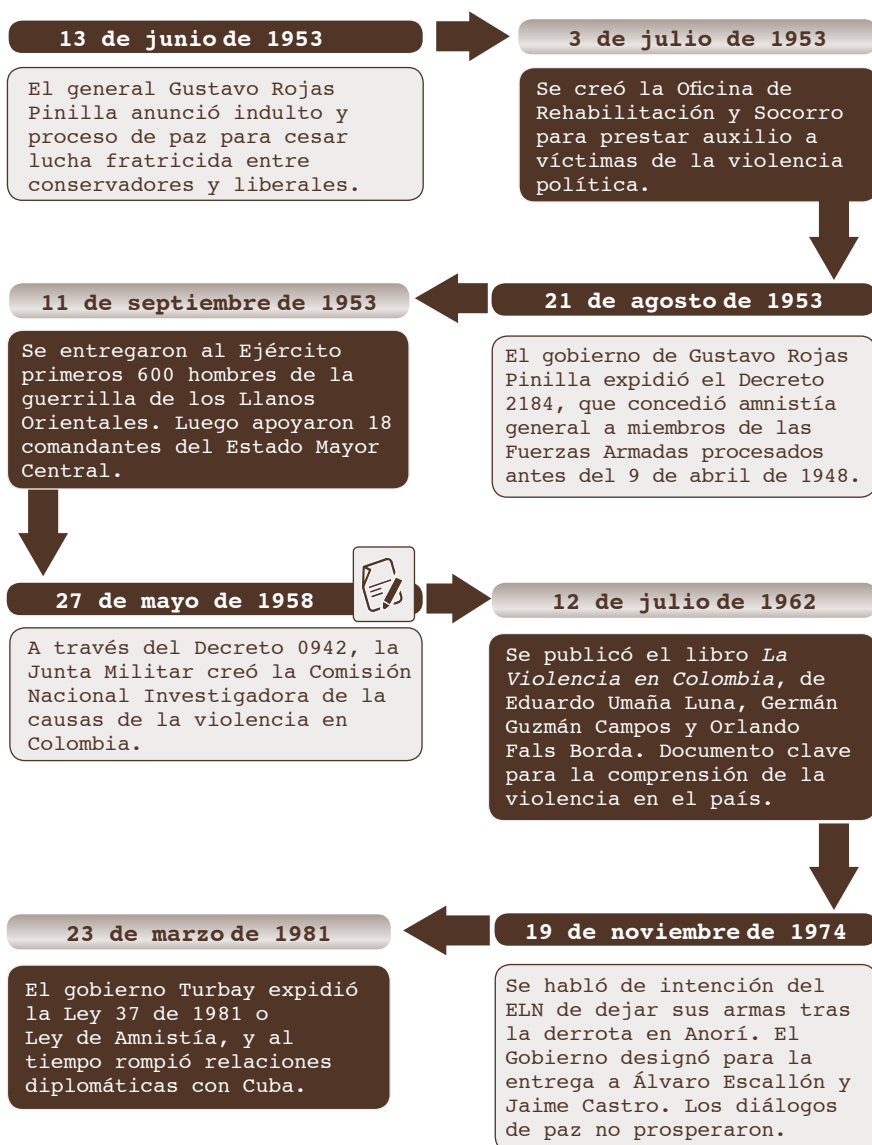


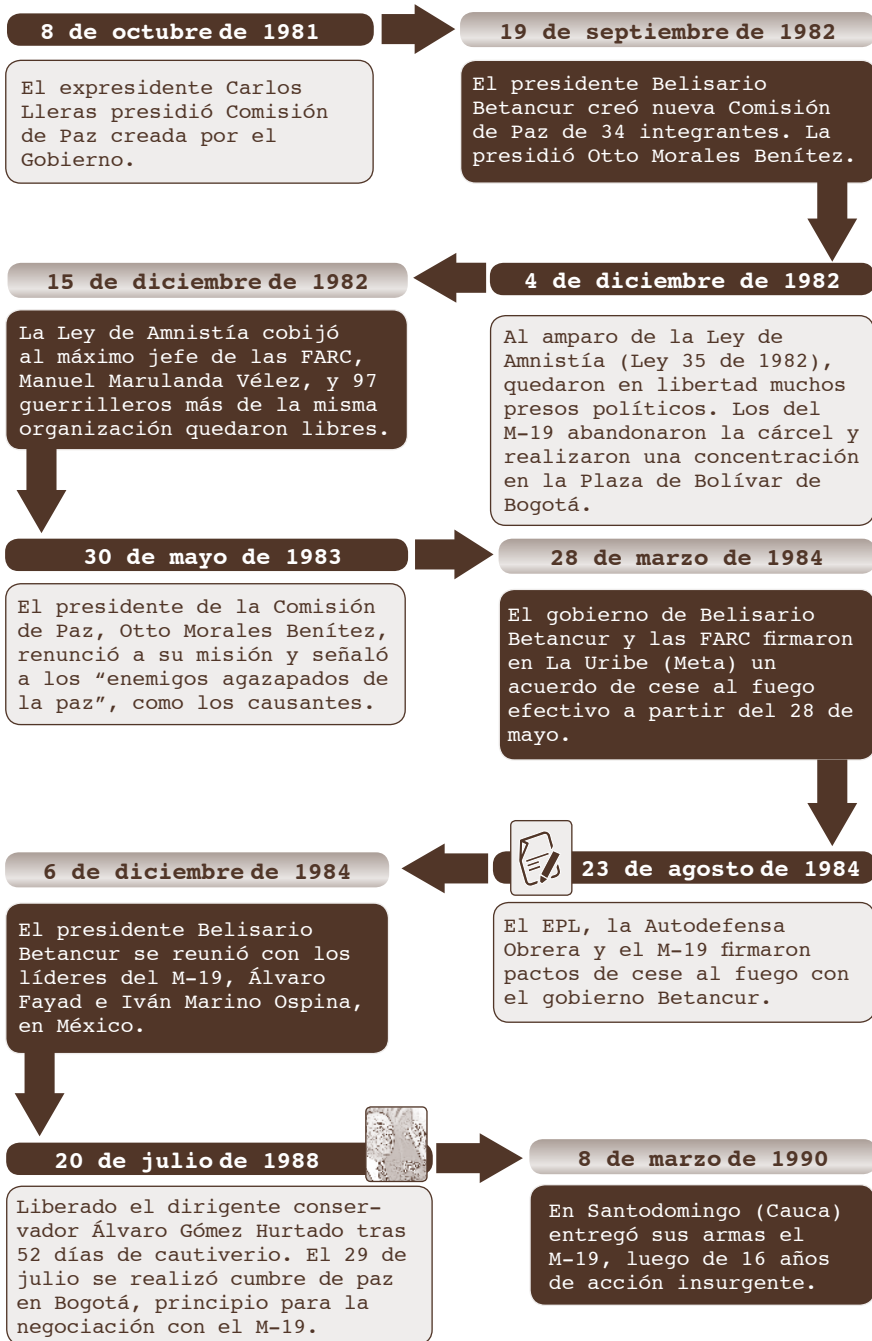


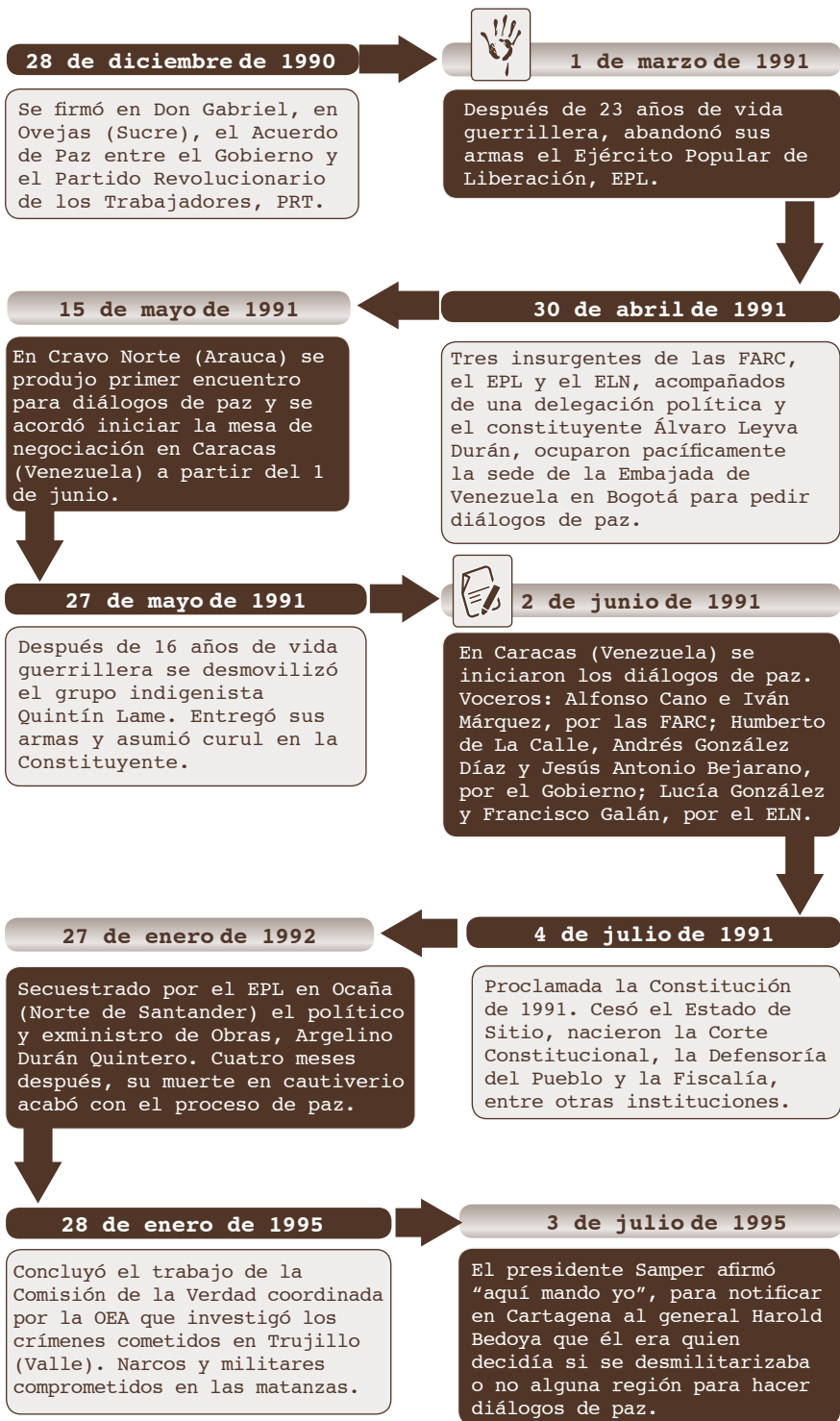


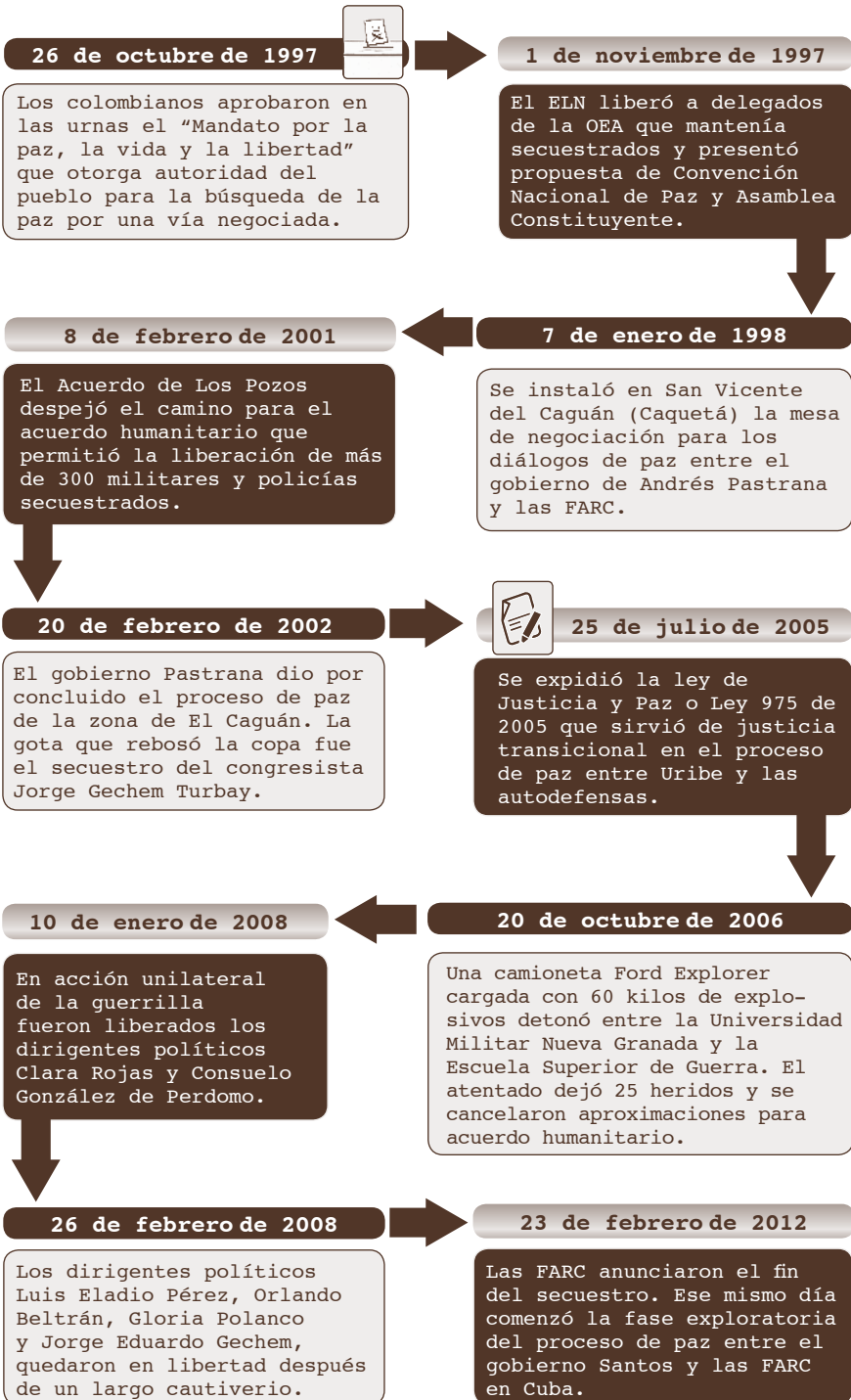
Cronología 4. Los días de la paz

Los esfuerzos para lograr la victoria de la paz se han visto en distintos momentos de la historia del país. Acercamiento entre los grupos armados, tensiones, firmas de acuerdos, rupturas y entrega de armas, entre otros hechos, son parte del listado de la línea de tiempo de la paz en Colombia.











Coautores

Jorge Cardona Alzate

Filósofo de la Universidad Santo Tomás. Catedrático de las universidades Javeriana, de los Andes y Sergio Arboleda. Autor de los libros *Días de memoria* y *Diario del conflicto*. Es coautor de los libros *Crónicas de secuestro*, *Entre el silencio y el coraje*, *Tinta indeleble* y *Vida y obra de Guillermo Cano*, entre otros. Integrante del Consejo Directivo de la Fundación para la Libertad de Prensa, actualmente se desempeña como editor general del diario *El Espectador*.

Ginna Morelo

Reportera y contadora de historias creativas, magíster en comunicación. Editora de la Unidad de Datos de *El Tiempo*, presidenta de CdR, profesora y tallerista nacional e internacional. Autora de los libros *Tierra de sangre y Córdoba, una tierra que sueña*, y coautora de *Las fronteras cuentan; Periodismo ambiental: riesgos y oportunidades en la cobertura informativa; Tú y yo coincidimos en la noche terrible* y *Pistas para narrar la paz*. Ganadora del Premio de Periodismo Ortega y Gasset, entre otros.

Gloria Castrillón Pulido

Periodista con estudios de maestría en Asuntos Internacionales y Resolución de Conflictos. Actualmente es directora de Colombia2020, campaña pedagógica y periodística de *El Espectador* para el posconflicto. Fue editora de investigaciones de la revista *Cromos*. Cuenta con 20 años de experiencia en medios escritos y online. Se ha dedicado en los últimos años al cubrimiento del conflicto armado y las negociaciones de paz con las FARC, el ELN y las AUC. Coautora del libro *Pistas para narrar la paz*. Miembro del Comité Directivo de CdR.

Kevin Alexis García

Comunicador social y magíster en Literatura Colombiana y Latinoamericana con tesis laureada. Es Director del Programa de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad del Valle y Director de la revista *Ciudad Vaga* de Cali. Fue periodista y editor del periódico *La Palabra*. Sus crónicas y reportajes han obtenido diversos reconocimientos, entre ellos menciones especiales en los premios *Semana Petrobras* y *Alfonso Bonilla Aragón*. Autor del libro *Raíces de la memoria* y de diversos artículos de investigación sobre las narrativas de la violencia.

Olga Behar Leiser

Periodista, politóloga y escritora. Ha trabajado, desde 1975, en prensa, radio, televisión y medios digitales. Ganadora de premios de Periodismo Simón Bolívar, Círculo de Periodistas de Bogotá, Glaad y Anif 10 años. Autora de los libros *Las guerras de la paz*, *Noches de humo*, *Claves Latinoamericanas de México*, *Penumbra en el Capitolio*, *El clan de los doce apóstoles*, *El caso Klein* y *A bordo de mí misma*. Coautora de varios libros, entre ellos *You can't drown the fire* (sobre experiencias de mujeres en el exilio), *Por caminos de tierra* y *Pistas para narrar la paz*. Docente universitaria. Miembro del Comité Directivo de CdR.

Fernando-Alonso Ramírez (editor)

Periodista, terminó estudios de derecho. Desde 1992 está vinculado al periódico *La Patria*, de Manizales, donde actualmente se desempeña como editor general. Artículos suyos han sido publicados en varios libros. Pertenece a los consejos directivos de la Fundación para la Libertad de Prensa y de Consejo de Redacción, organizaciones de las que es miembro fundador. Es coautor de los libros *Entre el silencio y el coraje* y *Periodismo y paz*.

Jesús Abad Colorado López (fotógrafo)

Comunicador social y periodista. Inició su trabajo en El Colombiano de Medellín y luego ejerció como fotoperiodista independiente, registrando las diversas caras del conflicto armado en Colombia. Entre los años 2008 y 2013 fue parte del equipo de investigadores del Grupo de Memoria Histórica, trabajo que concluyeron tras una serie de investigaciones y el Informe General titulado ¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad. Es coautor de varios libros, entre los que se destacan: *Jesús Abad Colorado. Mirar de la vida profunda*; *Desde la prisión, realidades de las cárceles en Colombia*; *Relatos e imágenes: el desplazamiento forzado en Colombia*.

Pistas para narrar la memoria se terminó de imprimir en Bogotá D.C.,
en el mes de octubre de 2016 en los talleres de Opciones Gráficas Editores Ltda.
Somos una empresa responsable con el ambiente.
Este libro está impreso en papel stone paper.



No se consume agua, se degrada lentamente por la radiación solar,
es reciclable y no hay tala de árboles.

Resistente al agua, aceites, grasas y hasta temperaturas -40°C

Este no es un manual de periodismo. Y menos un conjunto de recetas de cómo un periodista debe buscar en los testimonios y documentos del pasado para ilustrar el horror. Al sumergirse en estas páginas, usted encontrará la información y el contexto necesarios para entender cómo la máquina de guerra se instaló en Colombia hasta invadir los intersticios de cada rincón del país y asfixiar la esperanza; cómo y quiénes frustraron una y otra vez los intentos por terminar la guerra; y cómo siempre ha habido ciudadanos –y periodistas– que, en medio de la oscuridad, bregan por rescatar la verdad para que algún día esa historia permita derrotar la cultura de la muerte.

En esa batalla por la vida, los periodistas cumplen un rol esencial. Pueden ser la herramienta indispensable para que la sociedad, los ciudadanos, conozcan su historia y aúnen sus fuerzas. Para no repetir los errores del pasado y mientras los ríos de Colombia iban convirtiéndose en la tumba de miles de desaparecidos.

En estas páginas no hay periodistas héroes y menos depositarios de la verdad. Para desarmar la máquina de guerra es necesario saber cómo se generó y a quiénes benefició. Para ello, la voz y el rostro de víctimas y victimarios son claves y piezas de un enorme rompecabezas que contiene la historia que nos pertenece y que la guerra nos arrebató. En los momentos cuando Colombia da un paso crucial hacia la paz, introducirse en este libro es un regalo para todos aquellos que saben que rescatar la memoria es VIDA.

Mónica González

Periodista de investigación chilena y directora de Ciper.

